AUTENTICOS PLACERES

cuentos y poemas lésbicos



el sexo sentido

ADRIANA GIUEZ
BARCELONA
1993
$20

COLECCIÓN **EL SEXO SENTIDO**

1. Anónimo. *Confesiones de una doncella inglesa*
2. Janine Aeply. *Una joven casadera*
3. George Revelli. *Teniente Amanda*
4. Gervaise de Latouche. *El portero de los cartujos*
5. Jacques Serguine. *Elogio de la azotaina*
6. Andréa de Nerciat. *Felicia*
7. Anónimo. *Teresa, Filófosa*
8. Edward Sellon. *Las delicias del sexo*

En la misma colección:

LAS DELICIAS DEL SEXO

Edward Sellon

Utilizando el estilo epistolar, frecuente en las obras libertinas del XVIII que *Las delicias del sexo* imita, Sellon da rienda suelta a sus propias fantasías eróticas encarnándose en la figura de Sir Charles, un noble y vicioso caballero que se desvive por las jovencitas.

El capitán Edward Sellon había nacido en una familia moderadamente acomodada, pero al perder a su padre a muy temprana edad fue destinado al ejército, en el que ingresó como cadete a los dieciséis años. Poco después fue enviado a la India donde permaneció diez años, durante los cuales se familiarizó detalladamente con las costumbres indias, especialmente sexuales.

Fue en la India donde, al parecer, se aficionó a las muy jovencitas, con una pasión que conservaría a lo largo de su vida.

Sellon regresó a la Inglaterra victoriana y se casó con una muchacha a la que creía rica pero resultó no serlo tanto; tal vez por ello el joven capitán nunca aceptó del todo a su mujer ni la idea del matrimonio monógamo. Inmerso permanentemente en dificultades financieras, Sellon fue incapaz de resolver el conflicto entre sus deseos de llevar una vida respetable y al mismo tiempo satisfacer sus intereses eróticos, especialmente los relacionados con las niñas. Finalmente se suicidaría en abril de 1896, a los cuarenta y ocho años de edad.

Hatrick, Ulrica
2009

COLECTIVO SHEBA
AUTÉNTICOS PLACERES

COLECTIVO SHEBA

AUTÉNTICOS PLACERES

(Cuentos y poemas lésbicos)

Traducción de Flavia Company

TINA BAYS, DIANE BIONDO, RUTH BOWEN, CHERYL CLARKE, FIONA COOPER, MANDY DEE, FIFI, BERTA R. FREISTADT, JEWELLE GÓMEZ, CAROLINE HALLIDAY, BERNADETTE HALPIN, AMANDA HAYMAN, MARIA JASTRZEBSKA, TERRI JEWELL, ESTHER Y. KHAN, L.A. LEVY, PEARLIE McNEILL, MINDY MELEYAL, CUNTESSA DE MONS VENERIS, NINA RAPI, BARBARA SMITH, CHERRY SMYTH, LIANN SNOW, CAROLINE TRUSTY, STORME WEBBER

EDICIONES DE BLANCO SATEN

Primera edición: 1992

Título original: *Serious Pleasure*

Edición propiedad de Ediciones de Blanco Satén, S.L.
C/. Maignon, 26 - 08024 Barcelona
Diseño colección: *Elisa Nuria Cabot*
Fotografía portada: *Jan Saudek*
ISBN: 84-87538-10-X
Depósito legal: B-29899-1992
Imprime Libergraf, S.A. - C/. Constitución, 19 - Barcelona
Impreso en España
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

después de que acabaran con la última librería,
su afeminado dueño —popular una vez, ahora detenido—
me pasó lo último en ficción bollera de
fidji.
tuve que comerme el manuscrito antes
de poder acabarlo.

yo iba de incógnito, sin embargo,
aquella vez mi diario fue casi
secuestrado en plena noche
por chicos uniformados, rubiales,
que forzaron la entrada.
y una vez, por la tarde,
en un parque, un tipo con bigote y chaqueta militar,
sin sombrero, calvo, lo mandó a juicio.
(me reconoció por una fotografía de alguna
oscura revista literaria antes de que mi licencia
fuera revocada. era una fotografía sorprendente.)
yo lo superaba.
él me gritó, agitando su puño:
«oye, poeta, más vale que tengas buena memoria.
la memoria es tu única redención.»

cielos, tengo suerte.
podría haber estado escondida en un lugar de donde
te secuestraran.
te torturaran en mesas de metal
te rompieran los dedos.
podría no haberse oído nunca nada más de mí.

un mercenario sin hogar me dice
«el arresto es como la soledad. y no necesitan
los poetas la soledad. te dejarán tener uno o dos
clásicos occidentales, una antología de norton.»
«hey, y qué tal un diccionario español-inglés»,
le pregunté mientras se calzaba un traje sobre su
gastado cansancio.

(mis recuerdos fueron confiscados hace años
pero mantengo todas mis observaciones.
difíciles de controlar, pero más atractivas.)

mientras las canciones de stevie wonder
se prohibían en sudáfrica, un hostil editor echaba una
hojeada
a mi manuscrito, meneando su cabeza dijo:
«tal vez dentro de treinta años podamos
incluir algún fragmento en una antología».
(demonios, lo ciclostilé yo misma
y lo puse en cuarentena.)

pero cielos, yo aún no sé lo que es
ser bloqueada por bayonetas y cacheada por
el color púrpura o forzada a bailar
alrededor de una hoguera mientras mi pasaje favorito
de Pushkin arde ante mis ojos.

hoy un actor que no había tenido trabajo
desde que dejó de contratar lesbianas
me señaló por un libro que no era mío:
«esta palabra puede hacer que te ejecuten».
pero era una buena palabra.
yo me llamaba así.
tenía que escribirla o ella iba a escribirme a mí.
las páginas de mi diario estaban todas escritas
con palabras censuradas años atrás
ellos dejaron de vender papel en blanco, plumas,
tinta.
algunos tienen instructores.
yo me colé en una vieja casa indemne,
atacada durante el bombardeo de trípoli.
aflojé un ladrillo y saqué un manuscrito
prohibido, una sabrosa pieza de erotismo
interracial que yo había escrito antes de la crisis.
escribí la palabra una y otra vez,
grande y pequeña,
en cursiva y en redonda, en negrita y fina
en el reverso de cada hoja,
la escribí con mi mano izquierda y
también con la derecha.
la pronuncié cada vez que la escribí
acaricié mi sexo mientras la escribía
una y otra vez
y la iba diciendo cuando llegaba
una y otra vez...

«hey, poeta, la memoria es tu única redención»

Vivir como una lesbiana clandestina: Fantasía Futurista II

Cheryl Clarke

para Luisa Valenzuela,

En la actualidad resulta más fácil que nunca imaginar, y desde luego hay testimonios de ello, cómo nuestra sexualidad se ve conducida hacia la clandestinidad. En los últimos veinte años, desde los primeros días de la liberación de lesbianas y gays, y del feminismo, nos hemos mostrado un tanto complacientes respecto al riesgo bajo el que vivimos nuestras vidas. Con una legislación que no sólo restringe nuestro acceso al bien público sino que fomenta una forma de auto-censura que podría poner en peligro nuestra futura memoria colectiva, no tenemos otra opción que la de seguir escribiendo, dejando constancia de nuestras vidas y nuestras pasiones tal y como las conocemos. No tenemos la intención de hundirnos de forma pasiva en la oscuridad, y somos lo suficientemente optimistas como para creer que hay miles y miles de lesbianas, de homosexuales y de amigos que piensan igual. Nuestra sexualidad nos marca como «otro» y en *Auténticos Placeres* festejamos dicha «otredad» como un componente vital de nuestra propia fuerza, sin el cual no podríamos existir.

Las lesbianas han estado escribiendo y leyendo libros dirigidos a nosotras durante años. Existe un significativo y creciente conjunto de obras literarias que proviene y trata acerca de distintas experiencias lésbicas. Hay libros que versan sobre relaciones, la presentación en sociedad, la vida cotidiana, la psicología de la lesbiana, la teoría, la familia, la raza, la clase o la sexualidad, y muchas novelas que se enfrentan al carácter polifacético de nuestras vidas. Pero hay aún escasez de novelas o cuentos cuyo foco de aten-

ción se centre en el sexo de las lesbianas como objeto en sí mismo, la verdadera energía que conduce nuestras vidas y nuestras pasiones.

Decidimos publicar un libro de erotismo lésbico simplemente porque nos apetecía leerlo y porque sabíamos que allí, al otro lado del texto, hay un gran número de lesbianas que también desean leerlo. Mejores o peores, enamoradas o no, mayores o jóvenes, queremos leer acerca de lesbianas haciendo el amor, follando, deseando a otras mujeres, deseándose a sí mismas, dándose vértigo unas a otras con lujuria, excitándose, dándose placer más allá de lo verosímil, yendo al cielo y regresando después, a veces frustrándose, imaginando fantasías en reuniones o en el autobús. Queríamos leer acerca de lo posible y de lo imposible, de fantasías y de realidad, de lo imaginado y de lo ocurrido, de lo simple y de lo complejo.

Hemos hablado largo tiempo de este libro. Estábamos de acuerdo en que a todas nos gustaría leer historias excitantes, sexys y calientes sobre lesbianas, pero no acabábamos de coincidir en las lecturas que habíamos hecho (principalmente de los Estados Unidos) y en cómo nos habían influido. Nuestras opiniones se enfrentaron. ¿Era el principal objetivo de un buen cuento erótico indagar en la profunda dimensión de la identidad lésbica, en su lado sensible? ¿O el objetivo era el de estimular, excitar, incitar a la masturbación o a hacer el amor? Nuestras discusiones eran interminables. No llegamos a ninguna conclusión, pero decidimos que ambas finalidades pueden coexistir. Entregarnos a una novela o a un cuento lésbico bien trabado, imaginativo e innovador que trate de sexo puede reafirmar nuestra identidad como lesbianas, y conducirnos a un nuevo espacio en nuestras vidas creativas. Al mismo tiempo, puede movernos en el plano sexual. Dejarse lle-

var por una historia cuyo principal objeto es el de despertar nuestra sexualidad no es ningún error, ni debe estar necesariamente separado de cualquier otra finalidad de la ficción.

No esperamos que guste a todas las lesbianas, ni que lo aprueben o se sientan estimuladas a iniciar un contacto sexual a través de todos los cuentos de este libro. Algunos tratan de sexo duro, otros acerca de encuentros suaves y tiernos; algunos recogen fantasías por las que hemos suspirado, y otros algunas que tememos puedan hacerse realidad. Hay a quienes nos gustan ambas facetas en nuestra vida sexual, otras preferirán una de ellas, puede haber a quien no le guste ninguna, pero ¿cómo podemos saber si esas historias no suceden en la realidad?

Creemos que este volumen representa no sólo la historia de nuestras experiencias e historia, sino también la de nuestros deseos y nuestras prácticas sexuales. No etiquetamos esta aproximación de liberal; las diferencias en *Auténticos Placeres* están articuladas a partir de una perspectiva feminista, que a su vez está estructurada por una visión radical de la política sexual, la raza, la clase y la cultura. Se trata de una perspectiva que celebra la especificidad de la sexualidad de las lesbianas pero que no ve dicha sexualidad como algo aparte en el mundo. Creemos que es crucial para nosotras abarcar todos los aspectos de nuestras necesidades y deseos sexuales, por muy contradictorios que puedan parecernos, así como todos los restantes aspectos de nuestras vidas, que constituyen el verdadero espacio en el que nos relacionamos con el mundo y con los demás.

Somos conscientes del debate permanente que se mantiene acerca de en dónde se sitúa la diferencia entre erotismo y pornografía. ¿Cuál, de existir, es la diferencia entre erotismo o pornografía lésbica y los textos escritos por he-

terosexuales u hombres homosexuales? Nuestro sentimiento es que estos debates forman parte de una más extensa discusión acerca de la representación, acerca de la construcción de la sexualidad de las lesbianas, acerca de la política y la práctica sexual. Están alimentados por la necesidad de encontrar la verdadera respuesta, el frágil equilibrio entre corrección social y experiencia personal: un equilibrio que estamos aún buscando y que tal vez nunca encontremos como comunidad, aunque podamos encontrarlo en nosotras mismas. No deberíamos ver estas diferencias como peligrosas o amenazantes. Lo que es necesario considerar es cómo expresamos esas diferencias y cómo tratamos a los demás: si queremos respeto hacia nuestra persona, debemos empezar por respetar a los demás.

Confiamos en la justicia de la publicación de este libro. El sexo entre mujeres puede ser una experiencia excitante, fantástica. Sabemos que la mayor parte de la sociedad considera todavía la sexualidad de las lesbianas como una perversión o una enfermedad. Y que escribir de manera abierta acerca de ella, y apoyándola, es descubrirnos ante un mundo poderoso y hostil. Sabemos también que habrá hombres que se ensañarán con nuestra «perversidad». En un mundo dominado por los hombres, la opción de las lesbianas es una seria y fuerte afrenta al carácter de indispensabilidad de los hombres y una gran provocación para algunos de ellos. Claro que, ¿cuánto tiempo tendremos que esperar para escribir sobre nuestros propios asuntos y hacerlos asequibles a otras mujeres? Llega un punto en que nuestra confianza debe anular nuestros miedos. Antes de permanecer en silencio, estamos dispuestas a correr ese riesgo.

Al pedir a las mujeres que escribieran para *Auténticos Placeres*, estábamos exigiendo un gran compromiso. Escribir

es siempre una tarea peligrosa, y aún más cuando se escribe acerca del más íntimo de los placeres, el sexo. Sí, el sexo es social, pero sería ridículo negar que, a la vez que social, es también algo que para la mayoría de nosotros, y la mayor parte del tiempo, tiene lugar lejos de la «mirada pública», lejos de cualquier relación con la responsabilidad pública, lejos de nuestra familia y de nuestros amigos. En otras palabras, no hay nada en el sexo, en sí mismo, que lo haga superior al resto de los elementos de la vida ni que lo haga particularmente «natural» o distinto a las demás cosas en que nos ocupamos, ni que lo ponga por encima de la crítica y el examen feminista. Pero el tema de cómo lo hacemos verdaderamente social sigue siendo uno de los permanentes debates feministas. Cómo lo relacionamos con un área de la vida que tan claramente nos conduce a lo más profundo del subconsciente mientras nos presentamos como un embriagador brebaje de cuerpo (amado y odiado), emociones (¿en qué consiste eso que se llama lujuria, dejando aparte el amor?), y mente.

Cuando decidimos recopilar *Auténticos Placeres*, nuestra intención era la de abarcar la más amplia variedad de nuestras vidas y nuestros deseos. Queríamos que nuestras diferencias quedaran reflejadas —no sólo por lo que se refiere a nuestras propias historias y culturas, sino también respecto a nuestras fantasías eróticas. Deseábamos que el volumen incluyera al menos una buena parte de las diferentes realidades que nosotras representamos en los países occidentales de lengua inglesa. Nuestro triunfo a la hora de combinar esta diversidad ha sido relativo. Contactamos con gran número de mujeres, pero hay, desde luego, ausencias. Vemos estas ausencias no como un fracaso, sino como una opción social motivada por razones personales. La realidad de la vida, no sólo aquí, en Gran Bretaña, sino inter-

nacionalmente, es tal, que aquéllas que se encuentran bajo una mayor presión tienen que tomar difíciles decisiones acerca de algunas prioridades sociales.

Al pedir a algunas mujeres —cuyas vidas se han visto en peligro en la inhóspita Gran Bretaña a causa del racismo, la pobreza o la heterosexualidad— que escribieran acerca de sexualidad lésbica, no fue de extrañar que algunas declinaran la oferta. No se trata de que para algunas lesbianas el sexo sea lujuria. Se trata más bien de que deben dar prioridades, en sus vidas públicas y políticas, a temas de mayor urgencia. Por otra parte, algunas decidieron esperar y ver si lo lográbamos, o si les gustaba lo que íbamos a publicar. Un solo libro nunca podrá representar la totalidad de la diversidad política y cultural de las lesbianas, y además ésta es la primera intervención en esta línea, y es en dicho contexto en el que debe analizarse.

Auténticos Placeres no es en ningún sentido un manual de sexualidad lesbiana. De igual manera que la fantasía no supone una guía de lo que un ser individual llevará a cabo en la «vida real», los cuentos de *Auténticos Placeres* no representan necesariamente la realidad de sus autoras o lectoras. El sexo seguro es un tema aparte. Curiosamente, ninguno de los cuentos lo incluye como tema, ni hace referencia al mismo o lo utiliza en un encuentro sexual (exceptuando una breve mención en «Sexo a solas», de Barbara Smith). ¿Creen aún las lesbianas en general que el SIDA no es una realidad significativa para ellas en términos de transmisión sexual? Suponemos que así es, y ése es quizás el motivo más claro para la ausencia del tema en estos cuentos. Para quienes se sientan preocupadas acerca de la necesidad de las lesbianas de conocer el sexo seguro entre mujeres, lo que existe en ficción, tanto si se trata como realidad o como fantasía, no necesariamente debe darse cuando dos

mujeres están sexualmente juntas. Consideramos que todas las lesbianas deberían pensar largo y tendido acerca del HIV y del SIDA, preguntándose por los cómos y los porqués. Para algunas tal vez los cuentos construidos a partir de las prácticas de sexo seguro sean de alguna utilidad. *Auténticos Placeres* no ha incluido dicha posibilidad en su selección. Aun a pesar de que el sexo sin prevención entre mujeres conlleva un alto riesgo, no hemos considerado que toda ficción escrita o representación visual deba incorporar de manera automática las normas de conducta para el sexo seguro. Sea como fuere, nuestra opinión es que dicho tema debe ser conocido de alguna manera, y por ello incluimos cierta información que se encontrará al final del volumen.

Hemos pasado bastante tiempo analizando qué y quién está ausente de *Auténticos Placeres.* Muchas mujeres nos han escrito cartas que no nos han dejado lugar a dudas sobre el hecho de que este libro era una vieja deuda. No sólo incluye contribuciones de escritoras previamente publicadas, sino que nos sentimos orgullosas de haber incluido a algunas excelentes escritoras noveles. Decir esto es hablar de la riqueza, el talento y la creatividad entre las escritoras lesbianas actuales.

Muchas de las historias tratan principalmente de encuentros sexuales o de su fantasía. «Hacerlo» o imaginarse «haciéndolo» son temas dominantes, es decir que sólo algunos de los cuentos y poemas tratan de temas que de manera «tradicional» no hemos considerado estrictamente «sexuales». Hay unos pocos cuentos que, aun cargados de erotismo, no acaban con sexo. Nadie podrá negar que esta recopilación incluye una buena variedad de desafiantes y estimulantes estilos y aproximaciones.

Es nuestro deseo que *Auténticos Placeres* sea el prime-

ro de una larga lista de libros que procuren captar esos auténticos y placenteros momentos de nuestras vidas, mentes y cuerpos que nos hacen quienes somos. Por último, deseamos que este libro aporte placer e inspiración.

Así que, querida lectora, disfrútalo.

Colectivo Sheba
Londres,
Enero de 1989

ALGUNOS ORGASMOS QUE ME GUSTARÍA MENCIONAR

MARIA JASTRZEBSKA

Entre los realmente / pocos y lejanos libros / que he leído / en donde eso ocurre, / la mayoría de las mujeres se llaman Diana. Sus delgados (qué si no) dedos sostienen el cuello de la copa de vino / antes de moverse / izquierda, derecha, alrededor del pezón, muslo, pecho, espalda, hombro izquierdo otra vez / cuando yo ya estoy perdida / mientras llegan (qué si no) a un perfecto orgasmo / tras otro (todo al primer intento) gimiendo.

Junto con algunos detalles
como tener que ir a hacer pis
el timbre de la puerta
tu madre que llama
el gato intentando empalmarse
peerse en el peor momento
incluso levantarse por un vaso de agua
cuando tienes la boca seca
por no hablar de los días del periodo
que esos libros no mencionan:
el orgasmo que no llega nunca
que te deja confundida y dolorida
irritada y probablemente maldiciéndote

el orgasmo que llega débil
se acaba enseguida
te hace llorar
recordar el dolor
la completa soledad
el orgasmo que no es tan magnífico
comparándolo
no deberías tener
otros así.

Incluso allí / en los libros lésbicos que he leído, no lo describen así / la mayor parte son gemidos y humedad / todas esas cosas que te confunden. / Tal vez no quieren besar y hablar, después de todo. Realmente no las maldigo. / Estas cosas son personales.

Si no fuera tabú
tan fieramente negado en todas partes
Yo no sé si habría mencionado
la lujuria
junto con sus ordinarieces
los orgasmos que te hacen sentir
Yo nunca
o yo siempre he sabido
que podía ser
exactamente así
toda la inquietud
y de pronto ninguna inquietud
nada más en absoluto
qué pueden oír los vecinos
qué sucederá
nada puede detenernos ahora
observa su rostro.

LA FALDA DE TENIS

BERTA FREISTADT

Es verano, y la escuela desprende su aroma, el aroma de las cosas de siempre: betún, comida rancia, cabellos por lavar, sudor, polvos de talco. También huele a cosas más intangibles, como a impaciencia, nervios por los exámenes, fichas extraviadas y frustración. A pesar de que no brilla el sol en el cielo gris, sabemos que es verano por los uniformes de gimnasia. El hockey, el fútbol y los deportes a cubierto han sido sustituidos por el tenis y el cricket. Cricket para los chicos. Nosotras, todas, llevamos camiseta, pantalones de algodón y vestidos. Yo incluso me he depilado las piernas y me he puesto sujetador. Es más difícil atender a las clases cuando los pezones se marcan en la ropa. Aunque esta cuestión parece no preocupar en absoluto a Jacky. Ella es la maravillosa profesora de deportes de la que hace seis meses estoy enamorada sin que me corresponda y cuyos espléndidos y desconcertantes senos aparecen con frecuencia revelados en este cálido tiempo gracias a la eliminación de jerseys y rebecas.

Oh, Jacky, nunca antes había admirado con tanta intensidad una simple camiseta blanca de algodón; son bien conocidas sus propiedades, que permiten a los poros una buena respiración, pero estoy descubriéndole sus otras cua-

lidades, cómo se adhiere, moldea y marca. Una vez más desvío mi mirada y me pregunto por qué se le permite estar en medio de la clase con sus brazos y pechos alzados, vulnerable y en la postura idónea para quitarle el jersey. Sé que lo hace tan sólo para divertirse, y un día habrá una conversión instantánea al lesbianismo por parte de todas las mujeres de la clase, y se la atropellará en tropel. Este, por supuesto, es un lamentable pensamiento, porque ahora que me obligo a sentarme tan lejos de ella como me resulta posible, me tocará uno de los últimos lugares, en la masa, y no uno de los deliciosos primeros... es sólo una fantasía... hay otra. La fantasía de la falda de tenis.

La primera vez que la vi, la falda de tenis estaba en sus manos. Era una pequeña pieza de tela plisada, de color azul marino, como para una niña. Pero al día siguiente entró con grandes pasos en la clase con aquella amiga de mis sueños, la camiseta blanca de algodón, y la misma falda plisada azul marino envolviendo su mismísimo culo. No podía dar crédito a mis ojos. Tuve que sentarme, no se me había pasado por la cabeza que pudiera ser suya. ¿Cómo iba a controlar la clase vestida de aquella manera? Mi estimación por ella como profesora subió por las nubes. Vistió aquel conjunto todo el verano, sin pausa. Por unos momentos pensé que me estaba convirtiendo en un hombre; mirona, obsesiva, lasciva. Aparté con rapidez estos pensamientos de mi recalentada cabeza, tenía bastantes problemas como para inventarme alguno más. Yo no estaba haciendo de ella un objeto. La admiraba con el viejo, tradicional respeto de la adoración lésbica. La fantasía formaba parte de esa tradición, tanto como lo hacía el enviar cartas declarando tu amor y quedando luego sin habla y azorada durante unos cuantos meses.

Ella, claro está, no se turbaba en absoluto por su as-

pecto, o al menos eso aparentaba. Personalmente creo que acortó su falda para excitarme, no parecía haber otra explicación. Oh, Jezabel, pensé, cómo te atreves. Supongamos que se sentaba a mi lado con esa falda, supongamos que yo llevaba un vestido, y supongamos que la piel desnuda de su suave y dorada pierna rozaba la mía, ¿yo cómo debería actuar? Porque, por supuesto, sus piernas eran suaves y bronceadas y como las firmes columnas de un templo. Oh, déjame adorarte bajo ese techo... había nacido la fantasía de la falda de tenis.

Sucedía de una manera... un roce de tus divinas piernas y yo me postraría en el suelo ante ti. ¿Cerrarías tú los ojos o me mirarías con una sonrisa en tus labios? Espero que mantuvieras los ojos abiertos, al principio, para poder ver en mí la sonriente victoria. Nos miraríamos la una a la otra, la diosa y su devota, invisibles al resto de la gente, con su café y sus libros marcados. Comenzaría por tus tobillos con un beso, atreviéndome al fin a tocarte, a abrazar y a pretender tu amor. Yo podría sentir la dulce curva de tu pantorrilla en mi mejilla, al apoyar en ti mi rostro, muriendo una leve muerte de alivio. Y al reclinarme, sostenerme rápido para no caer, y al sostenerme, sentir tu fuerza y tu poderosa influencia sobre mí, dándome el coraje para ser osada. Y es que yo quiero algo más que la simple adoración, yo quiero convertir la sonrisa de tus labios en un jadeo de éxtasis, con tus ojos cerrados. Y es que allí en la sala, mientras los demás discuten acerca de las normas y las disciplinas del cuarto año, yo pongo mis manos en tus rodillas y las separo con suavidad. Abandono mis besos y me rindo al irresistible deseo de morder tus muslos, allí, bien adentro, en donde es más suave pero no tan dorado. Allí donde sólo tu más íntimo, tu más querido amor puede llegar; y hoy, ahora, soy yo. Tus piernas están

extendidas y cercan mi cuerpo por ambos lados, y mientras te muerdo, suavemente, te prometo que no voy a dejarte marca alguna, mientras te muerdo me sujeto a esas fuertes, largas piernas tuyas, como haría con un bote salvavidas en una mar en tempestad. Y una vez más los mordiscos se convierten en besos, y mis manos con sus largos dedos se colocan al final de tus muslos, bajo tu falda plisada que ahora se riza en armonía con las olas de esta mar. Más arriba, más arriba me estiro y me sitúo más allá, bajo el techo protector de esos pliegues, mis pulgares tan cerca de levantar el blanco ribete, mis dedos índices gimiendo con anticipación, sabiendo de antemano lo que van a encontrar, lo que desean, que será tan distinto a la suavidad, la firmeza y la frialdad de lo que habían conocido. Entonces, yo, estaría derretida y fundida por el deseo de todo lo cálido, húmedo y vibrante y, sobre todas las cosas, por ti, mi deseada, mi maravillosa mujer.

Ahora está tan llena de deseo ella misma, y estamos haciendo tanto ruido, que molestamos a quienes discuten sobre cuestiones administrativas, así es que tomo la decisión de trasladarnos a mi habitación, con la puerta cerrada, y desnudarnos completamente después de entretenernos un instante con la falda de tenis, pero suena el timbre y tengo que hacer frente a mi clase. ¡Buah!

APARTADO S 217

BERNADETTE HALPIN

Para Gilly Green

El otoño puede ser la peor época del año para no tener amante. Nos poníamos de acuerdo en eso, mi mejor amiga y yo, mientras permanecíamos en la cocina de mi casa durante la avanzada noche de un viernes, considerando la perspectiva de los fríos meses venideros. Nuestras parejas nos han dejado por mujeres peores —también estábamos de acuerdo en eso— pero mientras tirábamos de nuestros anillos, con nuestra tercera jarra de cerveza, esta idea nos proporcionaba menos alivio del que acostumbraba. Aun siendo inferiores ellas, nuestras «ex» pasaban con esas mujeres la mayor parte de sus horas de sueño y de vigilia.

—¿Y adónde querrás ir esta noche? —me interrogó Clare desde el otro lado de la mesa; a pesar de que sabíamos que sólo teníamos dos malas opciones entre las que elegir: una enorme discoteca metálica yendo hacia el norte, en donde la música estaba a un volumen tan alto que hacía vibrar las cervezas, o un estrecho bar en un sótano, en donde una mujer que me había hecho sentir borracha con sólo mirarla me había robado a mis amigos delante de mis propias narices.

—No hay ningún sitio, ¿no? —contesté— estoy harta de salir cada fin de semana para acabar con cualquier copa

encima de mi mejor ropa y soportar que alguna mujer me mire como si estuviera loca por haberla invitado a bailar. ¿Recuerdas el viernes pasado?

El anterior fin de semana habíamos ido a la nave de metal y nos habíamos situado indiferentes en una esquina en donde la música no hería tanto los oídos.

—¿Te gusta alguien? —Clare me preguntó al oído, mientras yo pasaba revista a las aproximadamente cien mujeres que allí había, con la misma mezcla de deseo y de ansiedad que me acomete cuando tengo que elegir entre una docena de pantalones tejanos.

—No sé... aquella mujer de pantalones blancos no está nada mal.

No sabría decir demasiado acerca de ella, excepto que era grande, con el cabello oscuro (por dos veces la historia ha demostrado que eso me gusta en las mujeres) y sostenía su vaso con un marcado estilo, que atraía, al menos desde unos cuantos metros de distancia.

—Sácala a bailar —me animó Clare, decidida, me imagino, a que alguna de las dos diera un paso aquella noche.

—¿Con este ruido? —grité. De la lejana pista de baile provino un ruido amplificado, idéntico al que mi aspiradora había hecho la mañana anterior al morir en el centro de la alfombra de mi salón; mientras, las mujeres se balanceaban como un conjunto de hamacas. Miré de reojo a Pantalones Blancos. ¿Era su amante alguna de las mujeres que la rodeaban? ¿O eran simplemente amigas, que habían salido también a echar un vistazo por la ciudad? Sólo había una forma de averiguarlo, y los ojos de Clare se mostraban ya implacables.

—¿Te gustaría bailar algo en algún momento, esta noche?

Pantalones Blancos se giró hacia mí; una mujer fuerte vestida con colores claros, con los ojos tan oscuros e im-

perturbables como su cerveza. Y de forma imperturbable me midieron: empezando por mis tejanos enrollados y acabando en el cuidado espacio entre los botones de mi camisa, donde aquella tarde yo había hecho llegar la plancha, inquieta por estar todo lo impecable que se merecía una salida de viernes por la noche. Pero debí de olvidar algo entre mis preparativos porque, cuando sus ojos me miraron nuevamente, su voz, sin emoción alguna, dijo:

—No, la verdad es que no.

—Oh, de acuerdo, gracias.

Los metros que me separaban de Clare se abrían ante mí, las luces me impedían pasar inadvertida, y mis piernas se movieron desacompasadas al cruzar la pista, de regreso a mi lugar.

—¿Y bien?

—Vámonos a casa.

—Es que no pienso volver allí, ni hacer otra vez lo mismo, no después del aprieto en el que me metiste la última vez —Clare me miraba, con sus ojos divertidos e impenitentes asomando por encima de la jarra de cerveza.

—Yo voto porque demos otra vez una miradita a «Perdidas en la Ciudad».

—¡Oh, no, por Dios! —protestó Clare—. Allí no hay nada esta semana, excepto «femeninas pasivas» buscando «camioneras».

En cada nuevo número, mirábamos en el apartado de corazones solitarios la letra negrita que dijera LESBIANAS O MUJERES HOMOSEXUALES, entendiendo con ello que no estableceríamos contacto con ninguna mujer que no tuviera un pasado «homosexual». Abrí la revista, busqué las páginas de los anuncios y las coloqué abiertas entre nosotras. Como siempre, había unos cuantos anuncios de nuestras chicas.

—¿Qué te parece éste?

Mi dedo llevó la vista de Clare hacia «ATRACTIVA LESBIANA, 26; busca amigas para divertirse y tal vez a esa persona especial para las caricias. No fuma, le gusta el teatro, el arte, la terapia y los largos paseos.» Treinta palabras para dar una imagen a las mentes de las desconocidas lectoras.

—Demasiado joven —dijo Clare con energía—, ¿y qué quiere decir con eso de «terapia y largos paseos»? Es probable que sea de las que se levantan de la cama con la primera luz los domingos por la mañana y quieren dar una caminata a través de Hampstead Heath, charlando acerca de no ir a casa de nuestras madres. Y no fuma. De todos modos, yo quiero alguien que ofrezca un buen polvo, y no caricias.

Dirigió el humo hacia mí para exponer una de sus objeciones.

—¡Clare!

La verdad es que a veces, para ser una trabajadora social educada en Twickenham, resultaba claramente indecente.

—No eres tú sola la que quiere un buen polvo (mis labios se abultaron al decir la segunda palabra). Tú quieres alguien que te cuide, que te trate bien, y que no te engañe de la manera en que lo hizo Helen.

Los ojos de Clare se reflejaban azules, con un gélido gesto de indiferencia y desdén.

—Vale, siento haber mencionado a Helen... de acuerdo, nosotras buscamos sexo sin barreras, buenos momentos y nada de cuelgues emocionales.

Veinte minutos más tarde, los anuncios no habían producido más que violencia y rechazo.

—¿Por qué algunas mujeres escriben «delgada»; es tan

despectivo hacia otras mujeres... ¿y a quién le importa si son licenciadas o profesionales?

De un modo u otro era consolador saber que, a pesar de los años y de la disolución de nuestros lejanos ideales separatistas, Clare y yo aún podíamos respirar, fumar y rezumar cerveza hablando de las mujeres que hacían sufrir a otras mujeres. Recordé mis antiguas amantes, y las suyas; mujeres parecidas, dominantes, volátiles, arrogantes y atractivas. Mujeres de las que nos hemos quejado y lamentado juntas, cuando eran nuestras amantes, y por las que todavía nos dolemos, en noches como ésta, en que cualquier otra lesbiana nos parece tan insulsa y monótona como las grises líneas que estábamos leyendo.

—No hay nada que hacer —dije finalmente, cuando la revista ya estaba cerrada y habíamos abierto dos cervezas más—. Tendremos que poner nuestros propios anuncios.

—¡No podemos hacer eso!

—Claro que podemos. ¿Por qué no?

Fui hasta mi escritorio y regresé con dos papeles en blanco y dos bolígrafos.

—¡Muy bien! —dije, tan decidida como la avanzada hora y las cervezas me permitían—. Tenemos treinta palabras para autovendernos.

Encendí otro cigarrillo y me incliné sobre el papel. ¿Cómo presentarme en treinta palabras? ¿Qué era lo que me caracterizaba? ¿De qué se habían enamorado mis amantes en el pasado? Era duro, no resultaba nada fácil internarse en aquel mundo desconocido. ¿Mis manos, mis ojos, mi altura, mi humor? Hay una mujer que aún se enternece con mis delgadas muñecas cuando pasamos la tarde juntas. Otra estuvo conmigo tres años porque adoraba mi «sensibilidad». ¿A qué se refería? Sea como fuere, no podía poner «sensible» en el anuncio; algunas mujeres po-

drían pensar que vivo mi vida según mis ciclos menstruales, o acostada en un sofá bebiendo infusiones. Bueno, podía empezar por lo concreto: edad, horóscopo, y lesbiana; lo último tiene todas las connotaciones que deseo. Sagitario, 34... ¿no debería decir algo de mi apariencia, de cómo soy? Blanco mental; nada en el espejo, y tampoco podía recordar ni una sola maldita cosa en que yo empleara mi tiempo.

Miré a Clare para inspirarme, y lo que encontré fue su bolígrafo garabateando tan sólo airadas espirales en el papel, nada más.

—No puedo hacerlo —respondió a mi mirada inquisitiva—. No se me ocurre nada que decir. Soy tan aburrida... De todos modos, no voy a gustar a nadie.

—¡Tú gustas a muchas mujeres!

—¿A quién?

—Bueno —titubeé—, tú eres estupenda. Eres realmente generosa, leal y divertida.

Ella frunció el entrecejo; la estaba describiendo como la mujer de las caricias.

—Y tienes un cuerpo precioso.

Esto era realmente cierto. Yo había admirado los pechos y el culo de Clare unas cuantas veces que habíamos dormido juntas. Me miró suplicante.

—De acuerdo, yo lo haré por ti. Sólo si tú lo escribes por mí.

Así es como mi amiga y yo acabamos preguntándonos acerca de la desposeída pero esperanzada alma de la otra, y de esa forma revelamos al dictado nuestras románticas, carnales y sentimentales naturalezas. Y así es como me convertí en el Apartado S 217, cuya primera consecuencia fue que, seis semanas más tarde, me encontré a mí misma acercándome a la puerta de un pub para verme con una extraña que había escrito desde la parte Este de Londres.

De las catorce respuestas que habían llegado en sorprendentes entregas, la suya había sido la más prometedora: 40 años, trabajadora, y lo suficientemente inteligente como para hilar tres páginas con lucidez. También creí entrever en el mensaje cierto tono claramente sexual, por lo que aquella noche limpié mis oídos y cepillé mis dientes con particular atención. También escogí el mejor entre los tres perfumes que tenía. Esa podía ser una noche Paco Rabanne, pensé, mientras me perfumaba los hombros y el cuello. Había escogido el pub porque era adonde solían ir las lesbianas del lugar, y donde los jueves por la noche había un reservado para «las mayores» en la parte trasera del bar. Para mayores de treinta y cinco. Pero yendo con una mujer mayor, me permitirían acompañarla.

La reconocí en el momento en que las puntas de mis pies tocaban la alfombra del interior del pub, sentada en un taburete al final del curvado local y mirando hacia mí cuando la puerta golpeó al cerrarse. Cabellos claros, ojos claros, una serena sonrisa.

—Tú debes de ser Annie —me extendió cortésmente su mano.

—Sí. ¿Caroline?

—Exacto. ¿Quieres beber algo?

Me di cuenta de que compartíamos gustos en cuestión de bebidas: una buena jarra de cerveza servida con una ancha franja de espuma.

—Gracias. Tomaré lo mismo que tú.

Me sirvieron la bebida («hola, Annie, ¿cómo estás?») y nos trasladamos a una esquina bajo la máquina de tabaco.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas? —pregunté—. En tu carta no lo mencionas.

—En realidad, enseño Clásicas.

Había algo improcedente en su voz. Ni siquiera noso-

tras, chicas educadas al margen de las convenciones, hablábamos como Radio 4 puesta a todo volumen. Suspiré por un tocadiscos y sentí un sudor, nacido de la ansiedad, crecido bajo el perfume para noches que de pronto eran más cortas de lo que prometían. ¿Clásicas? ¿Quería decir Roma y Grecia; carros conducidos a través de parajes desérticos, hombres en ropas de baño cantando en latín bajo soles de justicia? Caroline me explicó por extenso en qué consistían las Clásicas; a mí y a los hombres que se habían situado en su lugar habitual entre ceniceros, manteles y servilletas. Las únicas interrupciones fueron las de las varias mujeres que se acercaron a saludarme.

—Hola, Annie, ¿cómo van las cosas?

—Bien —dudé yo—, ésta es Caroline.

Una hora más tarde, Caroline y yo estábamos entre las primeras de la cola para ocupar la zona oscura del bar, cerrada con cortinas, en donde las mujeres mayores podían compartir lo que quisieran. Consistía en un espacio con una docena de mesas redondas, con manteles e iluminadas a la luz de unas velas, un sistema de sonido que emitía viejas melodías en una esquina, y un piano donde una mujer esperaba sentada para tocar. Comparado con esto, la nave metálica y su migraña electrónica quedaba descolorida. Esto es bonito, pensé mientras tomábamos asiento detrás de la cantante. Caroline seguía boyante y seriamente conversadora, aunque noté que sus mejillas mostraban un cierto rubor. ¿Estaba borracha? Yo ya sabía lo que tres copas como aquélla podían llegar a provocar, pero con los extraños es muy difícil detectar si sus maneras encantadoras son o no los signos de un colapso. Sus ojos estaban turbios como la niebla, pero en el cómodo ambiente de pequeñas llamas y conversación me sentía más relajada de lo que lo

había estado bajo el examen de curiosa familiaridad en la otra parte del bar. Caroline me sonrió extasiada.

—Me lo estoy pasando muy bien. Me gustas mucho.

—Tú también me gustas —dije por primera vez aquella noche.

Ella deslizó un brazo, con aparente familiaridad, por encima de mis hombros, y allí lo dejó. Una de las frases de mi anuncio —«busco a alguien para la pasión y la conversación»— se me apareció ante los ojos brillante como un neón. ¡Oh, Dios! Lo que en la cocina de mi casa me había parecido audaz e ingenioso, ahora se estaba convirtiendo en la posibilidad de un taxi compartido hasta mi casa, hasta mi cama, con esta mujer arrastrada a las profundidades por su cuarta cerveza, y que cada vez se me acercaba más. Ni siquiera podía maldecir a Clare.

Entonces la cantante, apenas a unos metros de nuestra mesa, empezó a cantar. Su voz era dulce, clara y emotiva, perfecta para la pieza de Joni Mitchell con la que había decidido empezar: «Algo de ti». Cerré los ojos para saborear mejor las tristes letras que me sabía de memoria desde que me había marchado de casa. No recordaba que Joni hubiera grabado la canción con un dúo, pero ahora, mientras escuchaba, había otra voz que seguía todas las letras. Era la de Caroline. Caroline acompañaba la canción con su voz de contralto, siguiendo seria el ritmo con el movimiento de su cabeza. Durante su actuación, la mujer cantó doce viejas canciones. Todas hablaban de alguna solitaria emoción. Lo cierto es que si se dio cuenta de que no cantaba sola, no lo demostró en ningún momento. Caroline no se dejó perder ni una sola palabra, y su estilo provenía ahora del profundo pozo de su copa vacía. Yo por mi parte me abrí paso por entre la maraña de velas para pedir otro par de cervezas. Hay quien bebe para olvidar. Esto era beber para no enterarse de nada.

Cuando volví, la cantante había sido sustituida por el equipo de música, y algunas canciones de amor actuales llegaban desde la pista de baile: «La mujer de rojo». ¡Por Dios! ¿Hacerse mayor significaba confundir aquello con el sonido de la pasión? Aparentemente, no, puesto que nadie se movía. Excepto Caroline.

—Es mi canción favorita —dijo animada— ¡tienes que bailar!

—Yo no bailo, nunca bailo —respondí con sequedad. Yo no vestía de rojo, por lo tanto no tenía por qué bailar, no podía confundirme con nadie a quien la cantante pudiera referirse con esos gimoteos. Como si me hubiera atado al asiento. Ni me moví.

Caroline se balanceaba frente a mí, simulando que sus brazos rodeaban a alguna deseada aparición, mientras sus labios articulaban algunas palabras inaudibles. Con el cigarrillo que sostenía en su mano, dibujaba curvas que me representaban brillando a media luz. Entonces se le cayó al suelo. Fue cuando vi cómo sus rodillas se doblaban inseguras en el intento de recuperarlo, el momento en que me di cuenta de que tenía que llevármela a casa.

Mi apartamento está a veinte escasos minutos desde el pub; esa noche parecía que llevásemos horas caminando. Mi brazo, firme alrededor de sus hombros, sostenía cerca de mí a Caroline, y así guiadas, andábamos a la manera de los cangrejos. Yo luchaba por recordarme que era la única que conocía el camino. Cantamos «La mujer de rojo» en un ronco dúo —¿cómo llegué a saber toda la letra?— mientras sorteábamos obstáculos. Luchamos en una esquina por encendernos los cigarrillos una a la otra como si estuviéramos siendo sacudidas por una tormenta en la cubierta de un barco. Di una fuerte calada al mío y lo vi brillar contra las paredes de oscuros edificios. Caroline, so-

lemne, señaló con el suyo hacia un cercano montón de botellas.

—¿Es ése el semblante que botó mil embarcaciones e hizo arder las altísimas torres de Ilium? —declamó.

Un taxi pasó indiferente, dejándonos inmóviles tras su camino. La miré, y la pregunta que había esperado hacer durante horas, salió de pronto con espontaneidad.

—En tu carta decías que eras de clase trabajadora. Entonces, ¿cómo es que hablas así?

—¿Así, cómo?

—Pues como... —torpes dedos parecían buscar a tientas las palabras adecuadas en la espesura de mi cerebro, y entonces me vino a la cabeza un recuerdo de la infancia—, como alguien cursi.

—Aprendí a hablar así, para hacerme entender. Soy de Yorkshire, pero eso no quiere decir... leer buena literatura con la voz impostada.

Había dicho esto último con un marcado acento norteño, y su pálido rostro estaba ahora iluminado por el humor. Nuestros ojos se encontraron, y por primera vez aquella noche reconocí a Caroline; su alterado acento nos llevó hacia atrás a través de los años y así pude comprender. Me asaltó el recuerdo de mis años de huida en los libros.

—Cuando estaba estudiando, uno de mis profesores dijo que mi acento era «dickensiano»; dijo que nadie hablaba ya de esa manera. Hizo que me sintiera como una refugiada del infierno.

—Sí, supongo que ambas lo éramos; lo somos aún.

Sonreímos con complicidad, burlando al dolor que nos había conducido a ambas a través de tantas transformaciones a las inclasificables mujeres en que nos habíamos convertido, dueñas de un lenguaje distinto.

Era una noche apacible, rara en Londres, y nos senta-

mos en mi diminuto jardín a beber océanos de té. Había algo tierno en aquel aroma de la hiedra que trepaba en desorden por la parte trasera del edificio, algo ajeno al tiempo, sentadas allí ante el inacabable rompecabezas de luces surgidas de una docena de habitaciones por encima de nuestras cabezas.

—¡Madre mía! Me parece que he hecho el ridículo en el pub.

—No, no te preocupes. Estuviste bien.

Recordé la nota a la que había llegado cantando «Algo de ti»: «Volveré a levantarme, volveréeeee a levantaaaarme»... Incluso Joni había dejado de cantar aquella nota. Yo me sentía sofocada.

—Pero bueno, quizás quieran contratarte para el piano, la próxima semana.

Ambas reíamos con ganas y nos abrazamos. Alrededor, el silencio constituía un invisible paisaje; ni sirenas, ni gritos, ni gatos maullando desde lo alto de las tapias. Me gustaba que Caroline me tuviera abrazada. No me moví. Ella inclinó mi cabeza hacia atrás y me dio un beso largo y profundo. La deseaba; algo en mí, llegado desde un lejano lugar de mi vida, correspondía a su calor y a su cariño. Caroline se retiró un momento para mirarme a los ojos de forma inquisitiva.

—Bueno, tu anuncio prometía pasión y conversación.

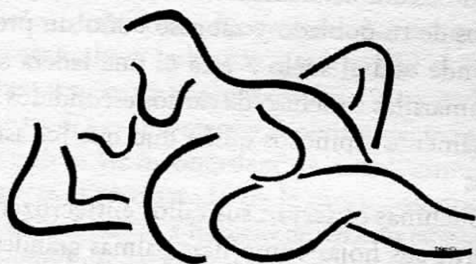
—Y así es —contesté—. ¿Te gusta conversar en la cama?

Nos desnudamos una a la otra sin decir ni una palabra. Su cuerpo, libre de sus oscuros pantalones, liberados sus pechos de la blusa, era perfecto y luminoso, con una luz diferente al tenue brillo de las velas. Bajo las sábanas, me entregué a sus brazos, movida por el deseo que me dejaba sentir el calor de su piel. Dejé que subiera hasta el final su pierna entre las mías, anclando mi necesidad en

su muslo, y mi lengua se adentró en su boca buscando la suya. Me retiré un momento para respirar y vi en sus ojos un color tan claro que no podría decir cuál era.

—Hueles muy bien— dijo ella.

Recordé mis propias manos en mi cuello, donde ella tenía puesta su boca, rociándome con perfume y preguntándome qué traería aquella noche. De todas formas, no creo que ella se refiriera al Paco Rabanne. Entonces, cuando se sumergió dentro de mí, rápida y sin preguntar nada, supe que no me había equivocado en lo que había leído entre líneas en su carta.



EL TRAPECIO

CAROLINE HALLIDAY

Mi lengua se topa con un áspero valle dentellado pequeño como áspera hierba o es que la tierra está arada el sabor es distinto quería poner mi boca allí pero no me atrevía no sabía cómo mover mi cuerpo hacia el tuyo con elegancia y ahora te columpias sobre mí se supone que ambas estábamos en un trapecio / yo debajo de ti y tu cuerpo balanceándose contorsionándose salvajemente y yo me pego a los labios de tu poblado y sabroso coño sin preocuparme de dónde está el suelo / esta es una ladera salpicada de flores amarillas e incluso de cardos escondidos más allá y deliciosamente espinosos quién dijo que los asnos eran los únicos

las capuchinas observan sus tallos entrecruzados en la hierba verde sus hojas como lisas palmas grandes me entregan algo me alcanza mira mi palma no hay nada desnuda y limpia / sus pétalos como lóbulos de orejas orejas pendientes colgando pesadas / diminutos huesos en el oído cartilaginoso y su aroma cruza mi rostro de un solo golpe como esas hojas abajo por la cavidad arriba por la cavidad el cerebro los ojos para aspirar orejas con lóbulos transparentes con hilos anaranjados lenguas alcanzándome los la-

bios para lamerlos suavemente tu lengua que llega húmeda y suave y feliz

la pasada noche me puse aquella falda nueva de esa tela negra y adorable ropa resbaladiza y frescas flores estampadas con un delicado relieve y se acomoda con suavidad todo el camino a las curvas del vientre bonito verdad para saber dónde se encuentra tu cuerpo / siente este límite de mi piel sé quién soy también tú puedes verme

si tú me rozas mujer amante en el pasillo o contra la nevera me gustará si levantas mi falda con tu mano en el sofá lo recordaré porque mi cuerpo existe aquí bajo mi falda y me gusta tu mano ahí

el domingo por la noche es la noche de las viejas señoras digo bromeando / cuando llego

Qué significa este áspero discurso que significa morder /

nada excepto felicidad pero creo que está rozando los extremos / yo la he alcanzado tocando los extremos cómo podría explicarlo cogiendo en mi vida los extremos cómo no hacerlo / ha tenido años y más años así qué significa para nosotras ahora lesbianas que tocamos el amor / que encontramos nuestros propios caminos inesperados me gusta sentir tu deseo imprevisto / podría decir incongruencias me gustan las incongruencias / sexo asimétrico contra la nevera el sexo sacado de la cama / vamos a hacerlo con sensatez / vamos a hacerlo de pronto cuando no estemos esperándolo descubierto mi cuerpo decide / me gusta sentir tu decisión / ése es el afilado límite tu poder contra mí el poder del río que permanece en su orilla puede venir y mirarla ella te tocará y tú podrás irte tú podrás entrar en ella ella no cambiará tú no cambiarás a menos que alguien pueda cambiar por un sueño un momento junto al mar para sentir la arena en los pies

las frías olas acarician los pies de la tierra hay al-

guien que se altere por una sola mirada al mar creo que sí
tus cabellos eran lacios vas a telefonear dentro de un minuto
secretos tú llegaste a mi cuerpo
secretos
seguramente el amor es capaz de vivir con los secretos los tremendos y los límites de encaje de terciopelo la negra falda de seda de las flores estampadas con el ancho mar de encaje dibujándose en él recorriendo un camino ancho y curvado / y brillante arena húmeda cuando se retira para tocar la seca tierra de tu alma oh el alma no está seca / pero tal vez la de alguien lo esté cuando tú la necesites
un rasgado papel pone el límite ¿es liso o desigual? has pensado en ello alguna vez es liso y maravilloso o áspero y caótico
áspero liso y maravillosamente caótico
aquí está la pasión ahora yo quiero besarte largamente
deslizarme hacia el interior de un hálito un latido del universo dentro de mí esto es el grisáceo aire de suave terciopelo abismal sobre mi rostro como tus manos cubriendo mis ojos mientras me besas la boca solamente
estás ahí
tengo esta enorme ola en mí suave como tela ondeando tú puedes pasar por ella como una nube o la niebla por un paisaje o a la manera en que la distancia cambia desde un lugar elevado
recuerda el mordisco de una aceituna
la dura y hermética textura de la resina
el polvo en tus pies los arenosos vidrios de la arena
polvo blanco
cuando te beso así
mi boca podría tragarse el universo mi cuerpo beberte entera

mirando la ola en ti deseándolas las dos juntas

Tu cabello es maravilloso de un brillante azabache y crespo esconde y cubre reflejos el perfil de tus labios oscuros y aterciopelados perfiles esto es nuevo es domingo por la noche este es el tiempo para lo inesperado tócame— has introducido tu lengua en mi oreja mientras miramos rinocerontes —son pesados y se mueven sobre sus desproporcionadas caderas y hombros que siguen siempre la dirección de sus cuernos tú introduces tu

lengua / hoy has estado mirándome

cuando me acuesto a descansar puedo ver

tu cuerpo lo que yo quiera

la línea de tus nalgas quiero que mi lengua

las recorra como una hendidura en la montaña

tocar todos los lugares suaves con mis dientes tu espalda entre tus hombros

entre los huesos de tus hombros tu cuello terso junto a mi mejilla

Tocar sin interrupción tocar sin respuesta alguna

sin ninguna responsabilidad sobre mi propio cuerpo excepto de lo que quiera hacer encontrar el éxtasis que pueda encontrar lo que sea

dejar que guardes el secreto de todo lo que sientas en ti siguiendo suavemente

como un aliento cada matiz de tu llegada lo que quiere decir ser tú misma por entero sola la otra mujer ambas solas y no solas sino separadas una línea de oscuro terciopelo en medio es esto confianza en mí sería difícil

si lo tomamos despacio tal vez haya algo

si lo tomamos despacio hay algo distinto esperando

escucha quiero llegar a ti

quiero abrazarte en el círculo de mis brazos abrazarte toda entera

piernas brazos hombros tu cabeza tu boca tú de pronto quieres alcanzarme con tu boca
Yo quiero ir y abrazarte
y estoy aquí tendida
durmiendo

me deslizo en ti y no es como antes
tú ya no me muerdes tú dices por qué es así

mis dedos te recorren deslizándose por un suave pliegue de tu piel
suave como satén y suave como cálidas aguas en las que sumergirse

me tiendo a tu lado más cerca sé de mi piel deteniéndose donde yo me
detengo y la neblina que se forma más cerca en tu aliento tu latido
la piel donde descanso
¿es posible tener más cerca este momento?
volver atrás / estar en aquel lugar donde la calidez rozaba todo alimento
la sensualidad era el aroma de tu ascender y descender tu densidad
de tu cuerpo cerrado antes del rompimiento

es posible para mi aliento reunirse con tus labios unirse a tu boca junto al perfil de nuestros cuerpos encontrarse con el aliento que suspira suave
desde su ascenso y su descenso / hallar una boca allí hay una tranquila paz /
allí hay una tranquila paz que dice que nos encontramos
nos encontramos aquí y ahora

Deslizo mis dedos por las huellas tan suaves como relucientes y silenciosos raíles huellas que brillan al sol Esto es abajo esto es abajo esta es la otra parte de tu boca he encontrado un camino
allí está la abertura por la que deseas que vayan mis dedos
están aquí
esto no es como
sumergirse
es como cálida tierra sobre tu cabeza una confortable cueva un
refugio con alfombras y colchas y tejado
una cueva con joyas y delicias y mullidos divanes
telúrica
como pasear por un verde bosque con la luz que penetra / el sol
agitándose entre los ojos
una cueva con aroma a helechos junto a mi rostro frondas de encajes verdes
como una sombra acariciando mi piel
se encuentra aquí
para entrar
hay lava verde hay tierra porosa y suave
para entrar
es
Puedo explorar aquí esto es placer
tú dices yo no te muerdo más
habrá tiempo para eso
la próxima vez
al fundirnos
al unirnos

piel
empieza

LA CURACIÓN

MANDY DEE

No podrás curarme, mañana.
Debes cuidarme ahora
que yazgo aquí, frágil y debilitada;
horizontal —enroscada alrededor
de tus piernas
para que un sueño inesperado
no me hiera otra vez esta noche.
Penetrante, viejo placer de la vida,
¿debo dilapidar hoy mis fuerzas?
Si tomo de tus ojos mi medicina
y lo agradezco amante con mis labios
¿me abrazarás mañana
cuando la confusión y el temblor me secuestren?
¿Valen mis manos habitando tus mejillas
los próximos agotadores días de mi vida?
He desfallecido durante años aquí:
pasa el momento de mis carencias—.
Mi vida pasa,
seguiría viviendo
si pudiera,
entiende que me aferraría a la vida, al amor
y a ti.

Te besaría
y te besaría,
desesperada por un hálito de vida.
Terriblemente desalentada
me he convertido en vampiresa
buscando aire,
buscando aire.
Mira cómo nos separan el deseo y la enfermedad
Corazón Amado, ¿seremos sobrevivientes
más allá de nuestros oscuros miedos?
Ya que debemos mantener esta pureza,
sabe que te amo
y bésame suavemente
abrázame aquí.

TENTATIVAS - FRAGMENTOS

MANDY DEE

Según el Dr. Martens
o el kárate
podemos aludir a las piernas,
pero tú huyes asustada.

Y te espantas
cuando las palabras
interior del muslo
se acoplan a los labios.

Si se habla de mujeres calientes en la cama
piensas en puestas de sol sáficas
y declaraciones en privado.
Cama caliente, mujer caliente
te beso castamente, tan elegantemente
que nuestros besos pueden parecer fraternales
sin recordar nuestro lesbianismo
entretejido a nuestros camisones
risueños,
tan a salvo,
tan enervantemente
cálidos.

En la cama
me relajo
pero sigo buscando.
No quiero más las viejas citas tímidas
sobre noches completas.
Estoy tranquila,
relajada
abierta,
pero suspiro por tus manos
y quiero esto:
la clara dulzura de la yema de tus dedos,
nos quiero juntas.
Y tus ojos podrán nublarse por completo,
profundamente; pero no con sueños.
¿Vamos a sentir y a vivir lo asustadizo
nuestras heridas abiertas
nuestro sentimiento
temeroso
del apetito saciado
sin límites?

de veras, quiero seguir los contornos de tu cuerpo
de veras, quiero probar los colores de tu piel.

SIN PALABRAS

PEARLIE McNEILL

La vi en la playa. Tenía un cuerpo atlético y caminaba a grandes pasos, con seguridad. Estaba cayendo el sol. Miré la enorme bola dorada escondiéndose en el agua. Poco a poco desapareció de la vista, dejando sus huella púrpura en un cielo de colores. Cuando devolví mi atención a la arena y las rizadas olas, vi otra vez a aquella mujer.

Estaba mucho más cerca ahora.

La observé mientras se dirigía hacia dos elevadas rocas en medio de la playa; entonces se alejó del agua, si bien con la subida de la marea había muchas y espumosas olas que atravesar. El agua tenía una apariencia tan apacible que no pude evitar pensar que era como una caricia en sus pies desnudos.

Yo estaba sentada cerca de los escalones del paseo, mis ojos absortos en los movimientos de la mujer, mi estómago consciente de su sensación de cosquilleo. Ella se acercó aún un poco más y por fin, allí estaba, de pie frente a mí. Yo casi no podía respirar. No levanté la vista pero mantuve mis ojos fijos en un trozo de su coloreada ropa, en algún lugar cercano a la altura de su diafragma. Sin mediar palabra alguna, aproximó su cuerpo a mí un poco más. Yo mantuve inmóvil mi cabeza, pero el vello de mis

brazos parecía, de pronto, que crujía al erizarse. Estaba convencida de que debía de estarme inclinando hacia un lado como atraída por una irresistible fuerza magnética.

Fue entonces cuando pude oír la campana del heladero. Ella también la habría oído. Se levantó y se alejó.

Quise gritarle y suplicarle que no se marchara, pero en lugar de eso permanecí allí sentada, en silencio, mirando el mar.

Regresó en un minuto, con un barquillo en cada mano.

Entonces, finalmente, fui capaz de girarme hacia ella. No podía apartar mi vista de su lengua y su boca devorando el helado. Creo que era de granadilla.

Cogí el barquillo que me ofrecía, recorrí con mi lengua los bordes por donde sobresalía el helado, cazando las frías gotas que amenzaban con caerse. Pude ver sus dientes, eran iguales, uniformes, y un espacioso hueco le separaba los dos dientes superiores. Tenían que ser fuertes, decidía mientras la veía propinar pequeños mordiscos mediante delicados movimientos bien coordinados con la acción de su mano, con la que iba haciendo rodar el barquillo.

Un escalofrío de excitación me recorrió la espalda de arriba a abajo, extendiéndose por todo mi cuerpo hasta llegar a mis muslos.

¿Qué podía decir ella?

¿Y si se marchaba ahora?

¿Qué haría yo?

Había acabado con su barquillo y estaba limpiando con esmero sus manos en un pañuelo que había extraído de uno de sus bolsillos. Yo terminé impaciente lo que quedaba de mi helado y froté mis manos contra la parte trasera de mis pantalones cortos, sintiéndome nerviosa por lo que podía pasar a continuación.

Me tendió una mano. Yo le alargué la mía y me dejé

conducir por ella camino de la ciudad. Su apartamento estaba bastante cerca de la playa.

Atravesamos la puerta de la entrada y entramos en una espaciosa sala. No recuerdo demasiados detalles, excepto que había montones de pilas de libros por el suelo. Intenté leer alguno de los títulos de esas obras, que me podrían haber dado alguna pista valiosa, pero era difícil poner la cabeza en un ángulo tan raro, y mostrarse natural, aparte de que la mujer seguía llevándome de la mano. Me sonrió brevemente y me condujo por un sendero que abrió entre libros, y luego atravesamos la cocina.

Estábamos en el dormitorio. Había una gran cantidad de plantas y las paredes eran de color amarillo. Vi un antiguo lavabo, gruesas toallas verdes y baldosas de corcho en el suelo.

Esperé.

Empezó con los botones de mi blusa. Quería ayudarla pero no podía. El hormigueo entre mis piernas era apremiante. Pude sentirme a mí misma tambaleándome hacia ella, deseando tocarla, que me tocara, por todos sitios. Me quitó la blusa y la lanzó por encima de sus hombros. Después, bajó la cremallera de mis pantalones. Sentí un gran alivio al recordar que me había puesto mis pantalones nuevos, y no los viejos, cuya cremallera necesitaba prenderse con un alfiler. Su proximidad resultaba embriagadora. Pude sentir la urgencia entre mis piernas como un dolor. Contenía cuanto podía la respiración, como si mi ser fuera a romperse si respiraba demasiadas veces o demasiado rápido.

Me quité los pantalones. Estaba desnuda. Cada poro de mi cuerpo desprendía humedad. La piel de su cuello, tersa y sedosa, me atraía con fuerza. Ella es una amazona, pensé. También yo soy una amazona. Con movimientos deliberadamente lentos, desabroché su blusa, bajé la cre-

mallera de sus pantalones y la sujeté suavemente con un brazo mientras la desposeía de sus prendas.

Nos metimos bajo la ducha. El agua era tibia. Caía sobre nuestras cabezas, nuestros hombros, y corría por nuestros entrelazados cuerpos abajo, formando delgados riachuelos. Me acerqué aún más. Ella desplazó sus brazos para hacerme sitio. Nuestros cuerpos se acoplaban de una forma maravillosa.

Comenzamos a acariciarnos, a explorarnos. Sus manos me recorrían entera, buscando, rozando, palpando, besando, mordiendo, presionando. Oh, qué manos tan magníficas tenía, se paseaban por todo mi cuerpo con asombrosa familiaridad. Parecía adivinar de manera intuitiva las cosas que me gustaban. Permanecí en silencio mientras ella averiguaba la forma de regalarme más placer.

Era mi turno. Me volví para buscar el jabón. Era uno de esos que hacen tanta espuma. Lo acaricié con mis manos hasta que la pastilla resbalaba tanto que me resultaba imposible retenerla. Devolví el jabón a su repisa y llevé mis manos con suavidad por todo el cuerpo, con lentos, circulares movimientos, empezando por sus pies y desplazándome hacia arriba. La giré por los hombros y enjaboné su espalda, comenzando esta vez por su cuello y viajando hacia abajo, deteniéndome aquí y allá según los movimientos que su excitación me indicaba.

Pareció que transcurría una eternidad bajo esa ducha.

Mi mente estaba repleta de imágenes de poderosas olas, fina arena colándose por entre los dedos de los pies, espumoso oleaje, helados lamidos por lenguas húmedas y rosadas, barquillos mordisqueados por dientes perfectos, pieles desnudas y cálidas respiraciones, cascadas de agua y gemidos de placer y deleite. Una o dos veces me sentí preocupada por la factura de electricidad que iba a llegarle, pero

como ella no parecía concederle importancia alguna, yo intenté hacer lo mismo.

Finalmente salí a la alfombrilla del baño, desconfiando ya de que mis temblorosas piernas pudieran sostenerme en pie. Sus ojos me siguieron, había una expresión plácida en su rostro. Me vestí y colgué la húmeda toalla verde.

Desde la puerta, me giré para sonreírle, con una ancha sonrisa llena de calidez y afecto. Ella sonrió también y me saludó con un gesto de la mano. El agua aún caía por sus hombros. Salí del lavabo, crucé el apartamento y me marché. Mientras regresaba a casa miré al cielo. Estaba oscuro. Había un montón de brillantes estrellas ahí arriba, mostrando y luciendo su belleza a través de aquella aterciopelada negrura.

Mañana iba a ser otro buen día.

ANSIAS DE VIAJAR

STORME WEBBER

pues sí, se dijo a sí misma, mientras su mente vagaba otra vez por los oscuros
lugares
que había estado echando en falta/ no podía evitar esos borrosos y apremiantes
sentimientos de lujuria
en una época tan seca. los recuerdos estaban frescos pero distantes/ su calor
había dejado
una huella/ y contactos como el último, que había sido sido demasiado confuso,
demasiado complicado, demasiado...
nunca ninguna crisis había ido por los mismos derroteros, pensó,
cabeza, corazón, carne y espíritu todos emprendiendo su camino hacia donde fuera
pero
¿quién podría imaginar una vida que renunciara al amor?
¿quién la desearía? Yo no.
mientras nos rozamos (ese vestigio táctil de humanidad, de existencia en la tierra) nos paseamos por la costa buscando inspiración para el arte de vivir la vida, nuestro amor

por los demás, conocidos o no, y a nosotros mismos. una cosa por otra

es una bendición

estar viva es sólo que a veces se necesita un poco de compañía

en

esta bendición. éstas eran sus preocupaciones mientras se arreglaba

para

salir esa noche sin atreverse nunca a citarse con un grupo

previamente

de jóvenes mujeres de dulce mirada/ sólo buscando durante el tiempo en que el cuerpo es libre alguna rítmica música alegre (esperaba que el

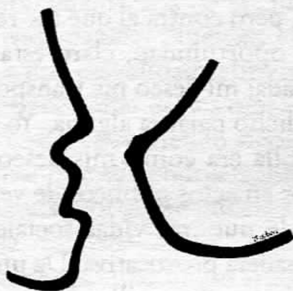
disc jockey estuviera con la moral alta en lugar de en la zona depresiva de su fuerte personalidad)

la luna lucía su antiguo color marfil, una pacífica pero inquietante redondez sobre la ciudad. como de costumbre, en ese momento deseó estar volando por alguna parte allí junto a los astros con alguien de singular y profunda mirada/ las manos unidas con fuerza. esta fantasía amenazó con llevarse su espíritu de la miseria de la 16 con valencia/ un cruce mediano que se mostraba tan triste como siempre de todos modos, es un hecho conocido que uno no puede estar despistado en ningún cruce sin tener un

destino

concreto en la cabeza. una idea equivocada lo puede perder y entonces quién sabe dónde puede uno ir a parar este pensamiento devolvió su conciencia a la tierra ¿o debería mencionar la altura concreta? sí, la calle, ahí estás otra vez algunas veces, normalmente por la noche, o incluso por la mañana, antes del ajetreo diario, hay una especie de paz en la ciudad/ con todas esas

energías
descansando/ de una manera nocturna, la noche parece más femenina. pero esta noche estaba en continuo movimiento y una energía nerviosa y errática daba vueltas confundida por las calles.



AMBIVALENCIA

TINA BAYS

Me enfrentaba a la necesidad de tomar una decisión. No quería. Sí quería. Bueno, cómo saberlo. Ese ambivalente deseo de no tener alternativa, pero sentirse superada, descontrolada, un estado por el que podía suspirar con la imaginación, pero contra el que me rebelaría en la práctica. Si tuviera oportunidad, claro está. Sea como fuere, me sentía atrapada; mi deseo me transportaba fuera de mí. No habíamos dicho palabra alguna. Yo me proyectaba en mis fantasías. Ella era como mis deseos.

Nos veíamos en actos públicos de vez en cuando, y las circunstancias de nuestras vidas sociales como lesbianas coincidían de manera provocativa. De un encuentro a otro, yo edificaba mi secreto castillo de fantasías.

Durante aquel verano, lejos de los fríos días y las aún más frías noches de Inglaterra, dormía sola en una de las habitaciones de una casa junto al mar. Tarde, entrada la noche y tendida en mi cama, disfrutaba del calor, de mi soledad, del ahogado sonido del mar insinuándose en aquella calurosa y algo claustrofóbica habitación. No soplaba siquiera una leve brisa que agitara las descoloridas cortinas o desviara el humo de mis cigarrillos.

Iba encontrarme a mí misma con el pensamiento pues-

to en ella, mezclándose en la fantasía su imagen y mi sentimiento. No me di cuenta, hasta más tarde, de lo que estaba sucediendo. Ella me influía con la confianza y la seguridad en su mirada, con su voz, con sus maneras personales. Y con la manera cómo me miraba. Algunas inseguridades acerca de mi deseabilidad (es cierto, las tenía) se redujeron a la nada ante ese deseo. Mi humedad era un claro testimonio del poder de mis fantasías.

Aquello me aturdía. No estaba obsesionada, actuaba con normalidad en mis relaciones con mis amistades y mi familia, leía, comía, iba a nadar, y en general me mostraba tranquila. Pero poco a poco, en las noches de verano, a solas, iba completando mi castillo secreto.

Gris, verde Londres —hogar, lejos para siempre de casa. Una chica de campo enamorada de la ciudad. Recuerdos de familia, de mi vida pasada. Nuestras vidas comienzan a cruzarse gracias a una casualidad artificial, y para mi deleite y mi terror, parece haber en sus ojos un distinto tono de reconocimiento. ¿Está ocurriendo algo? Me pongo nerviosa sólo con pensar que ella podría realmente sentir algo por mí. ¿Y si me equivoco? ¿Qué podría suceder al trasladar la fantasía a la realidad?

Semanas más tarde, caminar juntas tras la fiesta de cumpleaños de una amistad común, parece una inacabable danza. Me siento en armonía con su esencia —yo, que me mofo de cualquier mención de las esencias. No hago caso de una voz que me advierte. Demasiado tarde; voy de un encuentro físico al otro, aunque nunca nos toquemos. El espacio me separa, y a la vez me une a ella. Estoy casi sin aliento a causa de mi anhelo y mi tensión. No hay duda de que para generar este sentimiento desbordante hacen falta dos. Lo quiero así para siempre. Quiero hacer el amor sin tocarnos. Me muero por tocarla. Quiero que cese esto. No,

no; quiero detenerla, llegar a ella, atraer despacio su cabeza hasta la mía y dejarla ahí, para siempre, respirarla. La ambivalencia me deleita y me frustra. De hecho, estoy a punto de cortarla. Podría reprocharme mi impaciencia.

¿Qué normas estamos siguiendo? ¿A qué estamos jugando? Quiero entenderlo y descontrolarme (irreconciliable). Arden mis entrañas, mi sexo está vivo. Estoy completamente empapada, confundida. Quiero que toque mis pechos, que excite mis pezones, fuerte, más fuerte, muérdeme. Quiero besar, comer sus labios, recorrer su rostro, introducir mis dedos en su melena y desenredar con suavidad sus cabellos enmarañados.

Oigo su voz que habla mientras caminamos. Yo voy asintiendo, «ajá, sí», pero estoy lejos de aquí, y nadie lo sabe. Quiero empujarla contra un portal, besar su cuello mientras la sujeto contra la sólida puerta de madera, y despacio, oprimiéndola, recorrer con mis dedos el espacio entre sus pechos, luego rodearlos y acercarme a sus pezones trazando círculos, convocándolos fuera de sí, y seguir sosteniéndola contra la oscura puerta mientras gentes y coches pasan cerca. Quiero que se quede ahí, caer de rodillas frente a ella y con soltura y rapidez bajarle sus elegantes y masculinos pantalones, comérmela a través de sus bragas, y entonces tomarla por las caderas, liberarla de esa prenda, hasta dejarla desnuda desde la cintura hasta donde la ropa se enreda en sus tobillos. Quiero pasar mi lengua por la suave piel de sus muslos, y de forma deliberada dibujar con mi dedo una línea desde su vientre hasta el inicio de su suave y cosquilleante pubis, y atrapar su clítoris y seguir con el calor y la humedad extendidos por todo su coño.

Quiero abrir sus piernas, sabiendo que no puede moverse de ahí abrir, sus labios y acercarla hasta mi boca. Quie-

ro que me lo pida gimiendo, antes de saborearla y de recorrer su coño con mi lengua hambrienta, jugando con mis dedos a su alrededor, hasta por fin, atrayéndola hacia mí con una mano que aprieta su adorable culo, entrar despacio en ella mientras grita:

—¡Más, sí, más!

Entonces estaré de rodillas follándola, lamiéndola, y comiéndomela con pasión y destreza, mi propio coño abierto y ardiente, hasta que se combe obligada por el placer del orgasmo, ahogando sus gritos por miedo de que puedan descubrirnos.

Todo esto y aún seguimos caminando. ¿Cómo puedo caminar? En la vida real, por la noche, en una deprimente calle de Londres, estoy a punto de llegar. El objeto de mi deseo, cuya fantasía sexual me ha dejado húmeda y anhelante, se detiene para hacer una observación. Este real e imperfecto objeto me ha atrapado hace bastante. ¿Debería cogerle la mano? Me ruborizo; ¿se da cuenta ella? ¡Dios mío! ¿Lo habra adivinado? Ahora reina el silencio, y siento como si todas las clases de palabras y sonidos sexuales fueran a articularse por sí mismos. Dios mío, debe de resultarle más que obvio. ¿Cómo puedo sentir esta emoción si no es algo recíproco? ¿Quiero de verdad que sea recíproco?

Mis labios están sellados. Caminamos, se hacen referencias a los problemas de trabajo, intercambiamos nuestros adioses, y nos separamos en el metro para tomar direcciones distintas. ¿Es esto cortejar? Su distancia me excita. Es lo que me atrae, y yo tejo deseos imposibles en torno a ella. Estoy esperando a que dé un paso. No la conozco.

FLORES BLANCAS

JEWELLE GÓMEZ

Louise descolgó el teléfono distraídamente, mientras firmaba algunas facturas de envíos. «Sportswear on Four», dijo. El momento de silencio al otro lado de la línea hizo que ella contuviera el aliento y que su compañera de trabajo la dejara a solas.

—¿En qué puedo servirle? —dijo de manera nerviosa, sabiendo cuál iba a ser la respuesta.

—Ya sabes, flor blanca, que en algo puedes. —Silencio otra vez.

—¿Cuándo? —preguntó Louise con voz seca y uniforme, a pesar de lo agitado de su corazón. Sus medias comenzaron a sobrarle; su piel ardía con excitación.

—El martes.

Louise sonrió. Creo que los martes el Parque Belmont todavía está cerrado, pensó. Casi suelta una carcajada recordando cómo habían sucedido las cosas cuando se citaron por primera vez. Ambas estaban impacientes por lanzarse en brazos de aquella aventura, pero, ambas también, se sentían envueltas por sus propias vidas. Entre la natación, el yoga, las horas extras, las reuniones de departamento y, por supuesto, las carreras, quedaba muy poco

tiempo, incluso para una primera cita. Los martes solían ser los días de mejor fortuna.

—Sí —dijo Louise en voz alta—. El martes a las 6.30. Allí estaré.

Eso les daba doce horas.

—De acuerdo —volvió grave la voz. Era profunda, sonora, marcada en los finales de frase, como la de una profesora. Lo que era—. Ha pasado mucho tiempo. Te veré entonces. —Clic. Sus últimas palabras habían sido algo más suaves.

Louise colgó el teléfono. Sus manos transpiraban; su entallada blusa estaba pegada a su espalda, a pesar del aire acondicionado que refrescaba el local. El clavel blanco que la distinguía como encargada de compras, lucía prendido en su solapa. Se encaminó hacia el escritorio e intentó controlar su respiración. Habían transcurrido cuatro meses desde la última vez; podría aguantar hasta el martes, seguro, aunque cada una de las partes de su cuerpo estuviera gritando «¡ahora!». Una vendedora distrajo a Louise de su disimulada crisis.

—Lou, ese cliente me está volviendo loca. Insiste en que...

—De acuerdo, yo hablaré con él —contestó con una sonrisa a la chica pelirroja que le dirigió por ello una mirada de alivio. Louise sabía cuánto odiaba todo el mundo tener que enfrascarse en prolongadas discusiones con los clientes justo antes de la hora de cerrar, especialmente los sábados por la noche. Louise necesitaba algo que la distrajera del estado de ansiedad que amenazaba con envolverla. Pasó sus dedos de color café por su corto, rizado cabello, y fue hacia la planta de ventas.

Más tarde se cambió el calzado en el vestuario y se despidió de las mujeres que se quedaban a cuadrar las cajas.

Sin pensarlo siquiera, tomó el metro hacia el centro de la ciudad, decidida a marcharse a casa lo más tarde que le fuera posible. Eso supondría una noche menos para llegar al martes. Salió aliviada por el aire fresco que corría en la calle; cruzó sorteando el tráfico deseosa de encontrarse al calor del bar, otra vez junto a mujeres. No miró a su alrededor hasta que le sirvieron su gin-tonic. Entonces se recostó en su asiento y se puso a escuchar la música con los ojos cerrados. Se encontraba planeando cómo iba a ocupar las tardes del domingo y del lunes, cuando notó en su muslo el apretón de una mano. Abrió los ojos lentamente.

—¡Maldita sea! Podría haberme llevado todas tus cosas, con esa lentitud con que te mueves —entonces hizo explosión una sonora carcajada, proveniente de una enorme mujer cuya rolliza y cuidada mano agitaba la pierna de Louise. Se abrazaron con alegría y celebraron con risas el encuentro. Louise se sentía feliz de ver a su vieja amiga Donna—. Creí que estabas de vacaciones.

—No, este año voy a irme en agosto, cuando los psiquiatras —dijo. Su expresiva risa había hecho que se sacudieran sus rizos castaños, y que brillase su mirada azul.

Donna y Louise se encontraban casi siempre de forma inesperada, y acababan recorriendo juntas la ciudad. Louise no podía dar crédito a la suerte de que Donna hubiera aparecido justo cuando más la necesitaba. Pidieron otra copa para Louise y una soda para Donna, que había dejado de beber hacía tres años.

—¡Felicidades! —dijo Louise, brindando por Donna con su copa.

Cuando se marchó la mujer que estaba en el asiento junto a Louise, Donna lo ocupó de inmediato. Era una mujer grande, alta y ancha. Hecha como una celadora de pri-

sión, comentaba a veces con malicia. Esto contrastaba de manera sorprendente con la delicada blancura de su piel y la perfección de las formas de su boca. Louise, que no era pequeña, junto a Donna se sentía protegida.

Bebieron un poco, bailaron mucho, y luego Donna acompañó a Louise hasta su casa. Se sentaron ante unas tazas de café, permanecieron en silencio durante casi diez minutos, finalmente Louise comenzó a hablar.

—Llevamos así dos años. Annie y yo no podemos tener una relación. Lo hemos probado y nos vuelve locas a las dos. Es demasiado agotador, demasiado emocionante, demasiado todo. Pero cuando decidimos estar separadas, es como si algo muriera en nuestro interior. Nunca sé cuándo va a llamar. Ni siquiera sé cuándo voy a escribirle. Somos capaces de hacerlo espaciadamente, pero ¿no es una locura? —Estiró de la seca flor de su solapa y la depositó sobre la mesa.

—¡Demonios! Me gustaría que alguien sintiera algo así por mí. A quién le importa si es así de bueno cada cuatro meses o cada cuatro años. ¡Vale la pena! —dijo Donna.

—¿Por qué no nosotras? —dijo Louise, mientras se ponía de pie y guiaba a Donna tras ella hacia el dormitorio. Al fin y al cabo, eran excelentes amigas.

* * *

El domingo pasó solo. Donna se marchó al mediodía, y después vino la colada, el papeleo, natación y una llamada a su abuela. Louise fregó el suelo, planchó la ropa, y decidió qué iba a ponerse aquella semana, empezando y acabando por el martes. Jugó con su gato, y después alquiló un par de películas que vio una tras de otra, parando tan sólo para prepararse algo de comer.

El lunes, Louise llegó temprano a los almacenes. Revi-

só los nuevos envíos de chaquetas en el almacén, controló las instrucciones antes de la llegada de la mayor parte del personal de la planta, y subió a la cafetería para tomarse un café. Sólo una taza. Los músculos de su cuello estaban tan tirantes como cuerdas de guitarra y quedaba aún mucho día por delante. Se prometió tomar algo relajante durante la comida. Un martini, por ejemplo. Ese lunes fue al gimnasio, vio televisión y, a la vez, estuvo leyendo. Después de las noticias de las once cayó dormida sin dificultad; sus últimos pensamientos fueron sobre qué iba a suceder.

El martes se despertó temprano, para darse tiempo a sentirse segura con los pantalones de algodón y aquella brillante blusa que había elegido para ponerse. Se pasó revista ante el largo espejo de su minúsculo lavabo y se gustó. Su piel marrón brillaba de manera especial bajo el aceite de coco. Sus grandes pechos y su prominente trasero lucían incitantes. Parecía una mujer de negocios. Parecía una mujer en busca de negocios. Guardó un frasquito de perfume de gardenia en su bolso.

Resultó ser uno de aquellos días que a todo el mundo dejan agotado: un exceso de clientes iracundos, escasez de género, una sobrecarga de representantes insolentes, todo como en un día de liquidación. Sus ropas permanecieron impecables; ni siquiera le dolían los pies.

Cuando salió del vestuario femenino a las 5.30, su maquillaje aparecía brillante y perfecto. Aparentaba estar tan fresca como por la mañana. Más aún. Se dirigió hacia el autobús de la Sexta Avenida. Durante todo el trayecto hacia la parte alta de la ciudad, se mantuvo concentrada en las multitudes de las calles y en la variedad de los rostros. Amaba esa característica de Nueva York: la cantidad de distintas clases de gentes, todas de distintos colores, medidas

y estilos, creencias cruzándose todas unas con otras. Lo azaroso de su unión la hacía sentirse bien. Louise abandonó el autobús en la parada de Riverside Drive. Exactamente a las 6.30 de la tarde llamaba al timbre de la puerta de Annie y subía al ascensor.

Arriba, en el piso catorce, Annie recorría el apartamento sacudiendo los cojines del sofá y pasando la yema de sus dedos por el extremo de las estanterías, aunque estaba segura de que ni siquiera lo harían en el salón, y mucho menos iban a inspeccionar su biblioteca. Su cuerpo comenzó impacientarse bajo su ropa, como si sucumbiera al dolor que sentía por la mujer que subía en el ascensor. Annie abrió la puerta del apartamento y ambas fueron levemente sacudidas por una repentina timidez.

La sonrisa de Annie se mostraba radiante. Sus blancos dientes brillaban, su oscura piel era como terciopelo. El anguloso corte de su figura hacía que pareciera alta mientras daba un paso atrás y Louise entraba. Annie vestía vaqueros blancos, ajustados alrededor de sus fuertes muslos, y una enorme camisa que rozaba de forma inquietante sus hombros y sus pequeños pechos. Tan sólo un leve temblor en sus labios delataba su excitación.

Se miraron una a la otra durante breves instantes, como para asegurarse de que nada había cambiado durante aquellos cuatro meses. Entonces Annie tomó a Louise entre sus brazos, y comenzó a besarle el cuello y las mejillas. Recordó las bandejas con el piscolabis que había guardado en la nevera, pero no pudo dejar de empujar a Louise hacia la puerta del armario. Su cuerpo ejercía presión, y su pierna se agitaba entre las de Louise como si con ella pudiera penetrarla. El aroma de aceite de coco y gardenia flotaba en el aire. Acarició el suave cabello de Louise y, cogiéndola, inclinó su cabeza hacia atrás. Introdujo su lengua

en la boca de Louise, profundamente, incapaz de pensar en nada que no fuera poseerla. El mundo había dejado de existir para ellas. Louise se arqueó para acercarse aún más a la mujer que podía satisfacerla. Sintió cómo sus caderas se movían con un acompasado ritmo sobre la pierna de Annie y el demandante movimiento del cuerpo de Annie consiguió hacerla suya. Llegó con suavidad, incapaz de contenerse. Ambas rieron.

Annie dijo:

—¿Te apetece una ducha? Era lo que antes estaba intentando decir.

Observó cómo Louise se desnudaba y se metía bajo la vaporosa lluvia de agua. Se sentó allí para mirarla enjabonarse. Las turgentes burbujas resbalaban por las curvas de sus nalgas, y se deslizaban luego entre sus piernas.

Annie alcanzó la nueva caída de agua con jabón sobre el brillante vientre de Louise. Su contacto hizo que Louise se acelerara. Se enjuagó el jabón y esperó. Annie se sentó silenciosamente, admirando el cuerpo de Louise tanto tiempo como fue capaz. Recorrió con su mirada los pechos, los pezones marrones, los vigorosos brazos, el grueso vello que cubría su sexo y la seductora curva de sus pantorrillas. Intentó disfrutar de la suavidad de la piel de Louise solamente con mirarla. Esto hizo que su respiración se agitara.

Louise no se puso nerviosa, sino que mantuvo su mirada, sintiendo la vista de Annie deslizarse por su piel. Entonces Annie rodeó sus hombros con una gruesa toalla y frotó su espalda, su culo, su cuello, sus pies: cada parte con energía, con suavidad. Luego la condujo al dormitorio.

El tono claro de la madera de la cama contrastaba con la colcha azul oscuro y rojo que la cubría. Como de costumbre, el ancho florero sobre la cómoda estaba lleno de

flores blancas. Annie y Louise se tendieron atravesadas en la cama, como abandonándose allí para recobrar el aliento. Annie se incorporó sobre su brazo para volver a mirar a aquella mujer con la cual no podía vivir, y sin la cual, tampoco podía vivir. Estuvieron así calladas un rato, hasta que Louise dijo:

—Bueno, ¿qué novedades hay? No me tengas en ascuas. ¿Lo compraste o qué?

Continuaron su conversación, como si en lugar de transcurrir cuatro meses hubieran transcurrido cuatro horas. Sí, Annie había comprado a sus padres el vídeo para su aniversario. El muchacho problemático había sido expulsado de su clase de español. Acababa de leer el nuevo libro de Audre Lorde. Sí, había visto a Louise en la discoteca Cinnamon. Ésa era la parte más dura: no hablarse cuando se encuentran en público. Normalmente una de ellas deja el recinto, la fiesta, o la celebración arrastrando consigo a su perpleja acompañante.

Louise practicaba yoga un par de veces por semana. Había puesto nuevas cortinas en su dormitorio, había ayudado a organizar la manifiestación en City Hall, y había visto las mismas películas que Annie. Ésta cubrió la boca de Louise con la suya. Unieron sus cuerpos en un abrazo, como si juntaran partes de una sola pieza. Annie se retiró apenas y contuvo la respiración. Louise libró sus manos de debajo de su cabeza y empezó a acariciar a Annie; atrapó sus manos y las sostuvo al borde de la cama. Ciñó sus muñecas con una sola mano y ancló sus caderas sobre Louise. Los suaves gemidos que surgían de ambas llenaba el ambiente del dormitorio.

—Por favor, por favor —Louise casi suplicaba.

Annie presionó entre los muslos de Louise; la aspereza de sus pantalones le araño la piel. Se restregó hasta que

casi había llegado, pero entonces se detuvo, se retiró sin dejar las muñecas de Louise. Louise abrió bien sus piernas y Annie por fin entró. Introdujo sus dedos muy adentro, llenando el calor del hambre que Louise le ofrecía. Las estocadas comenzaron por el clítoris de Louise, rozándolo hasta la locura; después llegaron bien adentro hasta su convulso vientre.

Ambas mujeres vivían vidas distintas. Pero todo lo que habían sido, todo lo que iban a ser, quedaba condensado en esos momentos de pasión. Ellas vivían sólo en ese momento de total sumisión al deseo que en ambas clamaba. Los dedos de Annie parecían alargarse mientras se movía lentamente hacia dentro y hacia fuera en el sexo de Louise. Louise respondía a aquel movimiento con una respiración entrecortada, rápida. Lamió la boca y el rostro de Louise, y después sus pechos. Se movía alrededor de sus senos con su lengua, luego los cruzaba rozando el pezón, oscuro, sensualmente oscuro. Se detuvo con sus dientes allí, sorbiendo con insistencia. Louise se movió adelantando las caderas, intentando recibir más. No se sentía capaz de hablar, pero su «por favor» merodeaba en el aire como el estribillo de una canción de blues, cada vez dejaba oír su respiración.

Regresó a la boca de Louise y apretó otra vez sus muñecas, colocándolas por encima de sus cabezas.

—Sí, sí —dijo mientras con sus dedos penetraba bien adentro.

Ambas gritaron con placer. Annie no pudo dejar de penetrarla a pesar de que Louise había llegado ya. Siguió invadiéndola, recorriendo el camino desde su clítoris hasta su vagina, cada vez con mayor fuerza, hasta que Louise apretó fuertemente los dientes para ahogar el grito que llegó con su siguiente orgasmo.

Permanecieron inmóviles, dejandose llevar por un ligero sueño durante algunos minutos. Annie entonces se levantó con suavidad. Louise subió hasta la cabecera de la cama y se acomodó unos almohadones bajo la cabeza.

—Será mejor que te dé algo de comer, o me acusarás de ser una anfitriona cruel.

Sonrió mientras se desembarazaba de sus vaqueros blancos y desapareció por la puerta del dormitorio. Su voz sonaba tan delicada y suave como la de un bibliotecario. Era dueña de una cierta formalidad que resultaba aún más íntima que su propia desnudez.

Regresó con una bandeja de piscolabis y una botella de Perrier Jouet. Mordisquearon el pollo al curry, una receta especial de Annie, mientras charlaban, esta vez sobre películas y chismes locales. Rieron mucho; luego se quedaron en silencio.

—Creo que siempre seré tuya —dijo Louise.

Recorrió la boca de Annie con la punta de sus dedos, limpiando el aceite atrapado en las comisuras. Retiró la bandeja de la cama, la depositó en el suelo, y se acercó a ella tirando de los botones de su amplia camisa de algodón. Rozó con su boca y su nariz los pequeños pechos de Annie, a través de la delgada tela. Louise no acababa de entender cómo era posible estar deseosa de su dominación, con la misma intensidad con la que luego necesitaba tomar a aquella mujer desde el poder. Era tantas veces sujeto como objeto. Los acompasados movimientos de las caderas de Annie, señalaban con claridad lo que iba a producirle el éxtasis. ¿Era posible que existiera un deseo tan grande? ¿Era por eso que no podían controlarlo excepto de aquella enérgica pero limitada manera? Louise no pensaba ahora en ello. No tenía pensamientos, sólo la ne-

cesidad de su cuerpo, su hambre por los sentidos y el sabor de Annie.

Sus ojos se abrieron sorprendidos por la enormidad de su placer. Louise se deslizó hacia abajo lamiendo el cuerpo de Annie: los pechos, las caderas, el ombligo, hasta que succionó despacio y con astucia el vello que cubría el montículo. Abrió los labios del coño de Annie con delicadeza, antes de abrazar con su boca el hinchado clítoris. El gemido de Annie sonó con fuerza, y Louise se retiró besándole los muslos y el breve espacio entre el muslo y los labios del sexo. Rozó plácidamente con su lengua la oscura piel, aspirando ese aroma que nunca sería capaz de definir. Luego se apartó. Annie dejó ir unos suaves grititos como imitando a un niño pequeño que acaba de ser castigado. Sus piernas se abrieron más aún, la suave piel del interior de sus muslos rozó el rostro de Louise y aquello encendió todavía más su deseo. Su lengua batió contra el clítoris de Annie, furiosamente. Podían detener aquel momento tanto como las mareas de los océanos. Louise vio cómo Annie se asía a las sábanas. Tomó sus muñecas y estiró de ellas para atraer aún más cerca de su boca el sexo de Annie. Allí la sostuvo, mientras ella sorbía, respiraba sin pausa aquel fuego. Retuvo el clítoris de Annie en su boca, una Annie que gemía agitada, hasta que se desató el placer. Louise se trasladó a su lado, sobre las almohadas. El penetrante olor del sexo de Annie las rodeaba.

Annie apagó la luz de la mesilla y rodeó a Louise con sus brazos.

—¿Quieres ver las noticias de la noche?

—No existe la noche. No existen las noticias.

Permanecieron acostadas, susurrando de vez en cuando pequeñas cosas que querían decirse. La noche fue entrando en la habitación. Annie subió las sábanas para cubrirse, y se durmieron.

Louise se despertó de pronto. Notó cómo Annie se balanceaba sobre sus espaldas, rozando sus nalgas con el vello de su sexo. Se acompasó a aquel ritmo. Cuando Annie sintió su movimiento presionó con más fuerza el cuerpo de Louise. Los ardientes labios del sexo de Annie se movían pegados a las curvas del culo de Louise. Lo levantó un poco, para dar con el clítoris de Annie, y Annie aceleró su movimiento. Ocurrió tan deprisa que Louise no estaba segura de que Annie huviera llegado. Lo supo en cuanto vio que Annie se abría un poco de piernas y decía «¡bien!». Louise elevó más alto su culo, en tanto que Annie seguía frotándose contra ella. Entonces sintió cómo los dedos de Annie entraban desde atrás. Se abrió cuanto pudo y comenzó con el movimiento circular que provocaría su explosión. Oyó cómo Annie hablaba en susurros muy cerca de su oído diciéndole cuánto la necesitaba, cuánto necesitaba follarla. Ella se movía adelante y atrás con los mágicos dedos de Annie dentro de sí. Su clítoris estaba inflamado; su coño palpitante. Sintió como si su cuerpo estuviera absorbiendo dentro de sí a aquella mujer toda entera.

—Vamos, nena, vamos, vamos, nena —susurró Annie a su oído, haciendo que el cuerpo de Louise se estremeciera y se entregara. Cayeron temblando sobre la cama. La noche más oscura envolvió su sueño.

Louise se despertó poco antes de que Annie abriera los ojos totalmente. Se inclinó sobre la cama y desconectó el despertador. Besó a Annie en la boca, y luego sus ojos, que aún no veían nada con claridad.

—Te quiero.

—Te quiero —dijo Annie mientras Louise se dirigía hacia la puerta. Por encima de su hombro, paseó la mirada por el salón, donde había dejado el pañuelo de seda que

había comprado para Annie en la tercera planta, la de complementos. Llevaba sus nuevas medias de algodón. Siempre se hacían regalos. En media hora estaba de vuelta en su casa, y camino del trabajo, el miércoles por la mañana, a la hora acostumbrada.

Louise prendió en su solapa el clavel blanco, distintivo de la encargada de compras. Luego estudió el libro del orden del día en el almacén. Podía oír el creciente ruido de las voces de los clientes al otro lado de la puerta, y los altavoces soltando su monótono e insistente zumbido. Su corazón dio un brinco al oír sonar el teléfono. Descolgó el auricular. «Sportswear on Four», ¿en qué puedo servirle?

—Mire, quería saber si tienen ustedes la chaqueta «Jones de New York», en color melocotón... —dijo una voz tirante, nasal.

—Sí, sí la tenemos. Dígame la talla y se la apartaré hasta la hora de cerrar. ¿Su nombre, por favor? De acuerdo, precisamente acabamos de recibirla. Se la tendré reservada en el almacén. Sí, venga a «Four» y pregunte por la flor blanca.

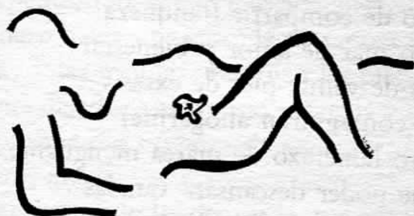
LA NOCHE DE DESEO

STORME WEBBER

de pie y con una actitud fría/ 45°
fuera del ángulo de sus entrecerrados
ojos/ aliento de jazmín aroma de madreselva
trepadora sus labios, gruesos y tiernos
un ligero temblor al pasar ante ella
mientras mira de reojo a la mujer/ que emana
seguridad sin tregua/ sentimientos, innombrables
y ardientes, fluyendo por ella, estremeciendo sus sentidos
ella deseaba conocerla más que a otra
ella deseaba poseerla y ser poseída después.
la estrategia de la diva se puso en acción y empezó a
reducir aquella diferencia de 45° esperar. Unos momentos de observación: la mujer es hermosa, no masculina, pero
de una belleza dura sus rasgos hablan de áfrica, y de
americanos nativos antiguas sabidurías llegadas a través del
tiempo
y ahora, vestigios ante sus ojos espectadores, en la isla
de manhattan
tantas vidas distintas antes de esta tierra que descansa en lo
concreto
se instalaron en lo que robaron a los antepasados indios
ingleses de rápido

hablar
aquí y ahora ellas firmes en este lugar de turbio origen
sirviendo a
mujeres
iguales que ellas, irónicamente llamadas duquesas.
toda la historia y la realidad, vista y vivida, giraba confusamente a su alrededor/
más allá de su conciencia, más acá de su conciencia: sonidos —voces de
mujeres
altas y suaves, carcajadas, crujir de nudillos, «me pregunto si te llevo a casa/
me excitarás esta noche nena porque te necesito esta noche», el latir
de nueva york
no se quedó a la puerta —subyacía a toda energía, urgencia,
reconocimiento
y necesidad pero ahora volvamos a nuestra diva ha pasado
por delante
del objeto
de su fascinación/ ostentando una notable red de sedución
y suficiente
aroma
de mujer, fragancia, deseo, mientras pasa.
ha continuado
escaleras abajo para detenerse unos minutos ante el espejo/ satisfecha con
lo que ha visto
se ha vuelto hacia su fantasía. la apariencia de su fuerza
no se ha resentido
por el carmín, la pintura, la suave piel descubierta y
acentuada

sensual poder
surgido de cada movimiento y del vibrante y suave balanceo de su
caminar
evocador de la madre de todo/ tierra y mar



ÁSPERA TERNURA

STORME WEBBER

necesito una áspera ternura/ sí
no un romance tímido a medio camino
sino una mujer con sentido de
la decisión/ de la dirección de su amor
un deseo de compartir franqueza
un cierto mar de amor y bienestar
con olas de veinte pies de éxtasis
(que no conseguirán ahogarme)
un áspero lametazo de marea menguante
en la que poder descansar/ varadas
y goteantes sorprendidas
por la fortuna de dos sobrevivientes
del naufragio/ yendo hacia el encuentro
no robinson crusoe o viernes
ni nadie en particular ni isla de gilligan
no/sino suntuosas mujeres bronceadas
(como las que hicieron sufrir a rousseau)
ardiendo como beso de la naturaleza

EL ARTE DEL EQUILIBRIO

BARBARA SMITH

Estoy tendida boca arriba, la cabeza en una almohada y una tierna palma. Los brazos doblados, a su aire, inmóviles y cómodos. Miro mi cuerpo, desnudo, un paisaje de ondulantes pechos y vientre, un imaginado río centellante de sudor serpenteando, yendo más allá, haciendo lentamente un sendero hacia una cascada de sedosa humedad entre las dos nudosas rodillas. También las piernas abandonadas, los pies dejados a su antojo, relajada y al mismo tiempo tensa porque *con mi pequeño ojo espío al invitado intruso entre mis muslos.*

Nos habíamos tendido las dos, cada una con la cabeza en un extremo, desgarbadas y tiradas en tu cama. Cambiando el tono fuimos hablando de cosas que ahora ya he olvidado. Negociamos con calma la cama, hablando, coqueteando, cambiando y examinando todas las posibilidades. Mantuvimos nuestras posiciones mientras trasformábamos nuestras posturas. Tu rostro, mitad iluminado por la lámpara, mitad en la semioscuridad (¿puedo decirlo así?), por supuesto, tu rostro es tan ancestral y tan nuevo como la luna, ambas creciendo y decreciendo con estrellas en vuestros ojos. Imaginé que era tu espejo gemelo, también centelleante y brillante, chispeante con un deseo que se

amontona —una montaña de deseo— y la realización, el recuerdo, de que *contigo todo es posible.* Tus palabras, mi recuerdo, tú eco, yo reverberación.

¿Quién de nosotras se moverá antes? El mensaje relampaguea, se recibe, se reconoce, en silencio tomamos una decisión.

Alguien llegará antes allí.

Tu boca se abre suavemente y así comienza. Yo soy un objeto, tú eres la actriz. Yo soy observada y observadora. Tú miras. Pero yo te miro mirándome, y ambas sabemos que cuando nos enderecemos tú te quedarás arrodillada, genuflexa, mostrándome obediencia, adorándome incluso mientras dejo que controles mi adoración de ti.

Pero estamos tendidas, incluso cuando nos abrimos una a la otra y decimos y aspiramos la verdad, nosotras yacemos y miramos y esperamos.

Un deseo me manosea, me toca y me manipula. Roza el cabello, atrapa los labios, excita el clítoris. Mira con la yema de tus dedos. Mira, pero no toques *de verdad,* aunque tocarme preceda a la mirada. Eso llega más tarde. Yo llegaré más tarde, tú sabes que llegaré, y que te excitarás tanto como yo.

¿Quién es aquí la víctima?

Miro tu rostro mirando mi coño. Lames tus labios —¿apetito? ¿O estás reflejando el movimiento, mi propio movimiento? ¿Es tu cara mi coño?

(Más tarde hablaremos sobre las cuestiones de la mirada.)

¿Soy verdaderamente pasiva, objetualizada, contraria, deconstruida, femenina y *conocida*? ¿Eres tú realmente activa, masculina y aniquiladora? Pero algo en mí quiere el tierno roce que destruirá, el beso de la traición, el beso —*despedida.* Quiero que me deshagas, me re-crees, que me franquees y me invadas como el cliché mantiene.

Dos ojos —uno oscuro, iluminado el otro— me traspasan; dos manos aferran con fuerza mis rígidos muslos, y me abren. Penetrada y atravesada, obedezco. ¿Quién está moviendo a quién, ahora, dime? ¿Quién mueve a quién?

Siento un frío aliento sobre mi coño, haciendo más húmeda la humedad.

Un dedo me recorre, se moja en mí y se lleva una clandestina parte de mí como un travieso chaval haría con un helado. Lame, sorbe, relame, sonríe —labios y lengua orquestan la deslizante danza.

Observo el deleite y el placer en tu rostro mientras me abres y te reconoces. Un calor rosáceo y tibio inunda tu cara, rosada y encendida como el abundante rocío de mi flor al alba, convirtiéndose en un fluido, que gotea desde las comisuras de mi boca, mis labios hinchados y elevándose para unirse a ti.

Nos besamos, la cara derritiéndose en el sexo, como velas, derretidas en hielo, bajando otras veces por mi espalda. Deslizándose poco a poco por entre mis pechos, una ardiente lluvia que cae sobre mis pechos, y forma charcos de fuego helado alrededor de mis pezones. Y, ¡cómo están pendientes entonces!

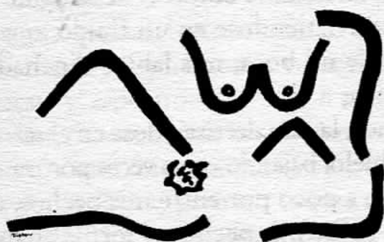
(Pero ésa fue otra ocasión, y más tarde hablaremos sobre cuestiones de «quemazones».)

Poco a poco me doy cuenta de que estoy objetualizando tu rostro. Me pregunto: ¿quién está follando a quién? ¿Quién es objeto de la mirada? ¿Quién manda en esta danza? ¿Debería moverme para moverte? Mis caderas vibran con preguntas mientras las respuestas llenan mi sexo, llegan hasta mi garganta y allí se quedan, estranguladas y gruñendo. ¿A quién le importan las respuestas cuando las preguntas resultan tan placenteras?

La explosión me reúne, me desgarra y me atomiza, di-

fusa, dispersa y anhelante, estoy disoluta en la atmósfera.

(Más tarde, a salvo ambas en mi refugio, bajo una enorme seta de deseo nuclearizado y humo, hablaremos acerca de cuestiones de danza y del arte del equilibrio.)



NADA

CHERYL CLARKE

Nada hay que no hiciera por la mujer con quien duermo
pues nadie me llena como ella.

besarla en lugares públicos
ganar la lotería
poseerla en el lavabo de un tren
dormir tres en una cama pequeña
tener un hijo
por que siga queriéndome

llevar ropa interior de cuero
recordar mis sueños
hacer planes y proyectos
lamer ante ella el sexo
de su otra amante
regalar mis alhajas
porque siga queriéndome

venderme el coche
atarla a la pata de la cama y
pegarla
mentir a mi madre

dejarla mirarme mientras follo a mi otra amante
perderme la boda de mi única hermana
porque siga queriéndome.
cómprarle cocaína
darle placer peligrando
regatear
dejarla que me vista con ropa de colores
con un gran escote y una raja hasta las ingles
para facilitarle el asceso
por que siga queriéndome.

Nada hay que no hiciera por la mujer con quien duermo
pues nadie me llena como ella.

COMO UN TREN

STORME WEBBER

recuerdo que ella/ me follaría
como un tren/ inexorable, incansable
como el rápido —expreso
casey acelerando/ y golpeando
(sin fallar ni una vez)
john henry bateando certeramente/
azotando la máquina/ los pistones yendo y viniendo
ella me poseería/ de esa manera
como la diligencia mary/ cogiendo a mi minino por sorpresa
(y no, yo no estaba justo allí para el viaje)
todo humedad y sudor como los caballos
nuestros flancos agitándose/ las narices fulgurantes
tragando esa emoción de mujer
su jugo mi avena, mi dulce heno
mi trébol y mi terrón de azúcar/ revuelto todo en uno
mezclándose todo en un regocijante vagón de sexo/
un frenético galope/ una montura que no quiere detenerse
hasta entregártelo/ un polvo
a la manera en que bill pickett persigue al animal desbocado/hasta que cae/ y un amor natural envuelve al caballo/
a la manera en que nos montamos una a otra hasta que

una lo alcanza
y da un grito de guerra
y vuelo a sus alas/
y la locomotora bombea/ nosotras bombeamos
y ella me folla
como la última máquina de vapor
dispuesta para el placer.

GRANDES EXPECTATIVAS

CHERYL CLARKE

buscar una aventura lésbica una magnífica noche
de estrellas quietas fugaces con la indiscutible
intención de hacer que lamas mis pechos y me folles
hasta que el amanecer llame a la lujuriosa elizabeth a la
ventana
de tu apartamento en brooklyn el saxo y la canción
del delfín enmudecen el ruido de motores

soñar el encuentro fragoroso como motores
primero yo después tú oh qué noche
de arrobamiento y riesgo y acrobacias
de delfín tras años con la intención
de hallar mis raíces lésbicas en la ancha
ventana abierta en mí

temer el fracaso y desear volver a hacerlo me paralizan
—el ansioso deseo se acelera como 500 motores
a este lado de la ventana de tu apartamento en brooklyn
mi cuerpo una columna el tuyo un horno esa curiosa noche
de conciencia lésbica y la indiscutible
intención de añadir algo fácil a tu canción
del delfín. en lugar de pedir que te sumerjas en mí

como el delfín, historias de lesbianas acallan mi lujuria
lésbica
en la amplitud de este sofá y la indiscutible
intención de hacer que me lo hagas como motores diesel
y tomarte una y otra vez durante la noche
toda la amplitud de tu trasero frente a la ventana

traicionar los cuentos de apasionadas conquistas y en tu
ventana
la noche de cobalto se transforma en rosa, el delfín
hastiado y desconfiando de heroicos buscando claridad en
la noche
en lugar de cubrir su cara con el coño y penetrarme
en lo profundo entonces espectacularmente como el mo-
tor de un cohete
te aterras de la pasión temible de mi indiscutible intención
sí, sí, la pasión temible de mi indiscutible intención
por todos los suelos y paredes y por la ventana de cobalto
de tu habitación en brooklyn hasta que el quejido de los
fríos motores
enmudezca al saxofón y llame al delfín
de vuelta al mar y tu lésbica humedad esté pegada a mí
noche de estrellas quietas y fugaces oh venus de la noche
de tauro.

con la indiscutible intención de tener mi propio camino
pero sin la claridad
del delfín y la ventana atravesándome—
un coche de bomberos que suene enrejado en una noche
de viento.

CARTAS DESDE LEJOS A UNA AMANTE

ESTHER Y. KAHN

Uno

Malka Sheli, exquisito amor.

Contigo nada es suficiente, te deseo incluso cuando no estás cerca de mí... deseo/ tus dedos... llevándome hasta el límite.

Me deslizo cuesta abajo, todo el camino. Quiero ser follada, desesperadamente... tu presencia flota ante mi puerta antes de que despierte. Sin tu cuerpo, acomodado encima del mío, no tengo peso.

Tú desprendes amor, y por ello retrocedo con recelo antes de fundirme contigo. Noche avanzada, en el último tren, mostrando el deseo en nuestras manos, la gente va mirando: hacemos como que somos *hermanas latinas,** pasamos por lo que haga falta, por demasiado, frente a esos ojos nosotras no hablamos inglés. Y podemos decir «en el lugar de donde nosotras venimos las mujeres se abrazan y se aman unas a otras».

Corremos por las calles, nos escondemos tras las puertas, comemos aceitunas, nos follamos hasta la locura, sumergiéndonos en la humedad, nuestras lenguas regalando

* Los subrayados corresponden a palabras en español en el original (N. de la T.).

frutas y zumos a nuestras bocas judías, miles de sabores y recuerdos.

Voy a seducirte, a acariciar tu sexo en los aviones, a escandalizar a las familias, a morder tus senos con ligereza... con toda el alma expuesta a tus sentidos... fóllame con los ojos bien abiertos y háblame.

Hoy llevo un conjunto con camisa blanca, los vestidos y las medias embellecen, hoy me he puesto colonia. Voy a hacer que llegues porque cuando llegas te excitas, de manera eléctrica y profunda.

Asaltamos las fuentes de frutas para llevarnos algunas con las que follar... *fresas* que salpican nuestros pechos, el sudor y el jugo de nuestros vientres... eres el sexo más apetecible.

Un hotel en la ciudad, los coches derrapando al pasar, aromático/ calor, toda la noche, cubiertas de sudor, nuestros dedos internados, suave/ dulcemente en nuestro interior, me beberé tu sexo como vino kiddush.

Te llevaré hasta una puerta con mis caderas y te follaré, el sabor de tus labios es recuerdo, pasión...

¡Qué me haces, cariño! ¡Qué puedo hacerte yo! Vamos a hacernos el amor entre botellas, cartas, pieles de frutas... nuestros problemas no están en la cama... No puedo eliminarte.

Tenemos nuestros tsores, tenemos nuestras peleas, mi madre me escupe en la cara, las escenas y los dramas no son nada nuevo, ¿no hemos aprendido el lenguaje de los rechazos? Fantasías y recuerdos se confunden, el pasado forma parte de mí... mi imaginación no conseguirá intimidarme.

En tus brazos, la judía que voy a ser me deja ser amada.

Has hecho aflorar en mí la insaciabilidad y los celos, que te quiera a cualquier precio, no preguntaré por qué,

mientras lanzo objetos con furia, te persigo a gritos por las calles, entro y salgo de los restaurantes para dar contigo.

Desesperada como nunca, te seguiré hasta el trabajo, llorando y suplicando, perderé mi dignidad. Y tú serás tan fría que tendré que herirte, seré corrupta, y desataré las redes de la venganza. Tú haces que me descubra mientras yo hago que te descubras tú.

Judía suena como a princesa seductora, nosotras somos judías. ¡Tú llevas en ti a una princesa judía húngara, cariño! El estereotipo que describe a alguien apasionado. Mañana las cosas cambiarán, como siempre lo hacen en una historia d'amour. Violinistas, gitanos, cantantes, daktylas, challahs y pimientos rojos, una falda roja y blanca, y pasión —todo lo que he dejado de una cultura en esta fría, gélida ciudad.

Nosotras tenemos los rasgos neuróticos de los ashkenazi para aislarnos cuando no podemos levantarnos de la cama. Incluso si no somos ashkenazi tenemos que salir; porque tienes que comer, ¿no?

Volvemos de un largo camino, cariño, y de éste, los gentiles blancos no saben casi nada. Así que dejemos que permanezcan en la ignorancia, daremos el beso de la vida a nuestra cultura. Poseemos recuerdos ancestrales, palmas e hibiscos. Así que, Sión lo supo, tenemos nuestra pasión, nuestra lucha, y puedo ver a cientos de generaciones de judíos a través de las pestañas y el brillo de tus atractivos ojos. Nuestra pasión es nuestra cultura...

Dulces besos con la lengua,
rimon, ani ohevotach at,
Esther

* * *

Dos

Mi querida,

Cada vez que leo cosas acerca de los nazis, neo, o los de la antigua facción, y que están por todas partes, créeme, algo en mí se rebela. ¿Cómo? Me entran ganas de follar, me convierto en una insaciable mujer judía y en una parodia de mí misma. ¿Es ésta la versión lesbiana de la obsesión judía por engendrar bebés judíos? Cuando la muerte te mira a la cara, te aferras a la vida.

Estaba paseando por Londres, pensando en cuánto asexuado vacío hay en esta cultura, cuando me encontré con una mujer judía que me contó un chiste en yiddish...

El rabino y la mujer del rabino van de visita en Shabbat. El judío llama a la puerta y, mientras esperan, besa la mezuzah, no una vez sino varias y con gran pasión.

—Muy bien —dice Esther, la mujer del rabino—, si fuera yo quien colgara de la puerta, ¿me besarías así?

—Dime —dice la mujer judía—, ¿quién no necesita amor? Sin amor, uno se muere.

Yo me he saltado los modelos judíos: me he dejado seducir por narices respingonas y por cabellos rubios; me han apetecido mujeres mayores que yo; mujeres por la calle, mujeres en los autobuses. He fantaseado, me he obsesionado, actuando como voyeur. Incluso me he escandalizado a mí misma... ¿y ahora, en esta época de silencio?

¿Esta época en que sabemos quiénes somos pero en que no tenemos sitio adonde ir? ¿Ahora qué? Quiero follar todo el tiempo, mi coño es una revolución, ¿cómo puedes, meshuggah, llegar hasta ahí?

He interiorizado las obsesiones judías. Las he contemplado y no he hallado respuestas. He visto judíos aterrorizados por los árabes, judíos emigrando a la parte occidental, judíos desesperados buscando lugares por donde escapar,

y yo estoy aquí, sin gustarme lo que veo. Pero gustándome tú lo suficiente como para arder de deseo. ¿Es que me he obsesionado? ¿Soy normal?

¿Podríamos hacernos aburridas y exponer nuestras vidas a la lluvia anglosajona; enfermas de neurosis, incapaces de conmovernos, y ya ni ortodoxas ni perversas, ni rebeldes ni sensatas, ni aventureras ni prácticas... ya no devorarnos la una a la otra día tras día? ¡Ay, *mi anarquista* qué vida!

Cada vez que veo a judíos actuando como goyim, me entra el deseo de correr a follar. ¿Cuántos de nosotros estan vivos aún?

No vamos a hablar de eso, estos son años de silencio, que la gente recordará como el tiempo de la construcción de muros alrededor de sus vidas, trabajamos duro. Mis impuestos están pagando mi aniquilación, pagando los salarios de racistas y fascistas, mis impuestos están pagando el desarrollo de una cultura que anula la mía.

Rodéame con tus brazos, cariño, vamos a hacer el amor antes de morir.

Baila, Viva la Charanga, Olvidar la Pena.

Ni siquiera me he deprimido, me he convertido en una metabolizadora continua, Woody Allen no ha dicho *nada* sobre la mujer judía media, la reina del neuroerotismo.

Me pregunto a mí misma: «Esther, ¿eres una mujer o una langosta; una plaga de langostas?».

El clima anglosajón causa estragos en las emociones, y nadie se me acerca, a mí, que no soy racista, la judía; voy a empujarlos porque no puedo detectar en sus ojos ninguna expresión que vayan a admitir a menos que los empuje. Y entonces me dirigen una mirada que dice «eres sucia y judía». Y yo les devuelvo la mirada y con mis ojos contesto: «Ya es hora de que miréis bien adentro en los ojos de

los que sobrevivieron a la esclavitud y al holocausto. Nadie se me acerca».

Excepto tú, mi amor. Ningún conjunto de Estée Lauder puede cubrir la langosta que hay en mí, está ahí, en medio de mi cara, en mis párpados, en el color de mis labios, para ti soy toda judía.

El deseo judío es lo excitante de tu deliciosa nariz, el rasgo en el centro de tu cara. Quiero hacerle el amor a tu nariz.

Cariño, pasa de la medianoche.

Te quiero.

¿Por qué no estás subida a un tren, corriendo hacia mí?

Tus pechos cálidos al abrigo de tu gabardina.

Estoy siempre húmeda por ti...

Esther

* * *

Tres

Bella,

Sin tenerte a mi lado para hablarte, me vuelvo loca. Levanto el teléfono y vocifero. Quiero hablar de amor, de música, de salsa, de rai y de klezmer, de política, de mentiras e hipocresía, de los sonámbulos de esta ciudad. Quiero hablar contigo del este, de judíos.

Pero estamos separadas por intereses, por condenados problemas. Estamos separadas por la distancia y por nuestras vidas.

Hermana de mi alma, mi apasionada amante, eterno amor de mi vida, démonos la libertad, ¡hagámoslo todo! Y mientras durmamos, nuestras almas harán el amor.

¿A quién más podría contarle mis preocupaciones? No pretendo asustarte. Estoy demasiado llena de palabras y de ideas para follarte. ¿No era sencillo amar a las goyim? Nunca había demasiado de nada, siempre sollozábamos por algo que nos faltaba. Nunca podré pedir menos, conociendo lo que es más.

Dámelo

Tú nunca me engañas con silencios. Contigo, tengo a mi lado algo más que un cuerpo, y no necesito dar explicaciones para tomarlo. El mundo en que vivimos sólo roza nuestra superficie, al fin y al cabo somos chicas judías. Y todas las cosas que otras mujeres judías intentan ocultar, tú y yo, dulces locas, tú y yo las mantenemos. Nosotras no olvidamos.

Vemos a muchachos judíos riéndose de la gente de raza negra, y engullimos nuestro temor y preguntamos por qué: ¿Al Jonson, cómo eres capaz? Mi madre dice: «No te burles nunca de la gente negra. Se los desprecia, igual que a nosotros.» Los fantasmas de la persecución, del holocausto de la esclavitud, las miradas de los anglosajones protestantes no nos han alcanzado. Somos como tenemos que ser: sexuales, políticas y vivas.

El oscuro vello de tu vientre dorado me excita, tu nariz, grande, me enciende. La línea de tus párpados, la belleza de tu rostro, la largura de tus dedos, las palabras de tu boca... tus facciones me subyugan, me estimulan.

¿Podemos deshacernos de las madres judías, las princesas judías, las neurosis judías, y dejar de actuar como maníacas la una con la otra? ¿Podemos abandonar la venganza judía? ¿Podemos ser las amantes del Cantar de Salomón?

¿Dónde está la preciosa chica judía? No hay tal. ¿Una judía a la manera goy? ¡Nunca! Mi nariz no cabe en las copas de jerez, yo bebo de la botella. Puedo proferir in-

sultos igual que el panadero-challah lanza su masa, con habilidad.

Recuerdo a mi madre chillando bajo la lluvia; la incontrolable, la judía.

¿Llegaremos a sentirnos menos desesperadas en esta isla colonialista, o nos haremos más meshuggah con la edad?

Tenemos aún nuestra esencia judía, y avanzamos desde la experiencia. No corremos asustadas. Ni olvidamos.

Ven hacia mí y esta amarga ciudad, sabes que soy adicta a los estimulantes: tú eres el mejor de ellos, el más embriagador. Quiero despertarme por las noches con tu lengua entre mis labios. Basta de heridas, de cenizas, de noches vacías, de reproches, vuelve y follaremos de una forma tan deliciosa, tan dulce, con tanta intensidad... Nunca volveremos a hundirnos.

Perdóname si sueno a psicodrama ambulante, no puedo evitarme a mí misma. Te quiero a ti, y a nadie más ¿Y si estás enamorándote de otra, precisamente ahora, en una discoteca, tus labios en su cuello, tu lengua en su boca...?

Perderé otra vez el control... ¿Qué está haciendo el amor por mí? ¿Eh, eh, eh?

Sólo vuelve, entra en mi casa, despiértame... y fóllame de verdad.

Esther

PRÓLOGO

Oh, cariño, oh vida mía, oh mi amante...

Un viejo amigo, homosexual, me preguntó si a las lesbianas nos interesaba el sexo.

—Por supuesto —le dije—, aunque yo hablo por mi misma.

—Yo creía que estábais más por las caricias de ternura, el tejido... —observó él.

—Eres un cretino. Pretendes que seamos todas reinas.

—Pues, ¿dónde están las mujeres que salen a la calle como mujeres? —preguntó él.

—Por todas partes —le contesté— pero aún no hemos llegado a hablar de sexo de manera directa y a la primera. Hay lesbianas sadomasocas, puras monogámicas, reinas sofisticadas, e imitaciones, y nos entendemos... bien.

Yo quiero aventuras. La mayoría somos sexuales, y nos defendemos de los ataques. Yo prefiero más bien sexo salvaje que tejer o ver la tele.

Quiero sexo que me transporte y me cambie... tal vez estoy obsesionada. A pesar de las mentiras, los absurdos, la lujuria, el frío y la locura estoy yendo hacia alguna parte, contigo, mi amor.

Te amaré en mi cama, ardiente amante. Mordisquearé tu cuello, estiraré de tus botones, franquearé las cremalleras, te abriré mi puerta y te arrastraré hacia adentro.

Follamos en el vestíbulo. Tú introduces tus dedos muy adentro en mí, yo te deseo con intensidad. Me levantas la falda hasta mi cintura, deslizas tus dedos por mi sexo. Tu excitación me enciende. Desato tu cinturón y desabrocho tus botones, abrazo con mi mano tu humedad, más allá de la delicia de tu áspero vello.

Fundimos nuestras emociones, follamos durante horas y en distintas habitaciones. Gritamos cuando lo alcanzamos.

Me encanta que me seduzcas.

Estoy libre de confusiones. Ningún protestante anglosajón en mi cabeza enredando mis sentimientos y deseos convirtiéndome en otra. No seré víctima otra vez de los mitos y de la inocencia...

Espero tu mano, mi dulce amante judía, para que me lleves suave, irresistiblemente hacia ti.

Viva revolución,

E

* * *

Glosario:

Malka Sheli... Reina mía (hebreo)

Tsores... Problemas, preocupaciones (yiddish)

Histoire d'amour... Historia de amor (francés)

Challah, Daktyla... Pan (hebreo, griego)

Ashkenazi... Judío europeo (hebreo)

Rimon... Granada (hebreo)

Ani ohevotach at... Te amo (hebreo)

Mezuzah... Amuleto en la jamba de la puerta de las casas judías (hebreo)

Frum... Kosher (yiddish)

Goyim... Personas blancas no judías (hebreo/yiddish)

Bella... Maravillosa (italiano)

Cantar de Salomón... Poemas eróticos que expresan amor, pasión y deseo en referencia a la idea judía de Dios.

Meshuggah... Loca (yiddish)

Viva revolución... (español)

SI NO SUCEDE PRONTO

CAROLINE TRUSTY

Te muestras animada mientras conversamos: hablas sin parar; gesticulas continuamente con las manos. Mis sentimientos frente a ti resultan contradictorios. En un sentido, me siento bien recibida, Natalie. Me sonríes sin reservas, sinceramente. Y esa sonrisa podría ser tu forma de mantener las distancias, como advertencia de que no me acerque más. Ser amigable para evitar ser más amigable aún. No sé muy bien cuáles de estos sentimientos son tuyos y cuáles míos. Tu cuerpo dice que tú quieres que te toque. Te inclinas hacia mí, tus manos se acercan a mí, pero si me muevo yo también, entonces te retraes. Aún no, aún no.

Tú hablas más, y yo te escucho, tal como nuestra relación se estableció al principio. También tú sabes cuándo tu verborrea te mantiene a salvo. Tu aparente apertura es en realidad tu forma de protegerte de las cosas realmente importantes que podrían surgir. Sé que detrás de esas palabras hay algo que dice poco, pero que significa mucho.

Vas a la cocina a hacer café. Te sigo. Siento la necesidad de preservar ese momento que he creado. No sé si tú te has dado cuenta de que está ahí, pero si yo lo creo, es que es cierta la posibilidad de que exista.

Observo tus movimientos. Siento tu fuerza. Sé que en

este momento tienes demasiado poder, un poder que puede controlarme —si eres consciente de él. Sé que quiero besarte, que te deseo, que tengo unas tremendas ganas de ti.

No te beso, tú te vuelves, y me hablas de tu trabajo. Sé que eres consciente de lo que podría haber sucedido. Lo que estás diciendo sirve de tapadera a tus verdaderos sentimientos, y no estás preparada para decir nada acerca de ellos. Sé que si no hago algo, nada sucederá, y nos quedaremos ambas con esta incertidumbre. Si no sucede pronto, nunca sucederá.

Pero tengo miedo, miedo del rechazo, miedo de decepcionarnos. Podemos sentir ahora esta pasión, pero hay veces en que desear es mejor que tener, y yo no estoy demasiado segura aún de lo que quiero tener. ¿Es mi falta de confianza lo que me hace dudar de los sentimientos que sé que tienes porque me los transmites? ¿O estos sentimientos son una respuesta a la cortesía, algo que cuando de verdad ocurre no puede contenerse?

Cuando hablas, te descubres claramente ante mí, pareces completamente honesta. Todavía no puedo creer en ello, no he aprendido a confiar en ti. Por más honesta que fueras, nunca te sentarías allí y acariciarías a tu gato, y beberías tu taza de café, a la vez que confesaras:

—María, te deseo, vámonos a la cama.

No lo harías, y estoy contenta de que no lo hagas, no debes hacerlo. Porque sea o no mejor desear que tener, esta frustración y excitación que supone lo que lo precede, me está procurando un gran placer. Sufro esta situación disfrutándola, tan sólo porque sé que tiene que suceder pronto. Si lo dejamos perder, pasará su momento, y ya nunca nos convertiremos en amantes. Esta noche encierra las últimas horas que tenemos.

Has creado un espacio a tu alrededor —emocional, con

tu dicharachera charla acerca de nuestras amistades, tus amistades, mis amistades—, y físico, con un cambio de silla gracias al cual me resulta aún más difícil acercarme a ti. Si no me desearas, eso no habría hecho falta, si no hubiera ningún interés, no habría por qué.

El cambio de actitud acompaña al cambio de posición respecto a mí, en torno a mí. Has tomado una decisión. Has extraído una conclusión del cambio. Tú no *necesitas* acercarte más al fuego.

Cuando regresas del lavabo, te sitúas detrás de mi silla, tu mano apoyada detrás de mi hombro. Sé que este momento se perderá, como todos los demás, si yo me digo que realmente no me deseas, que todo es fruto de mi imaginación, que tú deseas mucho más a Ruth, que tú estás siendo tan sólo amigable, que no soy suficientemente atractiva, ni vital, que no has olvidado a tu último amor, que has hecho un juramento de celibato, que eres rígida.

Así es que no me digo nada.

Rodeo tu mano con la mía, envío el coraje hasta mis manos y estiro, suavemente, y para mi sorpresa tú sigues a tu mano y te acercas a mí, y mientras te beso me pregunto cómo podía estar tan temerosa.

Mientras te beso, me hago consciente de cada una de las partes de mi cuerpo, de cada parte del tuyo. Soy sensible a todos nuestros movimientos, nuestras caricias, a la suavidad de tus labios, de tus cabellos. Natalie, eres una mujer tan maravillosa. Lo que estoy sintiendo es una profunda satisfacción de mis deseos, aumentados todos por los momentos de duda que han precedido al instante en que nos hemos sentido suficiente fuertes como para iniciar esta relación. Soy frágil ante ti, porque nunca antes había iniciado una relación sexual con tanto amor. Mis sen-

timientos sexuales hacia ti han nacido gracias a la ternura y la amistad que me has dado.

Si también tú te sientes vulnerable, no lo dices. Has dicho que me amas —como las amigas lo hacen, según he entendido. Ahora no puedo ver más en ello. Nunca pude decir te amo, mientras decía cualquier otra cosa para rellenar el gran agujero hecho por no decirlo. A veces resulta demasiado tarde. Yo no lo permitiré, Natalie.

Mi lengua acaricia la tuya, tus gruesos labios envuelven los míos. Tus dientes mordisquean mi lengua juguetonamente, y yo te miro. El brillo de tus ojos verdes, esos delicados dedos que cogen mi rostro para llevarme hacia ti. Noto tu aliento en mi cabello, tus dientes en mi oreja, tu lengua recorriendo mi nuca. Siento un escalofrío, y a ti apretándote contra mí, deseándome tanto como yo a ti.

Mientras te quito la ropa, noto la suave curva de tus senos, tu piel suave y sensible. Llevo mi boca hasta tus pezones, y puedo sentirlos duros bajo mi lengua y entre mis dientes. Cuán cerca quiero tenerte, cuán sujeta, sintiendo tus pechos bajo mi boca, bajo mis manos. Voy a lamer tu piel sin dejar ni una pulgada. Tu lengua acaricia mi oreja, da ligeros golpecitos al lóbulo. Tus dedos entre mi cabello, internándose allí. Cuando beso tu boca otra vez, puedo sentir cómo tus labios, tus dientes, tu lengua, toda tú me respondes.

Ya me has quitado toda la ropa, y estoy toda expuesta ante ti. Siento como si pudieras ir llevándote capas de mi piel. Abierta a tus caricias, cada capa reacciona ante ti mientras toda la tensión acumulada escapa de mí, como el sudor bajando por mi vientre, mientras tú me acaricias con todo tu cuerpo. Tus uñas recorren con cuidado mi espalda y tu muslo ejerce una cálida presión entre mis piernas.

Te mueves, y sustituyes esa cálida presión por tu mano,

tus dedos acariciándome, notando la humedad que despide mi cuerpo, y deslizándose lentamente dentro de él. Y dentro yo estoy cálida, y mojada, y deseosa de ti. Todo mi cuerpo se mueve alrededor de tus dedos, mis músculos responden a tus movimientos, apretándote. Me besas toda, te demoras en mi boca, gozando de la misma sensación en tu lengua y en tus dedos.

En su búsqueda, tus dedos encuentran el lugar más sensible de mi cuerpo, y allí se quedan. Yo siento un intenso calor, o frío, no parece realidad, nada parece realidad. Siento tanto placer que mis músculos se tensan para relajarse enseguida. Tus besos se convierten en mordiscos. Y me elevo, incapaz de sentir nada más, empujo contra ti, y quiero derretirme en tu cuerpo mientras grito, y tiemblo, y un fuego arde dentro de mí.

Envuelvo tu cuerpo con mis piernas para atraerte lo más cerca posible. Quiero tu piel pegada a mi piel, tus pechos junto a los míos. Mirarte a los ojos es como verte por vez primera, con una expresión que no conocía, reservada para tus amantes.

Oh, Natalie, pareces calmada y feliz. Sé que una parte de ti ha quedado satisfecha tras hacerme el amor, y que la otra está esperando, mientras acaricio tu cuerpo todo, con la yema de mis dedos, sintiendo la suavidad de tu espalda, la fortaleza de los músculos de tus piernas; el vello que rodean está caliente y húmedo. Bajo por tu cuerpo, aspirando tu cálido aroma, y recorro tus muslos con mi lengua. Te ofrezco mis dedos y veo cómo tu cuerpo los engulle, y cuando mi lengua te encuentra, le marcas un ritmo lento, intenso, hasta la cumbre. Empujas tu cuerpo contra mi lengua y mis dedos. Desearía poder ver tu rostro mientras dejas escapar un gemido y noto tu cuerpo batirse alrededor de mis dedos.

Suaves suspiros, Natalie, tantas cosas en ti son suaves, tu sonrisa, tus suspiros, tu cuerpo. Me has dado tanto: me has dado el deseo, y su sastisfacción. Mientras estamos tendidas charlando, siento que el entendimiento entre nuestros cuerpos ha crecido.

Te he tenido entre mis brazos, y me he despertado junto a ti, pero nunca así.



MONOPOLY

DIANE BIONDO

—Casey —dijo Leah—, creo que deberías tomártelo con algo de filosofía.

—¡Oye! —Casey soltó su tostada ya fría y levantó la vista.

—No creas que no te entiendo, porque te entiendo. Créeme cuando te digo que te entiendo perfectamente.

—¿Pero? —su café también estaba frío.

—Hay un pero, es verdad. Tienes que olvidarlo y acabar con esto. *Adiós* de una vez por todas.

—¿Por qué? —dijo ella, por contestar algo.

—¿Me estás preguntando por qué? ¡Pues porque estas cosas pasan!

—Las relaciones acaban —Casey sacó el tabaco del bolsillo de su albornoz y encendió un cigarrillo. Leah cogió uno del suyo.

—Sí, así es. Acaban. No, gracias —rechazó el fuego que le ofrecía—, aún no quiero encenderlo. Si no puede ser, se acaba.

—¿Es eso lo que querrías si Barbara te dejara?

—Sí, creo que sí.

—Pues yo creo que no lo harías. —Casey dijo para sus adentros: tú te desharías como una galletita si Barbara te abandonara. Ese «nosotras somos independientes y no va-

mos a vivir juntas» no me engaña. Vivís para los fines de semana, los demás dejan de existir cuando estáis juntas, y hacéis el amor siempre que podéis. Recordó el pasado domingo por la mañana, cuando entró en la cocina y allí estaban ellas, Barbara sobre la falda de Leah, abiertos los albornoces, sin ropa interior, besándose como si allí no hubiera nadie más que quisiera desayunar.

Casey dio un profundo suspiro, apago el cigarrillo y se levantó para recoger la mesa.

—¡Deja esos malditos platos, Casey!

De pronto Leah había empujado hacia atrás su silla, y cuando Casey levantó la vista la estaba observando, lo que hizo que Casey abriera un poco la boca mostrando su sorpresa. Se miraron una a otra y Casey, que se sintió censurada y débil, volvió a sentarse. Las mejillas de Leah, siempre con el color de un bronceado de verano, se habían enrojecido, por lo que Casey dedujo que se sentía algo incómoda por su arranque de ira, pero no tan incómoda como para dar explicaciones o disculparse. En lugar de eso, dijo:

—No puedes estar sin comer, no puedes quedarte en casa bebiendo sola. Es deprimente.

Con dos dedos, Casey empujó algunas migas del borde de la mesa

—Intentaré encontrar otro lugar tan pronto...

Leah estaba ahora de pie y había abierto el grifo a tope. Removía el agua del fregadero con la mano, mientras con la otra iba introduciendo los platos. Las calientes burbujas de limón crecían y amenazaban con desbordarse.

—Olvídate un rato de tu autocompasión.

—No es autocompasión —Casey se enderezó en su asiento.

Leah pasó el trapo por la mesa, y tiró todas las migas al suelo.

—¿Por qué no me lo dices si consideras que estoy invadiendo tu espacio?

Leah cerró el grifo, soltó el trapo y se giró a mirar a Casey, que ya se había puesto de pie, y que mantenía la silla entre las dos.

—Ven con nosotras al bar esta noche.

—No puedo.

—¡Ven y lígate a alguien!

—¿Me estás tomando el pelo?

—Yo no soy de esa clase de mujeres.

—¿De qué clase? Barbara y yo nos conocimos allí.

—Oh, sí, de acuerdo. Una pareja feliz entre sesenta mil encuentros en un bar de lesbianas prueba algo, ¿verdad?

—Algo tendrás. Empieza de a poco. Haz lo que te divierta.

¡Algo que me divierta! Las cosas que antes eran divertidas, habían dejado de serlo. Y aunque siguieran siéndolo, ella no podía disfrutarlas, porque siempre las había compartido todas con Ruth. En la Séptima para un *capuccino*, el sitio del *curry* en la calle Cedar, el «Bernstein», donde Casey sentía un gran placer viendo cómo la mostaza del sandwich rodaba por su barbilla. Se preguntó si habían hecho algo que no fuera comer, y recordó el parque y el estanque de los patos, y que nunca tenían pan duro en casa, y que por eso tenían que tirarles pan fresco de aquella misma mañana.

Recordando el parque, y en especial los patos con sus pequeños polluelos en fila india, necesitó volver a sentarse. Si no era capaz de contener sus lágrimas, Leah abandonaría la estancia, así es que frotó sus ojos e intentó pensar en algo positivo que decir. Pero allí estaban otra vez las

lágrimas, rodando por sus mejillas, por sus labios, y antes de que llegaran a su barbilla, Leah había desaparecido por la puerta. En un acceso de angustia, imaginó cómo arrancaba los azulejos de la pared, abría allí un agujero, y tiraba la basura por aquella falsa ventana. En vez de eso, propinó un fuerte puñetazo a la mesa que consiguió sobresaltarla incluso a ella, haciéndola volver a la realidad.

La rutina de los fines de semana de Leah ya le resultaba familiar. De hecho, si las cosas no hubiesen sido como eran, vivir con Leah podría haberle proporcionado un sentimiento de placer y de seguridad. Le gustaba la forma en que Leah parecía aferrada a sus costumbres (Ruth era tan impulsiva e informal); que viernes por la noche equivaliera siempre a pizza frente a la televisión, que el sábado fuera el día de la colada, y por supuesto, el sábado por la noche y todo el domingo pertenecieran a Barbara.

Casey vislumbró la chaqueta de algodón y el ala negra del sombrero de fieltro de Barbara traspasando la puerta, su bolso colgado del hombro. ¡Ojalá hubiéramos intentado con más fuerza mantener viva la relación, pasando menos tiempo juntas, dando más importancia a la calidad y no a la cantidad! ¡Ojalá, como Leah y Barbara, hubiéramos al menos pretendido ser independientes!

Leah y Barbara estaban riendo y comportándose igual que lo habían hecho un fin de semana dos años atrás, desnudándose una a otra mientras recorrían el pasillo. ¡Ojalá no corriera el agua en la ducha y el lavabo no estuviera tan cerca del dormitorio de Casey! ¡Ojalá no lo hicieran! Por lo menos esa vez.

Casey se sentó en el borde de la cama y se dobló sobre las rodillas. Por encima del sonido del agua estrellándose contra la bañera, y del silbido del vapor, las oía a ellas. Los largos y profundos gemidos empezaron bajos, pero se hi-

cieron cada vez más sonoros, acompañados del ronroneo de los susurros y de repentinos y profundos suspiros. Era el momento de irse a dar una vuelta. Pero en lugar de encaminarse hacia la puerta, fue hasta la pared y se quedó muy quieta, apoyada la mano con suavidad sobre aquella barrera.

El suave murmullo de los lametazos traspasó la pared. Leah dejó escapar un desinhibido gemido. Aunque su vista se clavó en un trozo de pared descascarillada, Casey pudo *ver* lo que estaba sucediendo. Barbara tenía su boca sobre la de Leah, Barbara recorrió el desnudo hombro de Leah, besándola y lamiéndola hasta llegar a su pecho y raptarlo con su boca. Mientras, con sus manos, Barbara cubría de caricias la espalda, las piernas, todo el cuerpo de Leah.

—Metámonos en la ducha —susurró.

—¡Nos ahogaremos! —contestó Leah.

Entraron juntas.

—¡Está caliente!

—Yo sí que te voy a poner caliente.

De pronto estaban gritando para poderse oír una a otra por encima del ruido del agua. Casey se dio cuenta de que estaba de pie y corrió de vuelta a la cama.

—Oh, nena, es perfecto —la voz de Barbara hablaba con lentitud.

Leah replicó:

—Seguiremos siempre así...

Dios, pensó Casey, no permitas que esté sola sentada en este lugar para siempre, mientras al otro lado de la pared hay dos mujeres desnudas y entrelazadas el jabón y el agua caliente rodando por sus espaldas abajo. Tengo que salir de aquí. Pero permaneció tendida sin moverse.

—Lo deseo ahora...

—Aún no...

Apretó sus rodillas contra la barbilla. Las maldijo.

—Un poco más deprisa, así, así...

Se asió a la almohada y la apretó contra su mejilla.

—¡Por favor, Leah! —la respiración de Barbara se hacía cada vez más sonora al ganar velocidad.

—Ahora, cariño...

—Métete, Leah...

—No puedo...

—¡Oh, mierda!

—¡No pares!

—¡No puedo seguir!

—Déjame que...

La voz de Leah se quebró y se la oyó tragar agua. Hubo un momento de silencio en el que Casey se enderezó y contuvo la respiración. Entonces, igual que una cañería rota tosiendo y perdiendo agua, sus carcajadas se dejaron oír por toda la habitación.

—He intentado salvarlo —dijo Leah con sofoco.

—¿Ah, sí?

—Cierra ese grifo y ven aquí...

—Hablando de pasión bajo los grifos.

Había calma. Casey parpadeó. Se forzó a moverse y pudo ver que había dejado un húmedo parche de saliva en la almohada. La sacudió con disgusto y notó la transpiración en sus manos. ¿Qué me está pasando? Frotó sus manos una contra otra. Quería levantarse, pero se sentía algo temblorosa. Me estoy comportando de una manera estúpida, se dijo, y entonces se dio cuenta con horror de que sus bragas estaban mojadas, de que se había excitado y de que su sexo había respondido. Estaba furiosa. Las maldijo por pavonearse ante ella y por falta de consideración y vergüenza, pero estaba tan confundida por su comportamiento como por su respuesta a «sus amantes». Se arras-

tró fuera de la cama y dio vueltas perdida por la habitación, hasta que encontró su propia mirada en el espejo. Reconoció la expresión con alivio. Era sexual, una mirada que le decía la verdad acerca de su disgusto. Al menos podrían haber acabado lo que habían empezado.

Esperaba que no todo el mundo saliera a la calle vestido con sus mejores trajes. Puesto que no había planeado salir, no tenía ninguna de sus blusas limpias. Tendría que llevar un jersey para esconder su nickie sucio y hacía demasiado calor, sus axilas olerían mal. Deseaba que no hubiera demasiada gente, puesto que si sus axilas olían mal, allí no había sitio alguno para quedarse aparte. No donde ella quisiera estar a solas toda la noche. Para eso podía quedarse en casa.

Cargó con el jersey y fue al bar. No había duda de que acabaría colgada de Leah y Barbara, a pesar de haberse prometido no unirse a ellas a menos que no quedara de verdad ninguna otra alternativa.

Empieza de poco. Diviértete. Se repetía por qué estaba allí. Pidió una copa, y la bebió rápidamente. Pidió otra. No se está tan mal aquí, decidió, porque tanto si me quito el jersey como si no, estoy a salvo, esto está demasiado oscuro para ver las manchas, y hay demasiado humo como para detectar el olor de mis axilas. Consolada por estos pensamientos, alzó la mirada y descubrió a la mujer con la que quería pasar la noche. Casey esperó fumando su cigarrillo y echándole una mirada de vez en cuando, hasta que la descubrió observándola. Deseó llevar una chaqueta negra de piel, en lugar de aquel peludo jersey que le había tejido su hermana. Aspiró con fuerza y atravesó el bar.

—Hola —dijo Casey.

—Hola —contestó ella.

—¿Estás sola, o es que tu chica está haciendo cola en el lavabo?

—Mi chica está en la cama de otra mujer —replicó.

—Oh, eso está bien. —La mujer arqueó las cejas—. Quiero decir que no es bueno para ti, por supuesto.

—Supongo que es bueno para ella.

—Quién sabe.

—Estoy segura de que lo oiré todo sobre eso. —Sonrió y dio un sorbo a su agua mineral.

A Casey no se le ocurrió nada que contestar a aquello, así es que preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Lou —dijo ella—. ¿Quieres bailar?

Lou bailaba muy bien. Escuchaba con atención, captaba los ritmos y se anticipaba a los cambios de las canciones. Casey apenas si oía la música. Estaba muy ocupada en observar a Lou que, aun siendo más alta y grande que ella, movía sus pies, brazos y caderas con una magnífica soltura. Hay algo delicado en ell, pensó Casey. Tiene un bonito cabello rizado, tal vez sea eso. Seguramente es muy suave. De pronto tomó conciencia de su propio cabello, corto y hirsuto, y de su forma de bailar, completamente ajena al ritmo. Afortunadamente, la siguiente era una lenta.

—Soy mejor bailando lentas —confesó.

—Todas lo somos, ¿no te parece?

Lou pasó sus brazos alrededor de la espalda de Casey. Poco a poco, fueron reduciendo el espacio en que se movían. Dándose ánimos, Casey encontró el valor para presionar con sus dedos la espalda de Lou. Ella lo entendió, y se acercó un poco más. Mientras giraban en su reducido espacio, sintiendo el aliento de Lou, Casey se apretó contra Lou quien hizo lo mismo, pegándose a las caderas de Casey y acariciando su cintura. Así se movieron, empujándose y frotándose una contra otra, hasta que cambió la música y se retiraron lentamente de la pista.

—Esta es una de sus mejores Dic Jockeys, ¿no crees? —preguntó Casey, reprochándoselo de inmediato, al pensar que probablemente sería la única.

—Creo que la de los viernes es mejor —dijo Lou—. ¿Quieres beber algo?

En ese momento Casey detectó la mirada de Leah, de pie en la barra, sonriendo en su dirección.

—Gracias —Casey alargó a Lou su copa de cerveza—. Lo mismo.

En cuanto Lou se volvió hacia la barra, Leah movió con energía el pulgar para darle su aprobación. Casey desvió rápido la mirada, esperando que Lou no la hubiese visto.

Casey se fijó en los detalles del piso de Lou. Ni una mota de polvo en la alfombra, ni una arruga en la funda del sofá. Veía su reflejo en la mesa, y todos los libros estaban en orden alfabético, separados en ficción y no ficción.

—¿Siempre tienes la casa así o es porque ibas a estar acompañada? —preguntó cuando Lou regresó con el café.

—Siempre está así —contestó.

—Es increíble. ¿Y cómo te motivas?

—Muy fácil. Detesto la suciedad.

Como para confirmarlo, los ojos de Casey toparon con un cartelito que decía: GRACIAS POR NO FUMAR.

—Oh, mierda —dijo antes de poder contenerse.

Lou siguió su mirada hasta el cartelito.

—¿Lo necesitas?

—Sí, creo que sí. Me lo fumaré deprisa. —Sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno. Lou bebió de su café y apartó la vista.

—¿Crees que podría conseguir un cenicero?

Lou fue hasta la cocina y volvió con la tapa de un frasco de conserva. Se la alargó a Casey, abrió una ventana y tomó asiento. Casey intentaba fumar rápidamente, pero

las apresuradas chupadas parecían producir más humo aún.

—¿Tú y tu pareja habéis sido polígamas durante mucho tiempo?

—No, nunca. ¿Te he dicho ya que nos hemos separado?

—No con tantas palabras.

—Bueno, sólo hace siete semanas.

—Pero tú eres quien las cuenta, ¿verdad? —Lou sonreía—. ¿Era aquella chica a la que intentabas evitar en el bar esta noche?

—Oh, ella, no. Esa es mi compañera de piso, Leah.

—¿Es que huyes de tu compañera de piso?

—Es una larga historia. ¿Cuánto tiempo lleváis tu chica y tú sin ser monógamas?

—Desde hace unas dos semanas. Nell conoció a una mujer en nuestro curso de vuelo libre, y creo que para ella es importante.

—¿Saltas desde los aviones?

—Usamos paracaídas.

—Mejor así.

—Deberías probarlo. Es emocionante.

—Tengo problemas con las escaleras.

—No necesitas una escalera para embarcar.

—Me refiero a las alturas.

—Ah, las alturas, ya. Pero esto no es como caerse de una escalera. Es como flotar. ¿Quieres ver una foto que saqué desde el cielo?

Fue hasta la pared de donde colgaba la fotografía.

—Parece todo tan pequeño. —Casey estaba impresionada—. Los edificios parecen casitas del Monopoly. Me da vértigo sólo de mirarlo.

—Es fantástico —Lou dio unos pasos atrás—. Nell lo dice. Una vez estábamos preparándonos para saltar, y mirábamos hacia abajo, y dijo: «Louey, ése es nuestro tablero

de Monopoly. No creas que nada es más grande de como lo estás viendo ahora, porque no lo es. Es un diminuto juego que dura muchas horas.»

Casey meneó la cabeza.

—Le gusta filosofar, ¿eh?

Lou acarició el marco de la foto con un dedo.

—Me encanta esta foto —dijo.

Casey tomó la mano de Lou y la llevó hasta su boca. Besó primero sus dedos y luego su palma. Lou extendió su brazo y levantó la manga de su camisa. Casey besó su muñeca y subió por el brazo, que olía a talco de rosas. Cuando llegó adonde estaba la manga, se dirigió a sus labios. Su primer pensamiento fue cuán pequeña era la boca de Lou. Tenía labios delgados y pequeños los dientes. Casey no se había dado cuenta hasta entonces porque se había abstraído con la suavidad de su cabello y la naturalidad de sus movimientos. Abrió su boca un poco más, instando así a Lou a que hiciera otro tanto, pero al parecer la boca de Lou estaba tan abierta como podía. Buscó con su lengua la de Lou, pero ésta le huyó.

—¿No deberíamos ir al dormitorio?

Casey la siguió, con el gesto serio por una creciente decepción y angustiada por la sensación de desear marcharse a casa, en lugar de pasar por el lavabo y meterse luego en la cama. Lou ya se había desvestido y estaba bajo las sábanas. Hubiese sido muy difícil decir «gracias por el beso, boca de Monopoly», y marcharse. ¿Pero por qué había tenido que quitarse toda la ropa de golpe? La primera vez que Casey y Ruth hicieron el amor, estuvieron besándose durante horas, excitándose más y más al pensar en el misterio de las curvas y las formas cubiertas. Permanecieron vestidas hasta que sus cuerpos transpiraban por todas partes y sus ropas resultaban insoportables. Hasta que ardie-

ron de deseo y necesitaron arrancarse la ropa animadas por el delirio de sentir sus húmedas pieles escondidas. Pero esas cosas no pueden planearse, se reprendió, y se desvistió a toda prisa y se metió en la cama.

Sin perder un momento, Lou cubrió a Casey con su cuerpo. Casey dio un respingo al notar la piel de Lou en contacto con la suya. Estaba ardiendo. Todo su cuerpo sentía aquel dulce calor, enviando escalofríos a su espalda. Notó cómo se sumía en un momento de estupor y permanecía helada, como el segundo en que, durante el estornudo, se para el corazón.

Tal vez no sea tan mala esta técnica de comenzar desnudas, pensó. Ella está más guapa sin la camisa que llevaba, lo que probablemente se habrían perdido si hubieran elegido hacerlo vestidas. No se equivoca con esa actitud suya de «vamos por ello».

Oh, Dios, notaba y pensaba los labios de Lou en su rostro, y esperaba que no le sucediera así con cada nueva sensación. Como para evitarlo, Lou comenzó en ese momento a mover sus pechos sobre los de Casey, apretando y frotando con suavidad. Los pezones de Casey se irguieron duros y mostrando su deseo de ser besados. Dándose cuenta de ello, Lou la excitó, lamiendo sus duros pezones, sus pechos, moviéndose rítmicamente sobre ella. Casey gemía y la seguía, arqueándose para disfrutar los movimientos de Lou, y relajándose cuando Lou volvía a tenderse entera sobre ella. Cuando estaban agitándose juntas, Casey, libre por fin de sus pensamientos, consciente tan sólo de sus profundos jadeos, identificó las partes del cuerpo de Lou en contacto con su sexo; el áspero, esponjoso vello del pubis, la suave piel del interior de sus muslos, la sensación del hueso del pubis cuando Lou presionaba. Más que nada, sus sentidos estaban atentos a la humedad que compartían.

La saliva de Lou recorría su boca y rodaba por su barbilla. Pequeñas gotas de sudor resbalaban por entre sus senos, y entre sus piernas, en donde Lou se había situado, abriendo su sexo a Casey para que pudieran encontrarse sus clítoris, había una cierta humedad que fluía entre ambas y que pertenecía a las dos. Se adhería a su vello, a sus ingles, y a la sábana sobre la que yacían.

Casey cerró sus ojos y dejó que las imágenes de ríos, lagos y corrientes flotaran sobre ellas. Sintiendo su abandono, Lou puso sus palmas bajo las nalgas de Casey, y acariciándola, la apretaba contra sí, hasta que la presión de sus coños unidos llegó al límite y Casey alcanzó el clímax, cogiéndose con fuerza al culo de Lou y apretándolo con sus manos.

Lou fue por un vaso de agua.

—Estoy realmente sedienta —dijo—. Oh, no te he traído uno a ti. ¿Quieres agua? —Casey meneó la cabeza. Lou volvió a deslizarse bajo las sábanas.

—¿Has llegado? —Casey dejó ir un suspiro y enjugó su rostro. Aclaró su garganta, pero no logró decir nada—. Olvídalo, no tienes que decirlo.

—Sí que he llegado —dijo por fin.

—Bien. Probablemente ahora querrás un cigarrillo, ¿verdad? Pues bajo ningún concepto puedes fumar en la habitación, ¿vale? Nell necesitaba tener su dosis de humo postorgásmico, o no valía la pena follar.

—Lou —dijo Casey en voz baja—, aún no puedo hablar.

—De acuerdo.

—Quiero decir... que no paremos.

Descendió un poco y dibujó círculos en sus mejillas con los pezones de Lou. Besó cada uno de sus senos con suavidad y delicadeza, acariciando su vientre terso y redondo. Recordando la sensación entre sus piernas cuando

bailaban, se deslizó hacia abajo en la cama. Introdujo sus manos entre los muslos de Lou, y comenzó a juguetear con el vello de su pubis, rodeando su coño, mirando su abertura, esperando la humedad de bienvenida entre sus dedos. Aspiró el aroma del sexo de Lou y se excitó otra vez.

Los meses que había pasado sin sexo no se había dado cuenta de que lo echaba de menos. Ahora sentía como si su celibato hubiera durado años, tan fuertes eran su deseo y su necesidad de satisfacerlo. Puso su cara entre las piernas de Lou para besarla, abría la boca para abarcar aún más. Colocó su coño sobre la pierna de Lou y se movió sobre ella, atenta a no ir demasiado deprisa, pero incapaz de ir más despacio. Cuando la cama se había convertido en una barca en un mar de olas, y cerca del fin del mundo, llano como era, su orgasmo estaba a punto de llegar. Pero, ¿cómo esperar a Lou? El pensamiento de Lou la azotó e hizo que se detuviera de golpe. Lou yacía totalmente impasible y silenciosa.

—Lou —susurró.

—Sí.

—¿Quieres que siga?

Lou no contestó enseguida.

—Lo siento —dijo.

Casey cayó sobre su espalda como si le hubieran propinado un puñetazo. La sangre corría caótica por su cuerpo, y enseguida comenzó a batir en su cabeza. Le dolía la piel. Se sentía desnuda por primera vez, y se acurrucó con las piernas bien apretadas esperando que aquella sensación palpitante desapareciera.

Estuvieron calladas algún tiempo. Cuando Casey estuvo segura de que el campo de sensibilidad de su alrededor había comenzado a espesarse, volvió a la cabecera de la cama. Estaban acostadas boca arriba y con la vista fija en el techo. Por fin, Casey preguntó:

—¿Qué piensas, Lou?

—Estaba pensando en el vuelo libre —contestó.

—Es muy loable que me digas la verdad.

—Pensarás que es extraño, pero el vuelo libre me gusta más que... más que el sexo. Resulta, no sé cómo decirlo, tan poco complicado. ¿Crees que es una locura?

—Sí.

—El sexo es algo que se hace para evadirse de uno mismo, para abandonarse, ¿no?

—Para algunas personas es así, sí —dijo Casey con sequedad.

Lou no reparó en ello y siguió adelante.

—Pero resulta demasiado real. El paracaidismo es lo opuesto. Es un placer que se produce solamente si tú estás con él. Tienes que concentrarte y ser consciente de ti misma y del mundo que hay debajo de ti. El sentido del tiempo es de crucial importancia.

—El sentido del tiempo también es importante para el sexo. Ratardándolo un poquito, para llevarla al máximo placer, reteniéndolo hasta que ella... *vuela,* tal y como he hecho yo contigo. Normalmente no soy sarcástica —añadió.

—No te lo tomes tan a mal.

—¿Vas a ir hoy a hacer paracaidismo con Nell?

—Sí, ¿por qué?

Casey apartó las sábanas de un manotazo.

—Mejor me marcho a casa.

Lou la cogió por el brazo.

—¿Irte a casa?

—No me encuentro demasiado bien. —Salió de la cama y se puso su nickie.

—¿Es porque he dicho que voy a ver a Nell? —Casey

estaba de pie y sostenía sus calcetines— ¿Estás celosa? ¡No puede ser!

—¿Por qué no? —Su voz sonó más alta de lo que esperaba.

—Porque acabamos de conocernos, supongo.

—¿Y qué? ¿Es que tú no tienes sentimientos?

—Sí.

—¿Y por qué me invitaste a tu casa? ¿No te gustaba de verdad, eh? —Buscó con la mirada sus bragas—. Lo único que querías es igualarte a Nell. Eso te habrás dicho, sí, «ella me contará su noche, pero yo le contaré la mía». Estás impaciente por verla y decirle que esta noche has follado.

—Estaba llorando, y no podía parar.

—No llores —Lou intentó acercarse a ella, pero Casey la esquivó.

—¿Qué es tan importante en esa paracaidista para que no puedas perderte conmigo ni siquiera una noche? ¡Y no intentes decirme que tienes múltiples orgasmos cuando alguien te empuja desde un avión! Crees que eres la única mujer en el mundo a la que han dejado por otra, eso es. Pero no, no lo eres, ¿sabes? Hay más, pero algunas de nosotras lo intentamos y nos divertimos, mientras que otras se limitan a acostarse y pensar en el vuelo libre.

Casey se había puesto los calcetines, pero seguía sin encontrar las bragas.

—Mira, yo no estoy acostumbrada a cosas así —Lou examinaba un hilo que colgaba de la colcha—, nunca había traído a nadie a casa, antes de ti.

—¿Ah, no? —la boca de Casey se abría atónita— ¿y qué crees? ¿Que yo me dedico a esto? ¿Que es mi hobby?

—Pero parecías tan segura.

—¡Ah! —Casey se puso de rodillas junto a la cama y encontró sus bragas debajo. Las sacudió, aun a sabiendas

de que no había ni una pizca de suciedad, y se las puso—. De todas formas, lo has hecho todo con bastante naturalidad.

—Veo películas. Pero tú parecías vivirlo en realidad, realmente te lo creías...

Casey se vio a sí misma encima de Lou, presionando con su coño, frotándose contra su pierna, fuera de sí, mientras Lou permanecía impasible. Unas lágrimas de vergüenza asomaron a su garganta y le hicieron difícil decir:

—¡Por qué has tenido que decir eso!

—Lo digo en un buen sentido, eres tan sensib...

—¿Por qué no me detuviste? Podría haber seguido adelante, y no me habrías detenido.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque no sentías nada. ¿Cómo crees que me hace sentir eso?

—Parecías estar bien.

—Por todos los santos, ¿no te importaba no estar sintiendo nada?

—No.

—Bueno, me has tratado como a una idiota. Me siento como una mierda.

Casey luchaba con sus tejanos. Había conseguido introducir una pierna, pero en la parte equivocada.

—Me gustaría que no te marcharas a casa —dijo Lou. Casey cogió sus zapatos, sorbiendo lágrimas—. Es muy tarde. Me gustaría que te quedaras. Podemos hablar.

—¿Quieres explicarme por qué eres una *limpiadora compulsiva*?

—No puedes irte así. Estás tan disgustada. Y pueden asaltarte.

—No ha quedado nada que quitarme.

Lou pestañeó, pero no hizo ningún comentario. En su

lugar, sacó una botella de brandy y dos vasos de la mesilla de noche.

—Esto va a gustarte —dijo—. Deberías beber un poco. Especialmente si quieres marcharte a casa; te dará calor. —Sirvió dos vasos y dejó uno para Casey. Como Casey no se movía, le dijo—: Ve, coge tus cigarrillos del salón y vuelve. Te dejo fumar aquí, si lo deseas.

Casey observó el rostro de Lou para determinar si lo decía en serio. Cuando se dio cuenta de que sí, imaginó la impecable alfombra del salón, la inmaculada funda del sofá, el pulcro suelo bajo la cama, el cartelito rojo y blanco de GRACIAS POR NO FUMAR. Imaginó el humo flotando entre las cortinas de la habitación rosa, infectando el aire respirable y puro. Durante días, Lou tendría que dormir en una habitación con olor a tabaco. Se sentó en el borde de una silla y revolvió su bolsillo para sacar un pañuelo usado. Se sonó la nariz. ¿Era este intento de Lou para reconciliarse la posibilidad incluso de una amistad? Sintió que ése era un sacrificio que Lou quería hacer por ella, aunque fuera pequeño. Miró el brandy de reojo. Sería dulce y caliente. Deseaba beberlo con un cigarrillo y bajo las mantas. Lou esperaba.

Un fuerte sentimiento de haber ganado algo acudió a su cabeza. En su interior, sus esperanzas decían que había recuperado su dignidad y su confianza en sí misma. Pero la realidad del mundo exterior, pequeño como pudiera parecer a algunos desde el cielo, le decía que su victoria era sólo el resultado de una regla rota en su nombre.

—De acuerdo —dijo—, voy por ellos.

Pequeña, pero victoria al fin y al cabo.

—¡No olvides la tapa de conserva! —observó Lou.

LOCA POR MARY KELLY

CHERRY SMYTH

La primera vez que Janine hizo el amor con Caragh quedó atónita. Mientras desabrochaba su camisa, y la dejaba deslizarse hombro abajo para lamer y besar su piel, vio pecas por todas partes. Janine se sintió invadida por un extraño sentimiento de ternura inspirado por aquella mujer a la que acababa de conocer. Algo reconocía en la forma en que las manos de Caragh sujetaban su cuerpo.

Esa noche habían salido juntas y bebidas del club hacia casa de Janine. Caragh bebía su whisky caliente, con una pizca de clavo y unas gotas de limón; Janine tomaba el suyo solo con hielo. En sus oídos resonaba todavía la música atronadora, y ambas continuaban coqueteando con la emoción del anonimato. El sabor del whisky y un sentimiento de familiaridad dieron a Caragh un insólito valor, y estiró a Janine de su silla para sentarla en su falda.

—Eres de las de armas tomar, ¿eh? —Janine había reído.

—¿Dónde aprendiste esa expresión? —preguntó Caragh enseguida, recordando otro lugar. Acordándose de su padre, delgado y débil, de pie junto a la puerta trasera, gritándole: «Vamos, vamos, a subir al bote. Seguro que cogen las buenas tierras y no nos dejan más que las ciénagas de viejos y pedregosos ríos.»

Ella había dejado Donegal ese invierno, y llegado a Londres en busca de trabajo.

Caragh se sentía algo acobardada, porque las palabras de Janine habían logrado evocar de manera vívida aquellas imágenes del pasado. Estaba inquieta y encendida. Acercó su mano al abierto escote de Janine y estiró de ella hacia su boca —un largo y profundo beso que intentaba expresar las palabras que no había podido decir. Se separaron y, sorprendida, Janine dijo:

—Mi tía Edie lo diría. Llegó hace muchos años, y nunca ha perdido su acento de Ballymena.

—¿Qué podías esperar? Nunca desaparece del todo, ¿no?

No volvieron a encontrarse durante semanas, después de aquella noche. Ninguna de ellas quería recordar que aquello había sucedido, que las había hecho sentir tan inesperadamente violentas.

Janine se sintió enfadada pocos días después. No había forma de concentrarse en la redacción de su artículo.

Esa perra no va a llamar, concluyó. Fue todo un gran reto para joderme, para joder una manera de ser inglesa que ella no puede soportar. Tan arrogante y a la defensiva. Para reírse de cómo pronuncio «una taza de té». Desprende rabia y ni siquiera sé de dónde proviene, pero de alguna manera me incumbe. Parecía tan tranquila mientras bailaba, como si no viera nada a su alrededor, sólo sumida en su propio placer. Sus caderas. La manera en que movía sus caderas mientras se mantenía tensa y fuerte sobre mí, su sexo arrastrándome, sus ojos más abiertos aún, más oscuras las pupilas. Quiero morderla, abofetearla por dar esa imagen.

Janine recordó cómo Caragh se había levantado y acercado a acariciar sus senos con aquellos dedos largos y delgados, recorriendo con firmeza sus manos, con una acti-

tud distante y altiva. Tan altiva que no podía quitarse aquel gesto de su cabeza. Caragh entonces había bebido, el agua había rodado desde su boca por el ágil y perfecto cuerpo de Janine. Janine paseó por ella con el deseo de fundirse con todo su cuerpo. Llegó hasta el pliegue de sus axilas y lo lamió, después mordió sus pezones, montó a horcajadas sobre su sexo y la deseó dentro de sí. Su piel estaba húmeda de sudor y de deseo mientras Caragh la follaba profunda y largamente, empujándola hasta el borde de la cama, y luego al suelo, follándola aún, levantando sus caderas, abriéndola más —era suya, suya para que hiciera cuando deseara. Caragh parecía inagotable sobre ella, casi intocable en su poder. Esto hacía débil a Janine, más allá de las palabras. Estaba tendida, adormecida, caliente y vacía. Caragh la condujo otra vez hasta la cama con suavidad, la abrazó y la mantuvo cerca de ella.

No puedo olvidar su rostro. Y estaba tan fría por la mañana. Y tan cerrada. Parecía culpable. No voy a llamar. Ese no fue el trato.

Caragh enjabonó a su hijo en el baño. Mantuvo su mano bajo el cuellito y lo fue sumergiendo una y otra vez en el agua. Finn sonreía. Su oscura piel brillaba. Lo enderezó y lo aupó. Mientras lo secaba, recordó la forma en que Janine la había lavado a ella en la ducha, la manera en que había observado su piel y besado sus hombros. Cómo le había cogido la mano y la había llevado hasta su propio sexo, tan mojado.

—Tócala —susurró Janine—, verás como ya está a punto.

Entonces la giró contra la pared y apretó su cuerpo contra el de Caragh. Resistiré, pensó Caragh, recordando la fuerza que había utilizado contra Janine. Sus brazos estaban separados, sus palmas contra la pared azulejada. Se sintió demasiado desnuda, incapaz de perderse.

Dijo que no me había visto antes; pero yo a ella sí. La vi varias veces en esas charlas que daba sobre cuestiones lésbicas. Perra engreída. Maldita sea, me apuesto a que pensaba hacer un experimento conmigo. «Janine Robertson, profesora, con especial interés por asuntos irlandeses». No le dije nada de Finn. Era como interpretar un papel —sin compromiso, sin ataduras. Mantuve el control. Era anónima.

Movía sus manos sobre mis nalgas. Quería que me suplicara tocarme, la obligué a pedirlo por favor; di otra vez por favor. Quería que me lamiera. Se arrodilló a chupar la hendidura entre mis labios, sus manos apretándome las nalgas, sujetándome con firmeza y fuerza, poniéndome a salvo. Yo no quería ser salvada. Ella estaba tan segura de sí misma. Yo no iba a confiar en ella. Aun estando mojada. ¿Cómo podía estar tan mojada?

Luego la deseaba con furia —con ansiedad en mis brazos, mi cabeza, mi pecho, mis piernas— ni siquiera parecía concentrada en mi sexo, donde su mano estaba, me conducía, latiendo a través de mí y yo quería todo su cuerpo en mí, sobre mí, debajo de mí. Nunca antes había sentido un deseo parecido. Parecía una insaciable locura. Quería luchar con ella, enfrentarnos, carearnos. Nunca había dejado que nadie me poseyera así, haciéndome perder el control; la necesitaba más allá del éxtasis.

Y la follé con todas mis fuerzas, tal como ella deseaba. Ella nunca tenía bastante. Sus ojos se abrieron más aún y mostraron su lujuria. Llevé mi mano hasta ella, y estaba magnífica; llegó como una tormenta, con tremendos gritos y temblores. Hay algunos cardenales oscureciéndose en mis brazos, allí en donde ella se asió.

Soy lo suficientemente buena como para follarla, ése era el reto. Eso era todo lo que quería. Entonces, ¿por qué

sigo teniéndola en la cabeza? Después que follamos, reímos y hablamos, todo lo que quería demostrar quedó colapsado, pareció irrelevante.

* * *

Caragh entró deprisa en el bar para resguardarse de la lluvia y se puso a hacer cola en la barra. Su impermeable y su bolso goteaban. Su cabello se pegaba mojado y frío a su rostro. No estaba particularmente hambrienta. Pidió una sopa y un bollo. Entonces miró alrededor en busca de una mesa. Descubrió la nuca de una mujer, inclinada, leyendo una de las revistas gays que había por el local. Su cuello huesudo sobresalía por encima de su camisa. Caragh se sintió excitada y enferma. El sitio que había frente a ella estaba desocupado. La mano de Janine volvió una página. Caragh se dirigió hasta allí y permaneció de pie ante la mesa.

—¿Puedo acompañarte? —trató de que su voz sonara segura.

Janine levantó la vista. Sus ojos, al verla, mostraron una brillante expresión. Enseguida volvieron a la normalidad. Su boca se combó con una irónica sonrisa.

—Por favor, desde luego —dijo secamente.

Caragh sintió un escalofrío en su interior, y una pequeña bomba de humedad explotó en su ropa interior. Había olvidado cuán sonora era la voz de Janine. Su labio superior se levantó y su boca permaneció levemente abierta después de que hablara. Caragh pudo sentir sus palmas húmedas y el escozor de la transpiración bajo sus brazos. Apretó los puños debajo de la mesa y respiró profundamente. Fue capaz de empezar a comer, a pesar de que nada le sabía a nada. Deseaba acariciar la mano de Janine, tocarle

las mejillas, apretar su cabeza contra su cuerpo. No oía las palabras de Janine —lo que había comido, lo que le gustaba de la nueva decoración del café—, su voz alcanzaba el coño de Caragh, pero el filtro del deseo no dejaba llegar el significado de las palabras.

Cuando Janine se puso a liar un cigarrillo, Caragh pudo observar que le temblaban las manos.

Realmente parece nerviosa, pensó Caragh. ¿Siente este mismo deseo? ¿Está sufriendo? ¿Nota mi vergüenza? Vergüenza por odiar y desear follar lo que ella representa; y vergüenza por necesitarla como lo hago.

Janine dio una chupada a su cigarrillo y miró a los ojos a Caragh. Eran más claros y profundos de lo que recordara. Los blancos eran casi azules. Decidió mantenerse fría, para disfrazar ante Caragh su sorpresa y su alegría de volver a verla.

«Deben de haber pasado cuatro semanas», pensó. «Parecen meses. No soportaré no hablar de aquello. ¿Por qué tenemos que mostrarnos tan reservadas después de haber compartido tanta intimidad? Quiero tomarla de la mano y conducirla hasta los lavabos y follarla ahora mismo. Está menos enfadada. Ya no me desafía. Está distinta.»

—Llegó muy adentro —empezó Caragh.

—Sí, lo sé.

Janine sonrió.

Caragh siguió:

—Parece que van a nacer muchos sentimientos entre nosotras, ya.

—No puedo dejate ir —dijo Janine enérgicamente.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron durante unos instantes, ambas sobrecogidas por la necesidad y determinación en las palabras de Janine.

—¿Qué vas a hacer más tarde? —prosiguió, más tranquila.

—Recoger a mi hijo, ir a casa, hacer un té, meterlo en la cama y reunirme contigo.

—Perfecto —dijo Janine lentamente, con el rostro relajado.— Tenemos que hablar. Tengo que contarte la historia de Mary Kelly.

—¿Quién es?

—Una niña de Derry, de la escuela primaria, con los dientes separados, dedos huesudos y un montón de pecas.

—¿La querías?

—Estaba loca por ella. Muchos lo estaban. Ella acostumbraba a hacer crujir sus dedos, y luego mostraba sus puños, siempre dispuesta para una buena pelea. ¡Pero era para asustar a cualquiera!

Caragh rió.

—También yo tengo algunas historias para contarte —dijo.

LOS SÁBADOS

LIANN SNOW

La señora Delia Sandsome nunca podía tener sexo del bueno. Excepto los sábados, e incluso entonces, sólo entre la una y las tres de la tarde. Delia había buscado sexo, y lo había encontrado en sus muchas variantes, pero sexo del bueno, sólo lo había tenido con Sardine, una delgada, resbaladiza persona de piel cetrina, delgados cabellos y casi sin pecho, perteneciente al sexo femenino y de quince años de edad.

Los sábados, Sardine iba a pescar. Su familia pensaba que al mismo muelle, pero Sardine pescaba en aguas profundas. Delia Sandsome, varada con sus senos en una espumosa cama blanca, adornado su cuerpo con encajes, ceñido y rodeado de satén (negro o malva), su perfecto rostro de brillantes mejillas y ardientes labios, era pesca suficiente para la delgada Sardine, que se precipitaba como pez de plata entre sus mullidos muslos. ¡Oh, sí! Valía la pena esperar una semana para ello.

Las piernas de la señora Delia silbaban con los pies en punta, estirados, igual que las hojas de unas afiladas tijeras. Deslizándose, deslizándose iba Sardine, resbalando dentro y fuera de la piel y la tela de satén. Adentro, adentro iba ella, a veces tan lejos que casi se perdía, pero siempre

había una colina conocida, un hueco o una curva que la ayudaban, muy lentamente, a regresar sobre sus pasos, a retirarse, a salir, a escapar del laberinto. Una vez creyó ver una lámpara de asta, encendida para iluminarle el camino, pero no se lo dijo a Delia. Nunca le dijo demasiadas cosas. No eran sólo los de la familia de Sardine los que no sabían dónde pasaba los sábados por la tarde.

Algunas veces Sardine encontraba una perla rosa en un bosquecillo de olivos y la sostenía en su boca, la hacía rodar con su lengua y la chupaba con los labios apretados, o la hacía resbalar por la hendidura de su boca, y entonces Delia sostenía por la nuca la cabeza de Sardine y la paseaba por allí. Sardine adoraba esa brillante perla rosada.

Otras veces, la señora Delia Sandsome dejaba que los músculos de sus muslos y de sus brazos se tensaran. Su cuerpo se endurecía mientras se tendía sobre el cuerpo abierto de la niña, y la perla crecía de manera prodigiosa, ellas no sabían cómo, y saltaba fuera de su nido y la penetraba. Muchas veces la señora Delia entraba en la carne de la joven, separando sus labios inferiores con firmes, fuertes manos; también, algunas tardes aterciopeladas, la perla, ora puntiaguda, ora de color rojo cereza, se bañaba a sí misma en las dulces aguas de entre los muslos de ambas, y había ocasiones en que las dos se sumían en un placentero silencio, labio contra amante labio.

¡Este es sexo del bueno!, pensó la señora Delia. Pero no tengo bastante. Encontraré más. Aunque aún no lo tenga.

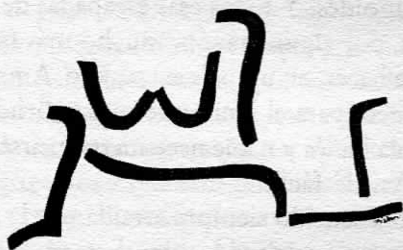
Así es que la señora Delia salió resuelta a la búsqueda. Pero nunca en sábado.

EL PEPINO

CHERYL CLARKE

La textura del pepino
repele a mi amor.
Pero la noche pasada olvidamos
nuestro juguete.
Descubrí un verdísimo
duro pepino
en el frutero de nuestra anfitriona.
Lo llevé a nuestra habitación.
La dejé a oscuras.
Fuera los ruidos parecían
más fuertes
y sincopados.
Bañé el perfecto fruto
en aceite de jengibre,
me arrodillé junto a la cama
y mantuve los ojos cerrados.
Se oyó la cadena.
Ella vino.
La olí mientras entraba
de pie ante mí
de cara a mí.
Me así a ella

y aparté
su traje de baño
a un lado
y la acaricié allí,
y la lamí
para asegurarme de su humedad.
Al principio se sorprendió.
Le aseguré que podía estar tranquila
y en seguida se dejó hacer.
Después, yo dije satisfecha:
«Por fin he encontrado la manera
de darte pepino.»



SEXO A SOLAS

BARBARA SMITH

Un breve encuentro en un frío día de junio en Amsterdam. Estaba lloviendo. Nos habíamos detenido frente al prometedor escaparate de una tienda, y Barbara encontró su ruina.

¿Para qué va todo el mundo a Amsterdam? Tulipanes, diamantes y la mayor cantidad de perversión sexual que sea posible. Un país puritano con un mínimo de puritarismo. Me gustaba esa ironía, esa perversidad. Estaba allí para romper moldes. Y todas esas escapadas de lo establecido parecían, por alguna razón, mucho más fáciles, si no previsibles, de hacer, en un país extranjero. Amsterdam era un lugar perfecto para el ignorante turista británico: todo el mundo habla inglés y nadie necesita traducirse. Preguntas y obtienes. Así de fácil.

Yo me había sentido siempre atraída por la antropología. Se podría decir que era casi mi destino —los magníficos y antiguos ritos y rituales me fascinaban, en especial cuando me daba cuenta de que estudiar lejanas culturas me trasportaba físicamente más y más cerca de casa. Ritos de pasaje, dicen los occidentales cuando a aquéllos que están a punto de cambiar, se les expulsa de la sociedad, se les permite cometer excesos con una última acción infan-

til, y luego se les incorpora para siempre como sobrios ciudadanos. Yo quería mis propios días de prohibida anarquía sexual. Todo nos sucedió al final. Y allí estaba yo, en suelo extranjero, angustiada por hacer realidad las fantasías de mi alma. Una mujer no es libre hasta que domina sus propios orgasmos.

Una mirada al escaparate fue suficiente. Estaba decidida. Tras años de negación, finalmente había tomado una decisión.

No fue amor a primera vista. No, no se podría llamar así, cuando sabía tan poco del amor (¡y sé mucho menos!). No podríamos hablar en términos de necesidad, puesto que había pasado tanto tiempo sin ello. Era deseo, pura y simplemente, lujuria, nada más que eso. Un gran deseo, un a menudo encubierto anhelo de satisfacer el hambre de una fantasía, de convertir los sueños en realidad. Lo deseaba, eso era todo lo que hacía falta. Una mujer no es libre hasta que no tiene mano en sus propios orgasmos.

Entramos. Íbamos de la mano mientras observábamos los objetos expuestos. Una gran decisión conducía al exceso, de vuelta a la duda. Ella me miró, con la ceja levantada burlonamente, invitándome a que me decidiera allí y en ese momento, apretándome la mano en señal de fraternal solidaridad, que estaba lejos de ser inocente. Nos separamos e investigamos alrededor, mirándonos de vez en cuando de manera casual; el último minuto de duda endureció los músculos de mi cuello. ¿Me iba a arrepentir? Se trataba de un gran paso. Habíamos hablado de aquello tan a menudo, ella se había mostrado siempre tan partidaria, y yo, curiosa, pero siempre conteniéndome y echándome atrás.

Mi cabeza protestaba: esto no puede seguir así. ¿Podía Barbara dejar de esconderse, por favor? Tenía que tomar

una decisión, ya. Eso podía no volver a ocurrir otra vez. Me reprocharía a mí misma haber dejado pasar la oportunidad. No tenía por qué decírselo a nadie. Si no me gustaba, lo dejaba. Esto me está poniendo enferma.

De acuerdo, dejémonos de tanta desesperante paja seudometafísica. Entré en un sex-shop y compre un vibrador.

Había estado deseando comprar uno desde que me apoyé en una secadora en marcha y casi me corro allí mismo. Varias razones me habían disuadido de aquella idea: su apariencia fálica, el precio...

«Mamá, ¿puedes adelantarme algo de mi dinero para comprarme un vibrador? No, no quiero la muñeca Cindy... Oh , mamá, Judy tiene uno... ¿Cómo que para qué lo quiero? No, no puedo pedirle prestado el suyo... Bueno, ¿me prestas el tuyo?» (Me amenazó con pegarme si seguía discutiendo.)

Todo el mundo dice que te dejan insensible y que son una pérdida de tiempo y de dinero. Que el auténtico era mucho mejor... ¿Qué auténtico? Sólo conozco a uno, que huele, y vive en la puerta de al lado.

Nunca nada es tan simple. Me parece que se llama la ley de Murphy. Si algo *puede* ir mal en cualquier situación, irá *mal*. Yo había ido a Amsterdam con mi pareja para reponerme de los exámenes, arreglar y empezar de nuevo nuestra difícil relación, y comprarme un vibrador. ¿Y qué sucedió? Que acabamos de romper, y que me encontré en la extraña situación de ir a comprarme un vibrador en compañia de mi ex-amante. Esto cambiaba las cosas totalmente: en lugar de ser algo que iba a ampliar nuestros horizontes sexuales, iba a tener que usarlo yo sola. No sólo eso, pues la ley de Murphy enseña que puedes pasar la aduana con todo el exceso de compras que quieras, y las posibilidades de que te cojan son mínimas. Ahora bien, si vas

por lo legal, pero llevas algún objeto comprometedor, como por ejemplo un vibrador, lo más probable es que te enganchen.

Algo así, en todo caso. Nuestro día de regreso era el domingo. Las tiendas iban a estar cerradas, y a mí me gusta comer al menos una vez al día, así es que cargué con un poco de comida. Pasamos por inmigración, y no hubo ningún problema con mi pasaporte de la CEE, pero ella era americana, y en esos momentos acababa de tomar tierra un Jumbo procedente de Estambul. La «otra» cola era inacabable. Ella dijo:

—Ve tú para allá, coge nuestras maletas, y espérame en el vestibulo de Equipajes.

Así es que fui hacia allí, conseguí uno de los pocos carros vacíos que quedaban, y recogí nuestras maletas de la cinta. Mi equipaje salió primero, el de ella el último. Tuve que reordenarlo todo para que cupiera en el carro. Por fin llegó. Pasamos por la aduana, nada que declarar, salimos de aeropuerto y entramos en la estación del metro. Antes de aliviarnos del peso, me di cuenta de que me había dejado mis compras en el vestíbulo de Equipajes. ¡Maldita sea!

Lo que en realidad me dio algunos problemas fueron las patatas —no tenía licencia alguna de importación, ni un certificado de sanidad. Oh, bueno, tiene algo que ver con el escarabajo de la patata, y las nuevas patatas baratas de Chipre. El hombre de la aduana explicó que yo era sospechosa de querer colar por lo menos dos de las trampas más comunes: la de importar patatas baratas para debilitar el monopolio de Jersey, y la de cargar vorazmente con dos paquetes de alcohol y tabaco más baratos.

—Se sorprendería usted de la cantidad de gente que lo intenta —confió con cansancio—. La gente pasa por la aduana una vez con lo que le está permitido, lo deja con un

amigo en la estación del metro, y luego vuelve denunciando su pérdida, esperando así poder colar un paquetito extra. Pasa continuamente.

Yo proferí los convenientes murmullos de incredulidad. Alguien había encontrado mis bolsas casi de inmediato, fácilmente visibles por su amarillo canario. Por supuesto las revisaron —podían contener una bomba— y dentro, extrañamente, encontraron una botella de whisky caro, dos botellas de vino caro, y 1,9 quilos de patatas.

—Lo siento, señorita —y realmente lo sentía—. Tengo que confiscar las patatas.

—¿Y el resto de mis compras?

—Bueno, técnicamente usted ya ha pasado la aduana sin nada que declarar. No puede usted pasar una segunda vez, lo que debería hacer si yo la dejara llevarse sus compras. Pero tiene a su favor que ha venido a denunciar la pérdida en menos de quince minutos. ¿Dice que su amiga la está esperando en la estación de metro? Pues vamos.

Creedme, estoy acortando la historia. El hombre emprende la marcha seguido por mí de vuelta a la estación de metro, donde mi «amiga» está sudando la gota gorda. ¿Me habían arrestado? Revisó mi equipaje, todo estaba bien, hasta que topa con un pequeño paquete envuelto en papel marrón. Me había pasado una hora intentando convencer a ese tío de que yo era una recta ciudadana que ni siquiera soñaría con hacer algo fuera de la ley, ni extraño, ni provocador.

—¿Qué es esto?

—Un vibrador —repliqué, procurando dar a mi voz un tono de seguridad.

—Ah —dijo—, creo que no necesitaré molestarla más —mientras rehacía los bolsos y volvía a su ridícula burocracia.

Es con todo esto en la cabeza que me encuentro tendida en la cama, abiertas las piernas, mojada con anticipación, el vibrador en la mano, el consolador en la otra.

En estos días de pánico al SIDA, es de veras una actitud prudente la de averiguar datos sobre la historia sexual de tu acompañante, antes de embarcarte en un viaje de lujuria, y aún así, para estar doblemente segura, ponerle una funda. Yo conocía el consolador —ya había estado metida en algunos problemas desde que entré decidida en Ann Summers y pedí dos, y la vendedora tuvo que llamar a las distintas secciones para encontrar un par en la misma tienda (en Charig Cross es donde tienes mejores posibilidades)—, pero no me sentía segura respecto al vibrador. De acuerdo, podía ser virgen, pero mira lo que le sucedió a Mary. Además, el conocimiento del condón está bien para los heterosexuales y para los hombres homosexuales, pero ¿qué pasa con las lesbianas? Y si el patriarcado desea realmente «proteger» a todo el mundo (y ése es realmente el miembro más grande en el profiláctico más grande del mundo —¿Quién cantará la versión reggae de la inmortal canción del norte en un concierto por el SIDA?), entonces, eso quiere decir que deben admitir la existencia del sexo sin *su* miembro como algo más que una posible alternativa. No acepto apuestas.

Como decía, con todas estas ideas en la cabeza, estoy a punto de embarcarme en un viaje de auto-descubrimiento. Barajo las posibilidades, y devuelvo el consolador a su cartuchera. Encendida y lista, mi secadora-sustituta comienza a viajar por el voluptuoso terreno de mi cuerpo.

En realidad la imaginería paisajística me saca de quicio con sus eufemismos de la madre-tierra. Olvidad las colinas y las profundas, oscuras gargantas, los campos vírgenes por desflorar, etc, etc... introduzco el follador en mi coño.

No está mal, la verdad.

Así es que me entretengo en mi cuerpo, liberando mis fantasías favoritas, susurrando las mayores obscenidades en mis oídos y excitándome a tope. No sabía que fuera tan buena. Hasta que no te amas a ti misma, dicen, no puedes amar a nadie más. Se le puede dar la vuelta.

Llevo mi traje espigado, holgado y elegante, con profundos bolsillos. Hemos estado por ahí, coqueteando la una con la otra toda la noche como si acabáramos de conocernos. Simulando que no sabemos cómo besa la otra, ni cómo son sus pechos, ni cuán húmedo su coño, ni cómo huele su placer.

Me mira a través de una discoteca llena hasta los topes, dirigiendo la vista descaradamente a mi coño. Los ojos de Supermujer lanzan su rayo hasta que derrite mi cremallera y prende fuego a mis pantalones. Me siento deshecha y ardiente. Levanta la vista y entreabre sus labios suavemente, en su imaginación a punto de esconder su cabeza entre mis piernas, justo allí y en ese momento, y yo finjo que no sucede nada, pidiendo que me sirvan «dos jarras de cerveza y una bolsa de patatas, por favor».

Ella lleva un largo vestido negro, casi transparente, sus contornos apenas si están cubiertos. Delgados tirantes por encima de sus hombros de nadadora —en una mujer, tanta fuerza física vuelve locas a las lesbianas.

Voy a su casa, por las zonas de King Cross, que hay quien considera deprimentes, callejones entre viviendas, mal iluminadas guaridas de proscritos, drogadictos y de todos los deshechos de la ciudad, dicen. Hay un callejón en particular, justo frente a su casa. Puedo verlo ahora, una farola a medio camino, enormes sombras alargándose a cada lado como la capa de un vampiro. Quiero hundir mis dientes en su cuello y hacerla mía. Hacer que sangre. Lo inten-

tamos, intento actuar como si nada sucediera, pero el bombeo de mis pantalones me delata. Otro trofeo de Ann Summers, un consolador doble que metí dentro mientras hacía un último pis antes de irme. La llevo hasta la luz y la sujeto contra la pared. Ella intuye lo que va a pasar, puede verlo en mis ojos. Lleva su pensamiento hasta allí. Los fríos ladrillos de la pared rozan sus musculosos hombros. La beso con energía y la penetro. Quiero levantarla, con sus muslos rodeando mi cintura (pero no soy suficientemente fuerte, lo intenté antes una vez y las dos perdimos el equilibrio), cogiendo su culo con ambas manos para levantarla y abrirla. Con el ojo de mi mente puedo ver un espectador, mirándonos, viéndolo todo, sin ningún lugar a donde ir. Quiero pasar por delante, que la luz nos dé en la cara, pasar por delante y sonreír ante su descubrimiento de que somos dos mujeres... Cuando entremos, ella me sostendrá de pie en la esquina de la habitación, me dejará desnuda, y penetrará en mí hasta hacerme gruñir y jadear con aprobación...

Me estoy recorriendo a mí misma, preguntándome qué voy a hacerme ahora. ¿Confío en mí? Demasiado tarde para eso. Las vibraciones van hacia mi culo, cielo santo, esto es magnífico. Los dedos están perfectos —en el sitio adecuado— pero esto es ... oh... uh... ah... ¿eh?

La Ley de Murphy. Si compras un vibrador con piezas, la única vez en que la maldita juntura va a soltarse será cuando lo tengas dentro de ti. Estaba prisionero en mi vagina y la parte vibradora se me había quedado en la mano. ¡Dios! ¿Qué hago ahora? Cuando algo queda atrapado en un objeto cilíndrico, el primer impulso para sacarlo es el de empujar por ambos extremos. Y así es cómo me encontré con el dedo metido hasta lo más hondo de mi culo. No, no funcionaba. Y estando tan bien lubrifica-

da (gracias a esa maldita fantasía), resultaba inmune a mis intentos de apresarlo. Procuré llegar hasta él, pero el pánico y una especie de vaginismo emocional hizo que el músculo lo mantuviera sujeto como a un tornillo. Empecé a creer en la «vagina dentada».

Me balanceaba sintiendo el pánico crecer en mi pecho. Por favor, no dejes que tenga que ir al hospital, por favor, no dejes que sea el tema de sobremesa de algún internista lesbofóbico.

Me aterrorizaba la idea de levantarme de la cama. Supongamos que la cosa se pone a funcionar sola y en lugar de moverse hacia abajo lo hace hacia arriba. Empecé a tener visiones de partículas lunares (ese tipo de formas) flotando perdidas en el espacio, como el Mayor Tom, perdido para siempre en el vientre galáctico. Me estaba poniendo ridícula —pero que alguien intente conservar la serenidad y la sangre fría cuando tiene en el coño un Objeto Vaginal No Identificado.

La gata, que había asistido silenciosa a la sesión completa, empezó a maullar para que le diera de comer. Normalmente ronroneaba sin parar durante la actividad sexual, aparentemente fascinada por las subidas y las bajadas, sumándose a veces con el rápido lametazo de un pezón —y desapareciendo debajo de la cama tan sólo cuando le mostraba la zapatilla. Pero hoy quiere llenar su barriguita. Intentar explicarle la situación no iba a servir de nada. Maúlla cada vez más fuerte.

Lo que en realidad necesito es un dilatador —y entonces tengo una brillante idea. Con movimientos cautelosos, un dedo dentro de mi vagina para mantener la cosa en su sitio —la ironía me está matando—, voy hasta la cocina. Moggy, que cree que la comida está servida, practica su acostumbrado paseo entre mis piernas para hacerme tro-

pezar, como a Bullit en un avance rápido. La búsqueda por el cajón de los cubiertos confirma su pavloviana sospecha —allí es donde está guardado su «tenedor». Me hace notar su presencia moviéndose a mi alrededor. Por fin encuentro una cucharita (así es que esto es lo que significa «cucharear».) No me molesto siquiera en tener esperanzas de que funcione. La introduzco con mucho tiento, consciente de que si mi aplacado pánico regresa, me encontraré con dos OVNIS en mi interior. La gata, impaciente, intenta conducirme hasta la lata de Whiskas.

Rodeo el OVNI, deseando tener un calzador, y la cosa de pronto se lanza a sí misma hacia el infinito, con gran velocidad y un categórico plaf. Vuela por los aires, Moggy lo caza —de acuerdo, un jueguecito más antes de la comida— y dribla con ello por el suelo de la cocina como un Maradona felino.

Le sirvo en su plato la carne preparada; estoy goteando de sudor y temblando como una hoja. Me siento totalmente estúpida, y lo más irónico de la situación es que *tendría* que haber usado un condón. Increíble, pienso para mí, tengo que escribir al *Spare Rib* y advertir a otras mujeres. «Queridas hermanas, un truco útil a la hora de emplear un vibrador es...». Quién sabe si lo publicarían. Sería otro jodido argumento machista para invadir el espacio de las mujeres y reafirmarse en la fantasía masculina de que todas las lesbianas usan consoladores y vibradores.

Lo siento, hermanas, pero lo cierto es que esta historia es verídica...

REGALO DE DESPEDIDA

MINDY MELEYAL

Cuando miro hacia atrás y veo lo que sucedió ayer, apenas puedo dar crédito a mi recuerdo. Soy más reservada, y no menos. ¿Cómo pudo entonces ocurrir?

Dejad que me explique. Soy una estudiante americana, y he estado viviendo en Inglaterra durante un año. Ya desde el principio mi intención era la de mantenerme apartada de la gente, para darme un tiempo de reflexión antes de regresar a casa. Así es que no me traté demasiado con nadie, excepto con mis vecinos, al menos hasta ese loco día de finales de julio.

Estaba sentada, como solía hacer, en el alféizar de la ventana de mi habitación, mirando hacia abajo, a los patios del edificio de estudiantes en el que me alojaba. Aquel día pude ver a dos mujeres que se trasladaban a una de las casas del nuevo edificio de enfrente. Los obreros acababan de terminarlas, así es que ellas estaban limpiando los escombros de lo que más tarde iba a ser el jardín.

Era agradable mirarlas, y me sentía feliz de estar allí sentada, al calor del sol. Me sentía como un gran gato vago medio durmiendo, medio observando a las dos mujeres que trabajaban con energía, sudando bajo el sol, trasladando los escombros fuera de la casa. La mayor tenía el cabello

rubio, aclarado por el sol, lacio, fino y trenzado con holgura. Se balanceaba sobre sus hombros a la par que se inclinaba y enderezaba rítmicamente para lanzar las basuras en un contenedor. Era una delicia verla: musculosos brazos bronceados y delgadas piernas perladas de sudor, una camiseta de tirantes y unos tejanos cortados, polvorientos y descoloridos. Me habría atrevido a asegurar que, de cerca, podrían verse blancas líneas alrededor de sus ojos (probablemente azules) y un vello de piel de melocotón en sus mejillas. A ratos se detenía y se estiraba, o se rascaba la espalda, mostrando sus axilas, de un vello oscuro y rubio. Recuerdo que pensé «Mmmmm, una rubia de arriba a abajo».

La otra, una mujer más joven, no parecía más que una niña, en realidad. Pero, desde luego, era más que eso. Era delgada, con el cabello oscuro, con una piel de un blanco translúcido que delataba un verano dentro de casa. «Una extraña pareja», pensé. La más joven llevaba el pelo erizado a la manera punky, y a pesar del sucio trabajo que estaban haciendo, llevaba un montón de pulseras y cadenas, y un pesado cinturón lleno de tachas ciñendo unos ajustados tejanos y una camiseta con las mangas cortadas. En la maraña de su morena cabellera había reflejos rosas, a juego con su maquillaje. Un par singular, obviamente desigual, una medio hippy y la otra una joven punky. Y aun así, incluso desde donde yo estaba, podía advertir su entendimiento. Se conocían a la perfección: no había sorpresas ni límites entre ellas. Trabajaban a gusto estando juntas, se entendían sin hablar, compaginando sus movimientos mientras limpiaban sistemáticamente el desorden dejado por los obreros.

Sonreí ante aquella ironía; al final llegaba alguien lo suficientemente próximo a mí como para que pudiera ha-

blarle, y me marchaba al día siguiente. No pasa nada, al fin y al cabo vine aquí tanto para el curso que había asistido como en busca de soledad. Me quedé en el alféizar, sin muchas más posibilidades. Había vendido casi todos mis muebles y se los habían llevado aquella misma mañana, y mis propias cosas estaban ya embaladas y de camino a casa. Así es que permanecí sentada en mi alféizar, a falta de sillas y, a falta de libros, música o televisor, me puse a soñar despierta. Todo cuanto tenía era una cafetera, mi equipaje de mano y una enorme botella de vino que había sobrado de la fiesta de final de curso.

Mis ojos se estaban cerrando, me sentía confortablemente atontada por el calor. Llevaba tan sólo una camiseta holgada y mi ropa interior. Mis tejanos estaban en el suelo hechos un guiñapo. El sol entraba por la ventana, y podía sentir pequeñas gotas de sudor rodando espalda abajo; abrí las piernas para aliviar la humedad de mi coño. Mis dedos no hacían nada en particular, acariciaban mis muslos, notando el contraste entre el calor de las ingles y la frescura de la parte que quedaba a la sombra. La suave piel de mis muslos se pegaba a mi contacto, y empecé distraídamente a mover mis manos arriba y abajo dibujando amplias, lentas espirales mientras soñaba. El sol calentaba mucho, me recordaba mi casa y mi infancia, una época en la que me sentía libre para disfrutar de mi cuerpo sin las prohibiciones de los adultos sobre lo que debía o no hacer.

Me dediqué una sonrisa al darme cuenta de que mi mano derecha jugaba distraídamente con la goma de mis braguitas, provocando un agradable y rítmico tironcito en mi coño. «¿Por qué no?» pensé. «Es mi propio cuerpo, y nadie puede verme.» El resto de los apartamentos estaban vacíos, todo el mundo se había marchado excepto las mujeres que trabajaban en el patio de enfrente y que estaban

demasiado abstraídas en su trabajo como para advertir mi presencia.

Yo no llamo la atención, nunca lo he hecho. Normalmente me mantengo al margen de las vidas de la gente. Al margen, en el antepecho, soltera (éste es el término que me aplica mi familia), y ahora en el alféizar. «¡Vaya un sitio para hacerlo!», pensé, y miré a mi alrededor para ver si Dios o alguien me había visto pensando aquellos deshonrosos pensamientos justo allí fuera, a la vista. No, nadie me había visto. ¿Y qué si lo hacían ? ¿Me quitarían mi título? ¿Me lo harían repetir por la tele? Me entretuve en esta última idea y busqué una postura más cómoda.

Mis dedos se deslizaron bajo mis bragas a topos rosas, para encontrarse con el contraste entre la suavidad de los muslos y la maraña del vello de mi pubis, y sorprenderse como nunca.

«Seguro que la hierba crece bien en los parajes tranquilos», pensé, reflejando mi año de soledad. «Oh, vamos, échate a perder».

Hice una pausa para aspirar el olor de mis dedos, y di otro trago a la botella de vino. Afortunadamente había permanecido todo el rato a la sombra y estaba más bien fresco. Lamí mis dedos con calma y deslicé mi otra mano bajo mi camiseta para abarcar mi pecho, mientras mi coño llamaba de manera irresistible. Levanté las piernas y aparté las rodillas, y mi mano llegó con facilidad a mi coño para acariciármelo, sintiendo su calor incluso a través de las bragas. De manera casi imperceptible, mis dedos cautelosos se aproximaron a mis bragas rosa de punto, toparon con la goma ceñida a la pierna y se colaron furtivamente, con disimulo. Acariciaron el vello de mi pubis y se movieron para encontrarse; de una forma excitante y sigilosa, fueron despertando a mi cuerpo de su largo sueño. Empecé

a tener esa deliciosa sensación, y miré una vez más hacia las mujeres del patio. Sí, seguían demasiado ocupadas como para reparar en mí. Mis dedos haraganeaban, tanteaban, para hundirse después en mi coño y retirarse despacio. Primero sólo un dedo, y luego, cuando mi flujo comenzó a ser más caudaloso, dos y luego tres, hasta que mi coño estaba muy dilatado y yo podía retorcer todos mis dedos en el cálido jugo. Estaba disfrutando de todo: el sol, mi posición a la vista en el alféizar, el vino, y mi inminente orgasmo. Podía sentir mi clítoris endureciéndose, sobresaliendo de mis labios, cuando, de pronto, me di cuenta de que algo había cambiado ahí afuera.

Todo el calor se había evaporado, y el detestable tiempo inglés se reafirmaba otra vez a sí mismo. El cielo estaba plomizo, oscuro y amenazador. Paré y miré por la ventana hacia el firmamento. Vi los cielos abrirse y gruesas gotas como monedas caer a la tierra seca, las aceras y las mujeres. Pude ver cómo caían sobre ellas riachuelos de agua limpiándolas del polvo, adhiriendo sus ropas a sus cuerpos de repente inmóviles. Se miraban una a otra, atónitas de que las hubiese cogido por sorpresa.

Estaba claro que la tormenta había llegado para quedarse, y sonreí ante la idea de que iba a abandonar Inglaterra tal y como la encontré, empapada. La rubia se encogió de hombros mirando el patio y el cielo sobre ella; su día de trabajo había acabado. Mientras, la más joven se agachó veloz hasta el suelo encharcado, recogió rápidamente un puñado de barro y se lo estampó a la otra en el pecho, dejando por todo su cuerpo un interminable rastro de huellas. La respuesta no se hizo esperar, y en cuestión de segundos ambas estaban riendo y arrojándose la húmeda tierra una a otra, hasta que la joven de cabello punky acabó enterrada bajo una cascada de barro. Casi no se las podía

distinguir, de no ser por las trenzas de la mayor, que colgaban como sogas mojadas por encima de sus pechos. ¡Y entonces comenzaron a besarse! ¡Allí mismo, ante Dios y el mundo!

La lluvia caía cada vez más fuerte. Ambas estaban ya empapadas. El patio se había convertido en una serie de pequeños lagos sobre los que las gotas de lluvia hacían puntería. No podía quitar mi vista de las mujeres, y poco a poco me di cuenta de que estaban mirando en mi dirección. Se miraron, volvieron a mirarme, sonrieron, y me llamaron. Nada en mi educación del medio oeste me había preparado para un acontecimiento social como aquél pero nadie tenía que decirme qué hacer. Cogí la botella de vino, bajé de un salto del alféizar y me dirigí directa y decidida al patio en el que las mujeres me esperaban. La lluvia, o lo que estaba a punto de suceder, hizo que me recorriera un escalofrío. ¿Iba de verdad a hacerlo? ¿Iba a hacer el amor con dos completas desconocidas, en un patio, bajo la lluvia?

¡Y tanto que sí! Oportunidades como ésta no se presentaban todos los días. Sólo rezaba por que no fueran alucinaciones. Abrí la puerta del patio y dejé la botella de vino en el suelo.

Sus brazos me rodearon, y me sentí como nunca, después de tantos meses de soledad. Aquellas mujeres en torno a mí, con sus senos apretándose a los míos. Y sus besos, llenos de lluvia, sudor y barro, lenguas en mis orejas, en mi cuello. Y manos, manos por todas partes. Y yo entregada; las plantas del seco jardín no podían sentirse más agradecidas. La larga sequía había acabado, yo era amada y restituida. Juntas nos hundimos en la tierra. «La Madre Naturaleza es maravillosa», pensé, mientras las dos mujeres me contenían y me acariciaban.

Estaba a punto de hablar, pero la mayor de las mujeres me puso un dedo sobre los labios para mantener mi silencio, mientras la joven se deslizaba por mi cuerpo, besándome y poniendo sus dedos donde, minutos antes, los míos me estaban procurando tanto placer. Una trenza empapada me rozó mientras besaba una boca manchada de barro. De alguna manera mi mano fue a dar con un pecho terso y redondo. Apenas si nos dimos cuenta del silbido del repartidor de periódicos, ajeno a nuestro interés, sumergidas como estábamos en la tierra. Cuando entró en el patio de al lado, se cruzaron nuestras miradas y nos erguimos inseguras, aguantándonos una a la otra, con el deseo de no romper el contacto que habíamos establecido. La mujer más joven cogió la botella, bebimos, y con un silencio acordado nos fuimos a mi casa.

Dejamos huellas de barro sobre los silenciosos, embaldosados suelos, un rastro de pisadas entremezcladas que indicaba nuestra dirección. Llegamos al lavabo y nos ayudamos a deshacernos de nuestras ropas empapadas. Estuvimos juntas en la bañera, e hicimos desaparecer los restos del jardín, dejando que nuestras pieles revelaran nuestras propias historias. Un vientre cruzado por la arruga de un parto, una cicatriz descuidada en una rodilla, una pulcra apendectomía. Nos detuvimos para valorar nuestra belleza y nuestras intenciones.

Y luego, a la cama. Nos besamos, y abrazamos, y amamos nuestra feminidad. Senos y vientres, brazos y cuellos, nos sumergimos la una en la otra. Despacio, muy despacio, los dedos dibujaron círculos de deseo muslos arriba. Los coños abiertos como nenúfares. Nuestras pieles parecían fundirse, dentro, fuera, tú, yo, ella, todas sólo una. Mi lengua rodeaba un clítoris, y mi propio coño se encen-

día al contacto de un roce ardiente. Una mano acariciaba mi pecho y una voz jadeaba con placer.

Ellas parecían intuir mi necesidad de sus dedos, su lengua, sus senos, mi lujuria del sexo por el sexo. Mientras la más joven se hacía sitio entre mis piernas, la mayor montaba a horcajadas sobre mí, y ofrecía su coño a mi boca, sus senos a mis manos; se aferraba a mi cabeza. Mi lengua se movía mientras lo hacía la de ella, el deseo se arremolinaba en torno a nosotras, nos engullía y nos enredaba. Dedos llenaban mi coño, mi lengua se introducía en un refugio. Mis gemidos mientras llegaba se ahogaban bajo un coño suave e incitante, demandante y excitado. Mis dedos se deslizaban después a otro reino del placer, más pequeño, pero también abierto. Una mano se unía a la mía en las caricias de los senos que se balanceaban maduros y tersos sobre mí. Dentro, fuera, tú, yo, suya, ella, nosotras, mujeres, vientres, senos, dedos, lenguas y coños celebrándose.

La tormenta cedió, la potente lluvia acabó. Todo estaba tranquilo y el aroma fresco y húmedo de la tierra subía hasta lo más profundo del sabor de nuestros sexos. Llegó una noche oscura y apacible. Encendí un porro y lo compartimos. Su luz a cada chupada iluminaba nuestros rostros. No estaba claro quién había empezado, pero primero sonreímos, luego reímos y más tarde nos carcajeábamos: audacia y amor compaginados.

—Bueno —dijo la más joven—, parece que hoy no vamos a acabar con el jardín, ¿verdad, mamá?

NUNCA ANTES

NINA RAPI

Como una perra en celo
te satisfacías a ti misma
contra mi servicial muslo
tan intenso tan urgente
más por necesidad   tu dolor para aliviarme
y menos por lujuria   de hacerlo conmigo
Tus ojos asustados
los míos preguntando
cómo has podido llegar a esto
tan libremente
Qué te ha cambiado tanto   ¡Madre!
Otra Madre, amiga tuya
se mojaba también contra el muslo de su hija
Las dos teníais la obligación de
la gente enferma de vigilar
en la oscuridad, remotas cavernas
rodeadas por el mar
Nosotras, las hijas, visitantes
estábamos para curaros
estábamos para daros fuerza
para seguir adelante o
para ayudaros a escapar
Madre, nunca antes
había tenido este sueño

UNA VISITA A LA PELUQUERA

CUNTESSA DE MONS VENERIS

Tengo seis años. Estoy de pie, a la puerta de la habitación de mi abuela. Mi madre está sentada en la cama de mi abuela dando de mamar a mi hermanito. Sus ojos están cerrados y él succionando más y más. Una minúscula mano se aferra a su pecho. Mi madre tiene la piel de un color marrón cálido. Arrulla a mi hermano con amor. De pronto, explota en mí un intenso ataque de celos. Quiero que me coja en su falda, y coger su pezón marrón oscuro con mi boca, y beber su leche. Voy de puntillas hasta el borde de la cama, y me subo. Ella sonríe y me hace una caricia en la cabeza. Yo toco su pecho. Ella me dice que me siente quietecita. Yo pregunto si puedo mamar de su pecho. Ella contesta que no. Cortante. Y entonces dice, con suavidad, que soy demasiado mayor para esas cosas. Me entran ganas de chillar, pero en lugar de eso, me llevo el pulgar a la boca, y me enfado.

Estoy sentada en la sala de espera de la peluquería, hojeando las páginas de una revista de moda del cabello. Ninguna de las mujeres tiene el pelo natural. Todas las mujeres de los anuncios han sido maquilladas y fotografiadas para parecer lo más europeas posible. Yo me bato con mis temores. A mi alrededor hay montones de acondiciona-

dores del cabello, aceites, rizadores y champús. Cabezas de maniquí, con el macabro aspecto de máscaras sin vida, aparecen cubiertas con todos los colores de pelucas, desde el negro azabache hasta el rubio platino. Me toco el cabello, que de pronto parece más seco y descuidado. Espero que la peluquera no empiece a criticarme por ello. El salón emana un punzante, desagradable y penetrante olor a cabellos planchados. La recepcionista me sonríe con sus gruesos labios. Su rizada permanente brilla bajo los focos. Me dice que vaya arriba para que Sylvia me lave la cabeza.

La habitación está vacía, excepto por los lavabos en fila. Cuatro bocas abiertas, listas para acoger en sus pequeñas hendeduras el cuello de quien sea. Junto a cada lavabo, el mismo conjunto de frascos. Frente a cada equipo hay una silla con asiento acolchado y apoyabrazos cromados. Las blancas paredes reflejan la luz de los fluorescentes con dureza. Hacen que me duelan los ojos.

Una puerta se abre al final de la sala, y Sylvia se dirige hacia mí, con suaves toallas colgando en sus brazos. Son cálidas, como su aliento en mi rostro. Las coloca alrededor de mi cuello. Me siento en una de las sillas, y hundo mi cuello en una de las aberturas. Sylvia escoge una cinta, la pone en el radiocaset, y se inclina sobre mí para abrir los grifos. Sus pechos de mango maduro, rozan ligeramente mis mejillas. Yo cierro los ojos y escucho la música. Moja mi cabeza, me pone champú y frota con sus dedos mi cabellera.

Suavemente, despacio, en círculos.
Suavemente, despacio, en círculos.
Me da masajes en la cabeza...
Sus pezones rozándose en mis labios.
Mi corazón al ritmo de la música.
Bomp. Bomp. Mi corazón.

La música.

Mientras me enjuaga, mi cabello suelta pequeños chasquidos ruidosos, cada vez que lo estruja para escurrirlo. Lamo su pezón a traves de su blusa. Mordisqueo un pezón. Su pezón se endurece. Desabrocho su blusa, botón a botón. Llevo sus pechos hasta mi boca y hundo mis dientes en aquella carne firme, en sus pezones.

Más y más fuerte.

Su sabor es singular. Ella aprieta su cuerpo.

Contra el mío, más y más fuerte.

Yo muerdo sus pezones. Ella deja ir un grito. ¿De dolor? ...No estoy segura. Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos. Ya no puedo oír la música. ¿Se ha acabado? El agua aún está siseando y resbalando por mis cabellos. De repente me doy cuenta de su perfume; de madera, de musgo.

Acaba de enjuagar mis cabellos y los recoge. Hunde su rostro en mi cuello, acariciándolo con sus labios. Puedo oír la música otra vez. Su cuerpo está todavía amoldado al mío. La empujo sobre sus rodillas y entre mis piernas. Ella frota mis muslos arrriba y abajo con sus pechos desnudos. Toma entonces mi mano y recorre cada dedo con su lengua cálida y húmeda. Adorable. Quita su pañuelo de seda de su cuello y lo pasea por mi rostro. Es suave y fresco. Acaricia con él sus pechos, lo pasa por entre sus piernas, y me lo tiende.

—Levántate e inclínate sobre ese lavabo.

Ato sus muñecas a los grifos, levanto su falda y bajo sus medias.

—Abre más las piernas.

Su húmedo y dulce calor sube desde entre sus piernas. Mi pulgar acaricia su hueco de crisantemo. Los pétalos se abren mientras ella se relaja y me deja entrar.

Sylvia gime, canta con sus susurros y se balancea al ritmo de la música.

Ella gime y se balancea.

—Fóllame.

Al ritmo de la música.

—Fóllame —dice en voz baja.

—Fóllame.

Azoto sus redondas nalgas, que se agitan suavemente y responden al sonido de cada palmada. Las acaricio con energía. Los flujos de su conejito ruedan por sus fuertes muslos abajo. Por entre sus sedosos vellos púbicos, entreveo sus labios rojo oscuro; carnosos y abultados. Mis dedos se deslizan hasta su clítoris endurecido. Ella se sacude y se aprieta contra mi mano. Sylvia. Sylvia. Introduzco dos dedos por su entrada.

Me meneo dentro de su sexo

Sus gruesas paredes me abrazan.

Salgo otra vez.

Y luego vuelvo a resbalarme adentro.

—Por favor, más fuerte —suplica.

Fóllame

Más fuerte.

Primero dos dedos, luego tres, y después cuatro. Ahora mi mano entera. Los quiero todos. Nos mecemos despacio, al principio. Poco a poco mi mano se mete dentro de ella. Luego cada vez más rápido. Ella agita sus caderas sobre mi mano. Nos balanceamos, corcoveamos, follamos.

—Sí

Follando.

—S...í.

Balanceando.

—S...í.

Corcoveando.

—Fóllame, maldita.

Deja escapar un hondo suspiro y se golpea contra el lavabo. Su cuerpo parece más suave, caliente y vulnerable junto a la dura cerámica blanca. El sudor resbala por su nuca. Todo es extraño y silencioso, y entonces ella empieza a reír. Desato sus muñecas y comienza a reír también. Las froto con suavidad, allí donde el pañuelo ha dejado su marca. Se endereza y nos abrazamos, las caderas siguen la música.

—Voy a ponerte el acondicionador. Luego podrás pasar al secador.

Abro los ojos. A través de una abertura, por entre los botones de su blusa, puedo ver cómo caen pequeñas gotas de sudor por entre sus pechos. Siento en mi coño un tirón. Sé que estoy mojada. Me sonríe y me libra de las toallas, y puedo sentir el calor de su aliento en mi rostro.

VICKI Y DAPHNE

CHERYL CLARKE

Recibir la llave de una amante es un gesto de intimidad;
sin él, una puede imaginar el camino que la relación
va a tomar; con él, la confianza es una tentación.

La sangre del corte de un cuchillo con sierra
manchado por una porción de pastel helado
decorado con una rosa de azúcar
del mismo rojo color que su sangre
hace a Vicki meditar sobre el riesgo que ha corrido
yendo desde la fiesta de la oficina sin avisar
con medio pastel para persuadir a Daphne.

Ni una venda en el botiquín de Daphne
o en su mesilla de noche. (Daphne nunca tenía lo que Vicki
necesitaba cuando lo necesitaba. Pero Vicki era
una ex-marine y lo compensaba con una inexorable
adaptabilidad.) Así que cortó una compresa
a la medida de una gasa (para su sorpresa
Daph tenía compresas) y la aplicó a su
sangrante dedo con el último trozo de esparadrapo
que tenía Daph.

Los pies de Vicki se quejaban en sus zapatos.
Su uniforme le apretaba la cintura y ceñía
sus pechos. El aroma del perfume y del desodorante se mezclaba con el olor que sus axilas expedían.
No quería ponerse demasiado cómoda. Prefería esperar el placer de Daphne. Sus pies
podían hincharse o Daph podía querer que la aliviara.

Vicki se quitó un zapato y desencajó el otro
de su dolido talón. (Llevaba bambas en su
bolso, pero no soportaba usarlas
con medias.)
Todo el día había pensado en Daphne con lujuria.
Había dejado mensajes a cualquiera que fuera a verla o a hablar con ella para que le dijera que la deseaba.

¿Dónde está Daphne? Seguro que llegaría pronto a casa así Vicki podría quitarse la ropa y quejarse
del dolor de su conejo.

Estar en casa de Daphne a las 11 de la noche
sin avisar y Daphne ausente pero a punto de llegar,
excitaba la fantasía de Vicki. El sonido de las llaves de Daphne
girando sonoras
en las dos cerraduras
la casa a oscuras
Daphne yendo hacia donde Vicki está sentada
llevando sus manos hasta sus mejillas
y más allá
Vicki guiando su mano.

Su dedo palpitante la devuelve a la realidad

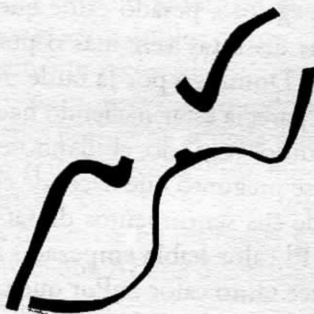
de su situación: totalmente
vestida, caliente, y sin
avisar y ¿cómo iba a ser capaz de sumergirse
en el coño de Daph con aquel medio dedo
abultadamente vendado?
No podía soportar ni que lo rozara el aire.
¿Podría con el salado coño de Daph?
Y su mano derecha no era tan hábil.

¿Llegaría Daphne? Vicki prepara una
apropiada expresión de humildad y
una honesta explicación: «*Nena, voy*
a amarte hasta el día de mi muerte,
pues me gusta la manera en que sientes.»*

No llaves en las cerraduras.
No Daphne.
Sólo el vecino de al lado tambaleándose.
Sin avisar, Vicki siente calambres.
Sus tobillos están hinchados. Su dedo sangra
cada vez que lo dobla. Su coño resbala
en su humedad. Quiere tenderse. Pero
Daph odia las arrugas en las sábanas.

Vicki se sienta aturdida, cojea hasta la cama de Daph
y retira el edredón y la sábana de arriba
cojea entonces hasta la cómoda
y extrae un pequeño objeto consolador.
Después de subirse la falda hasta las ingles,
se tumba boca abajo en la cama de Daph
y lo introduce en su sexo
once veces
llamando puta a Daph con dulzura

y llamándose puta en nombre de Daph
con dureza.
Vicki duerme profundamente, vestida, con medias
y un zapato, se despierta a las seis de la mañana
sin avisar, sin Daphne
devuelve el objeto a su lugar
acomoda las sábanas y el edredón
cubriendo la pasión y las manchas de menstruación
alisa las arrugas
acaricia la tela.



* De una canción de BB. King. (N. de la A.)

VUELTA A EMPEZAR

FIFI

Arlene recorrió con la vista el recién aseado salón. Todos sus papeles, cartas, viejas revistas y facturas pagadas y pendientes, se apilaban con esmero en sus recientemente creados ficheros. Un sentimiento de satisfacción la invadió e hizo que se sintiera feliz y en paz consigo misma. Sólo que hacía calor; un pegajoso, pesado calor que no se iba, sin importar cuántas distintas ventanas o puertas abriera.

Era temprano. Domingo por la tarde. Afuera, no ocurría nada. Nadie parecía estar haciendo nada, sólo las lejanas voces de los niños jugando, chillándose y riéndose entre ellos. Arlene se preguntó qué hacer de ella. La ansiedad ocupó el lugar de sus sentimientos de satisfacción y paz consigo misma. El calor había empezado a apoderarse de ella. ¿Por qué hace tanto calor ? ¿Por qué no corre el aire? En lugar de entregarse a la ansiedad y a la angustia, Arlene decidió premiarse por el duro trabajo del día. Premiarse porque al día siguiente tenía que trabajar. Cogió sus llaves, el carnet de miembro del club de vídeo, y algún dinero que había sobre la repisa de la chimenea.

Compró helado de vainilla, fresa, media botella de coñac, Perrier y un poco de chocolate. Próxima parada, la tienda de vídeos. Arlene estaba intentando evitar pregun-

tarse por qué siempre se ponía tan nerviosa antes de entrar en la tienda de vídeos. Había estado ya un montón de veces, había conseguido que no le cobraran por los vídeos atrasados, y no se trataba exactamente de una tienda de vídeos porno. Pensó en ello un instante: tal vez era porque nunca sabía qué cinta llevarse, siempre tenía que preguntar por lo que había; tal vez era porque le gustaba el aspecto de la mujer que trabajaba allí.

La mujer llevaba siempre el cabello cuidado y bien cortado. Sus rizos naturales y brillantes, sin rastro alguno de moldeador. Parecía seria, pero su rostro siempre lucía una especie de sonrisa. Vestía de manera informal, siempre llevaba tejanos con algo: tejanos con camiseta, tejanos con camisa, tejanos con chandal. Dependía del tiempo que hiciera. Hoy vestía tejanos con camiseta.

Arlene no la consideraba el estereotipo de lesbiana, pero no podía evitar fijarse en el tatuaje que sobresalía de su manga corta, los gruesos anillos de oro en sus dedos, y sus uñas cuidadosamente recortadas.

Arlene miró su camiseta, pero todo lo que vio fueron los grandes, firmes pechos de aquella mujer, con los pezones empujando tras el algodón, sus musculosos brazos y sus anchas espaldas. Sus ojos se deslizaron por cuerpo de la mujer, hasta detenerse en las ingles y el culo, ajustado en un 501, sobre el que Arlene deseaba poner sus manos... basta ya, Arlene.

¿Qué vídeo cogía? Revisó la hilera de arriba, pero no hubo nada que la atrajera. Ya había visto todos los vídeos medio decentes, y además no quería uno de sexo. Quería algún romance de ensueño, alguna de esas películas blandengues de chico encuentra chica, con buena fotografía y planificación, y con un argumento fácil y lineal.

—¿Buscas algo en especial?

—No exactamente. Busco algo sin violencia, sin agresi-

vidad. Una historia de esas fáciles, ¿sabes? ¿Puedes recomendarme algo?

—Ésta acaba de llegar. Es del tipo «Love Story II», pero hay un cambio sorprendente. Pruébala. Y no, ella no tiene leucemia.

Arlene miró escéptica, pero ansiosa, el estuche del vídeo. Parecía exactamente lo que ella necesitaba. Dirigió una mirada a la mujer y se encontró con sus ojos marrones mirándola gravemente. Arlene devolvió la mirada al estuche con nerviosismo, rápidamente.

—Bueno, será mejor que la pruebe —esbozó una sonrisa.

Sus transpiradas manos habían buscado por entre la bolsa de papel del coñac, y hecho malabarismos con sus golosinas para dar con la llave correcta. Hogar.

Ponerse cómoda no le dio demasiado trabajo. Arlene decidió dejar el helado para más tarde. Era coñac lo que quería, con mucho hielo. Se quedó en bragas y camiseta. Aún tenía demasiado calor, pero Arlene se sentía cortada. Además, realmente ¿quién había que se sentara sola en el calor del atardecer con nada de ropa encima? Decencia común, déjate la camiseta y las bragas puestas, Arlene.

Puso el vídeo. Arlene se instaló en los cojines del suelo, consiguiendo estar a gusto a pesar del calor, y dando pequeños sorbos a su coñac. El vídeo comenzó. Justo un poco más allá de donde llegaba su brazo, el mando. Mierda. Arlene se inclinó hacia delante y lo cogió. Pasó rápido los trailers. ¿Por qué en esos vídeos la música siempre sonaba a lo mismo? Siempre a lo mismo.

El coñac roció su sistema; el hielo enfrió su garganta; jugó con el hielo, apretándolo contra sus muslos, sus mejillas, su cuello. Miraba el vídeo, sin prestar realmente atención al argumento; tampoco lo necesitaba. Sólo veía las imágenes en la pantalla, y de manera inconsciente, presta-

ba mayor atención a medida que la escena de seducción se acercaba...

Ellos habían estado tropezando y chocando todo el día en la oficina, cayéndosele a ella un montón de papeles al suelo, evitando los dos mirarse a los ojos pero esforzándose para que el otro se percatara de las miradas. Finalmente tuvieron su encuentro, y fue mientras ella hacía café. Ella estaba de pie, esperando a que el café saliera, y esperando ser besada, deseando ser abrazada por aquel cuerpo fuerte y acogedor a la vez...

Arlene siempre se interesaba por el sexo, por las escenas de sexo. Se sentía relajada, templada. Su mente en blanco: su cuerpo abierto y en paz. Arlene llevó sus manos hasta sus suaves, oscuros muslos, moviéndolas después hasta su vientre. Sin pensarlo, sus manos se situaron entre sus piernas, apretándose a su coño. Levantaron sus bragas, presionaron entre sus piernas y se introdujeron en su coño. Su cabeza se inclinó en el sofá, sus ojos se cerraron, y ella dejó de pensar en lo que hacía.

—Así es como te quiero. Sigue moviéndote. Ponte cómoda. Quiero verte.

Arlene no abrió los ojos para ver de dónde procedía esa voz vagamente familiar. Siguió. Moviéndose contra el cojín, sintiendo sus bragas tirantes, frotándose contra sí misma, prosiguió.

—Quítate las bragas. Desnúdate ante mí. Sólo voy a mirarte. ¡Vamos! ¡Desnúdate ante mí!

Arlene levantó su culo del almohadón y se quito las bragas, deslizándolas por sus suaves, morenas piernas. Sus fuertes piernas se abrieron. Dejaron que el aire se impregnara del olor de su sexo. Bien abiertas, sus piernas se colocaron a los lados del cojín.

—Métete dentro de ti. Quiero verte entrar en ti. Eh,

eh, no sólo un dedo. Penétrate para mí, satisfácete tú misma. Quiero ver tu coño abierto por ti.

Arlene deseaba sentir sus pechos. Sus pezones estaban duros, erectos. Rozándose contra su camiseta. Estremeciéndose contra el tacto del algodón. Mientras se metía los dedos en el coño, notaba cómo su humedad se pegaba a ellos. No más. Sus dedos se calmaron en su interior. Su pulgar presionó su clítoris. Se acarició todo el coño. Sintió su hinchado clítoris oponiendo resistencia a los avances del pulgar. Quiso sentirse con más fuerza y se empujó más adentro de sí misma. Por alguna razón, Arlene abrió los ojos. Miró al vídeo.

Observándola con descaro, inclinándose hacia delante como para obtener una mejor perspectiva, estaba la mujer de la tienda de vídeos, mirándola. Lucía la sonrisa de siempre, pero ahora parecía más profunda, y tenía cierto aspecto lascivo. Se inclinó adelante para decirle:

—No me preguntes nada. Te estoy mirando, no pares. Quiero ver cómo te follas a ti misma. ¡Sigue, por mí!

Arlene sintió un escalofrío recorriéndola de arriba a abajo. No entendía qué estaba sucediendo. Una punzada de curiosidad amenazó con pronunciarse a sí misma, pero la excitación hizo que Arlene se buscara más adentro aún. Se movió para recibir su mano y para dejarse ver aún mejor.

Se folló a sí misma con más fuerza y más adentro. Su nariz se llenó de su olor. Podía notar el aroma de su sexo llenando la habitación, el cálido aire. Redujo el ritmo. Abrió sus ojos para ver un rostro abstraído en la contemplación de su coño, excitado y a la espera de lo que estaba anticipando, esperándolo, observándolo.

Moviéndose dentro de sí, Arlene pudo sentir su orgasmo aproximarse. Siguió llamando a la mujer para que con-

tinuara mirándola, jadeando en la tarde tranquila, suplicando a aquella mujer que la viera llegar.

Notó su coño atrapando sus dedos, apretándolos cada vez más fuerte. La respuesta de Arlene fue empujar más y más.

Cuando bajaba de su orgasmo pudo oír una voz que la animaba, que la acogía:

—Buena chica, bien hecho. Eres una mujer maravillosa. Me ha gustado muchísimo.

Arlene levantó su melena para refrescar su cuello, reposó su cabeza en el sofá y cerró los ojos. Se concentró en su respiración profunda, cogió el coñac, enfrió su rostro y bebió despacio.

Una mirada al vídeo la informó de que su enamorada pareja había llegado tan sólo al segundo beso. Arlene sonrió. Cogió el mando. Vuelta a empezar. Se sentó cómodamente para disfrutar del vídeo.

CUESTIONARIO

TERRI JEWELL

alguien dijo
por qué no soy
        un puro
        chico blanco
tengo un triple dolor
si bien odio
        dejarlo en tres
si bien grito la denuncia
pero me quedo convencida
de que alguien no ha visto
        el poder de mi brazo
          no ha olido
        mi amor cuando llega
          no ha oído
        la canción de una lesbiana negra.

CONFESIÓN

STORME WEBBER

Sí, es verdad yo confieso... una continua fuente de inspiración y todo lo demás. lo que ha sido lo más suave y lo más seguidamente satisfactorio de mi vida. por supuesto también más complicado. mujeres oh la agonía oh el éxtasis. esas cosas que le ocurren a mi cuerpo precisamente cuando una de ellas me mira, me sonríe o me habla de una manera especial... una sacudida violenta de la tierra y de todos los elementos en sus distintas combinaciones fuego/ agua/ aire/ tierra cambiándose y regresando bajo formas con más fuerza, nuevas y distintas. toda esta magia puedo sentir cuando ella me mira de esa manera / cuando de repente podemos estar en un lugar diferente/ juntas/ temblando corazón con corazón /y ella me mira de esa manera/ desde debajo de sus párpados sufre un pequeño ataque/ piensa/ decide vivir para el delicioso futuro... la verdad en el tacto, el gusto, el espacio que esculpimos en una nueva construcción (más sitio para crecer, más sitio para crecer) y quitamos las cortezas a todas las cosas, tiramos las máscaras a un lado/ te quiero a ti y no a tu imagen/ carne sangre sudor/ no las normas no las convenciones sociales/ no una rápida mirada, sino toda una ráfaga de luz para un emocionante y verdadero amor.

POEMA PARA UNA DIVA

STORME WEBBER

fuerte gran mujer
aguda actitud feroz en las calles
distinguida ceja arqueada
tal vez/ todo lo que tiene/ para ti
pero tiene algo más para mostrarme a mí
tras ese disfraz de palabras
nosotras estuvimos unidas
roca y agua y tierra se agitaron
alzaron y cayeron
y esa feroz fuerte mujer
gritó dulces lágrimas sagradas
para las que yo no tenía otra respuesta
que la de abrazarla
más

MISH-MISH RIMON

L.A. LEVY

Somos deseadas en los bares. Nos siento atrapadas en la mirada de alguien a quien puedo o no ver. Algunas veces, se acercan y preguntan:

—¿Qué sois?, ¿españolas, italianas, griegas?

—¿De qué estáis hablando? ¡Parecéis tan animadas!

A veces nos creemos maravillosas, con nuestros rostros que hablan de otros tiempos, de otros lugares. Algo antiguo habitando en nuestros ojos, formando parte de ellos.

Para algunas, somos terriblemente feas. Para la mayoría, somos blancas.

¿Qué es lo que hay en nosotras que las goyim no pueden asumir?

Mi amante y yo somos judías. Ella es una ashkenazi y a veces cuadra a la perfección con la imagen de la típica europea del este. Una Sheyne Meydel que cocina y hace plutzes. Y yo soy una parienta de la cultura de la angustia: soy una mezcla, y mi familia se vanagloria de ser persa.

Así es que somos judías, y nuestra imagen nos preocupa: más auténticas, más sexys. Tenemos entre las goyim una reputación que nos supone de temperamento muy liberal, siempre con nuestra estereotipada ansiedad judía a cuestas.

Como buena muchacha judía, sabemos que ella respeta estrictamente el kosher, educa a sus hijos con rectitud, y se muestra enérgica entre las sábanas los viernes por la noche, pero cuando preguntaba a la mujer del rabino:

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

La única respuesta que tenía para una judía lesbiana era:

—Venid a casa. Hablaré con vosotras y os mostraré el camino para ser una buena mujer judía.

Y no ofrecía nada excitante, sino que el menú era la re-educación.

¿Practicamos sexo judío?

Tenemos nuestros recuerdos y nuestra historia. Mis padres disfrutan de sus relaciones sexuales. Tenían una singular intimidad. Viernes por la noche, y mi madre se ponía elegante: sus perfumes, sus joyas... Era la tradición.

Y recuerdo a mi madre, sola en los sesenta, saliendo los fines de semana. Con su blusa roja. Recuerdo sus senos, su perfume. Sus pantalones blancos, sus tacones. Sus novios eran camioneros, taxistas. Unos chulos, hombres engreídos, con acentos del este y del oeste. Ella siempre me contaba acerca de ellos y de lo que ocurría después de los cafés.

Mi madre intentó ser un compendio del Buen Gusto Inglés. Y tenías que cuadrar con él.

Cuando se hizo mayor, tuvimos nuestra escena de judíos divorciados o separados. Un encuentro semanal en un discreto lugar. Los hombres eran encantadores, un poco desaliñados. Si una mujer pudiera superar su mal gusto, podría encontrar un hombre culto y educado, o quizás alguien a quien mimar. Las mujeres parecían todas educadas, inteligentes, muy atractivas, pero todas sabían cómo fastidiar; mujeres.

Teníamos nuestras fantasías.

Yo quería seducir al hijo del rabino durante uno de nues-

tros paseos del domingo por el parque. Era de esos chicos de sensuales labios y largos y delgados dedos.

Sería tu flamante novio judío, te llevaría en el coche, te hablaría con dulzura.

Me sentaría frente a ti en la sinagoga, y te seduciría con mis miradas.

Podríamos mirarnos fijamente mientras volviéramos las páginas de nuestros siddurs.

Podríamos ser amantes bíblicas. Podría tenderme entre tus senos todo el día. Tú me alimentarías con fruta, uvas y vino. Yo lo tomaría todo de tus manos. Pero estamos dispersándonos, nena, y tenemos que vivir en el mundo.

Vivir en el mundo es bastante duro, pero bubeleh, ¡vivir en el mundo como una judía! ¿Cómo vivir una vida según el talmud, según la cábala, en un caos que se extiende? Tenemos una regla para todo, y tenemos nuestros deberes, e incluso una mujer tiene sus derechos. Los derechos de mi madre sobre mi padre como amante, de ser amada dulcemente. Se supone que follar es un placer, y el placer debe ser compartido. ¿Y si él no es bueno? Puede conducirlo hasta el rabino para montar una escena emotiva, puede formular sus acusaciones.

Ritos que nos marcan. ¡La circuncisión! Un hecho normal en una gran familia. Siempre un montón de magníficas fiestas y no ser nunca capaz de ver nada desde detrás del montón de gente. Explicar a mis compañeros de escuela por qué me tomaba el día libre no era ninguna broma.

Cuando me vino la primera regla sabíamos que debíamos seguir la tradición.

—Ven y abofetea mi mejilla —grité desde el lavabo.

Mi madre me abofeteó la mejilla suavemente y reímos y abrimos una botella de vino. Ya era una mujer. ¿Aque-

llo era para mi futura vergüenza? ¿Había llegado al conocimiento? Algunas de esas costumbres me dejan perpleja.

Sexo, y vida, kashrut y shul. Nosotros no creemos en bueno o malo, cuerpo o alma. Nos expresamos con todo nuestro cuerpo, y somos magníficas cuando hablamos. Sabemos que el sexo y la vida, la kashurt y la shul no están separados. Amor y razón, no hay fronteras. El sexo pertenece también a nuestras mentes. Por eso hay tantos intelectuales judíos sexys. Tenemos una tradición oral (¿practicamos mucho el sexo oral?).

Escribimos poesía, respetamos nuestro pasado. Leemos el «Cantar de los Cantares» y sabemos que trata de un persa y de un frío intelectual etíope. Queremos ser sexys. Nos gusta vestir bien. Aquellas mujeres de mi familia —nunca habéis visto a grandes mujeres inglesas enfundadas en apretados vestidos y divirtiéndose en las bodas. Mujeres con el vientre lleno y piernas peludas, maravillosos labios con oscuros bigotes. Nosotras sabemos cómo celebrar algo.

Tenemos nuestro pasado y lo recordamos sin olvidar nada, pero tenemos problemas al enfrentarnos con el presente, ¿y el futuro?

Desde el pasado hacia el futuro sí conocemos las raíces de nuestro sexo.

Somos amantes, somos judías, mujeres las dos. ¿Practicamos sexo judío?

Podríamos ser dos judías anarcas. Intelectuales pero apasionadas, inteligentes pero algo temerarias. Marxistas totalmente frías y cerebrales. Somos radicales en la idea de tener relaciones sexuales inmediatamente después de los encuentros. Miro tus dedos devolviendo las hojas, veo cómo subes tus gafas en tu enorme nariz judía. Lo leemos todo y aspiramos nuestro conocimiento en habitaciones llenas de humo. Nuestros ojos se encuentran mientras discuten sobre un punto di-

fícil y la lucha nos excita. Más tarde nos desearemos, nos abrazaremos y nos follaremos. Nos arrastraremos a las esquinas de la ciudad, nos estrecharemos los cuerpos en sus portales. Sabemos que no tenemos tiempo que perder. Lucharemos y, como partisanos, libraremos muchas batallas.

Una tradicional pareja de barrio. Tú vienes de trabajar y la comida está preparada. Nos espera la noche del viernes, nunca tan mística como la muestran las películas, en la semioscuridad y bajo el ronroneo del rezo. Mamá con su gorrito de encaje y papá, calmado y sobrio, leyendo para sí mismo el libro de oraciones.

Me observas a la luz de las velas y tus ojos se llenan de lágrimas al recordar a tu propia madre. ¡Una santa! Mi cuerpo contorneado y dulce espera, y tú te sientas en la silla con la postura de un judío, un hombre que todo lo vende. Qué ritmo podía crearse entre nosotras si hemos llevado una modélica vida según el talmud. Una norma para todo... gran parte de nuestra comunicación ha quedado en silencio, tenemos miles de caras, miles de gestos. Me pasas la sal y yo me muero de deseo. Así es que hacemos el amor. Porque estamos en la intimidad, porque estamos excitadas y porque es una tradición.

O podríamos ser poetas hebreas bíblicas y amantes. Yo te nombraría la reina Esther. Te llevaría ante el espejo y te vestiría con sedas, de púrpura y oro. Trenzaría tu cabello, lo untaría y lo peinaría con perfume. Pondría especies en tus muñecas. Pintaría una línea en tus ojos, te alzaría la melena y besaría tu cuello. Deslizaría mis manos hasta tu cintura, levantaría la seda sobre tus muslos, acariciaría el vello de tus piernas. Besaría tu oreja. Llegaría hasta tus dulces, largos vellos rizados y húmedos, apresaría el borde de tus labios, deslizaría mis dedos en tu coño, te follaría. Presionaría tus labios con granada, te absorbería con mi mano, tocaría tus

senos como frutas, tus pezones como rubíes, dulces y endurecidos. Me colaría por debajo de tus sedas, con mi lengua, te probaría, miles de jugos deliciosos en mi lengua, especies y vino, y te follaría, mi amor, mi gacela.

Podríamos ser amantes de Woody Allen, tener una escena de total desesperación y dificultades: tú una intelectual de Nueva York, yo una inepta y esperanzada música en plena crisis de auto-confianza. Te invito a mi apartamento y en el intento de mostrar mis considerables habilidades judías para el quehacer casero, consigo estropear la comida, casi electrocutarme con la nevera y hacer saltar los fusibles al tropezar con el cable de la lámpara que atraviesa la puerta por la que entro con el café, junto con el que caigo a tus pies, y allí quedo, caída y disculpándome hasta que nuestras miradas se encuentran. Nos inclinamos una hacia otra, y nuestros labios encuentran el camino. Así es que caemos apasionadamente en el suelo y disfrutamos del sexo más salvaje, sacudiéndonos cadera con cadera, rodando y excitándonos sobre nuestros muslos mientras a la vez intentamos desnudarnos y follarnos. A esas alturas ya se han caído casi todas las cosas de la mesa y de los estantes y nuestra frustración crece por culpa de la ropa, así es que vamos hasta la habitación de la mano, sin aliento y con los rostros enrojecidos, y nos sentimos invadidas, súbitamente, por el más increible ataque de timidez: somos terriblemente sensibles. Hacemos el amor, y por la mañana nos sentimos, por supuesto, incómodas, pero sabemos que estamos compartiendo algo.

¿Podemos hacernos objeto la una de la otra? Nos han acusado de mostrarnos exóticas.

Mi amante y yo somos judías, así es que no creemos en esa separación entre cuerpo y mente. Tenemos en cuenta el pasado y sabemos la importancia de la memoria.

Podríamos inventar cualquier cosa.

ENCUENTRO NOCTURNO

TERRI JEWELL

Ella fumaba un cigarrillo
mientras yo charlaba desde un profundo
letargo,
nuestros encorvados hombros
rozándose como los de unas buenas
amigas,
nosotras éramos...
de catorce una vez más
y atrapadas en las húmedas
curvas
de la memoria de la otra—
persiguiendo el verano con los muslos desnudos
abrazándonos bajo las escaleras de las casas
agitando los árboles nevados
pateando botellas a medianoche
y siendo oh tan audaces
con nuestras penetrantes miradas,
todo volvió...
nos agitamos con energía formando olas
rodando de la cabeza a los pies
los dientes y los senos
fue una época, dijo ella.
fue una época, repetí yo.

UNA PERFECTA DESCONOCIDA

FIONA COOPER

Jay aterrizó en medio de la celebración con champaña del cumpleaños de una lesbiana, y dejó que el río de la insinuación aliviara su alma. Luego, todas las mujeres con aguante y marchosas salieron a la calle, dejándola con Tim y Wainright, y con una perfecta desconocida llamada Sally, quien lucía de maravilla mientras entretejía historias tan escandalosas como entretenidas; Madeline Kahn y Lily Tomlin en cada gesto. Y, cuando escuchaba, se parecía a sí misma: una preciosa, dulce sí misma.

Intercambiaban historias de películas. Jay ofreció fuego a Sally.

—Puesto que estoy coqueteando contigo... —dijo con naturalidad.

Sally sonrió, como diciendo *por supuesto que estás coqueteando conmigo.* Sin sorpresa, pero de todas formas halagada.

—¿Y tú? —preguntó él—. Pareces una agotada veterana de guerra. Deberías sonreír más. Sally es estupenda. Y te la estás ligando.

Se trasformó, recobró fuerzas y se mostró exultante ante Sally. Empezó a sentirse bien. ¡Santo cielo! Se sentía estupendamente. Convencieron a Sally para que se quedara a

beber un poco de jerez, preparándola para una visita a Nueva Inglaterra con los amigos. Finalmente, Sally se marchó.

—¡Al diablo con ello! —dijo Jay—. Voy a telefonearla. Quiero verla. Tim, dices que vive cerca de tu casa, ¿no? Te llevaré hasta allí.

—De acuerdo, tengo que encontrar a Wainright, que se ha desvanecido. Hemos quedado en ir a recoger una paloma muerta de la puerta de la casa de Sally...

¿Una paloma muerta? Jay rió con sofoco, imaginando el terror de película de serie B cuando Sally la encontrara.

Wainright resurgió, pálido y colgado del hombro de Tim, recitando toda la retahíla de películas que la gente suele soltar cuando está muy, muy borracha. Ni Jay ni Tim protestaron. Wainright siguió diciendo:

—Déjanos aquí, Jay, todo está bien...

—Os voy a llevar hasta la mismísima puerta —dijo Jay—. Seguro que tienes la dirección de Sally, ¿eh, Tim?

Tim sonrió con malicia.

Los chicos retiraron la paloma y dieron las buenas noches, Sally le dijo a Jay:

—Pasa.

Se sentaron y conversaron durante un rato. Ambas tenían preocupaciones, ambas algo castigadas, ambas necesitadas de un poco de amor. Sally se mostraba más tranquila, a solas con Jay; mantenía permanentemente su sonrisa y se dejaba arrastrar fácilmente por la risa. Jay se relajó y recuperó su antiguo sentido del humor —olvidado durante los años pasados junto a Elizabeth, y luego con la tensión y el temor ante Lucy.

Jay dijo entonces:

—Quiero dormir contigo.

Sally sonrió y meneó la cabeza, como queriendo decir *por supuesto que quieres*, y comentó:

—Bueno, vamos a la cama.

(¿Es alguna vez la vida tan refrescantemente simple? Sí.)

—¿En serio? —dijo Jay.

—En serio —dijo Sally, barriendo la ceniza de su cigarrillo y sonriendo.

¡Cielo Santo!, pensó Jay, está de veras satisfecha.

Y se besaron, sólo para comprobar que aquélla era la mejor idea que habían tenido en toda la velada. Sally tenía una boca adorable. Jay había estado observando su charla, sus bromas, su manera de fumar y de beber toda la noche. Adorables labios, adorable sonrisa, adorables ojos como el mar en su suave acariciar la dorada orilla. Su piel era dorada.

Y seguramente lo es aún, pensó Jay, allá lejos en el campo, gozando de los recuerdos. Adorable Sally, golpes de estilo y una sonrisa de un millón de dólares.

Te escribo una carta, Sally, y esto es lo que dice.

Oh Dios, pensó Jay, cerrando los ojos para el viaje por el placer absoluto.

Tu lengua estaba húmeda, cálida sobre mis labios, mi boca, nuestros labios apretados, unidos apresándose, nuestras bocas hambrientas, famélicas, ávidas, ansiosas. Recorriste mi lengua, mi boca recorrió tu cuello suave, mi lengua buscándote detrás de la oreja, tu lóbulo entre mis labios. Fuertes lenguas agitándose. Las manos se ciñeron...

—Bueno, vamos a la cama —dijiste tú.

Hice pis, hiciste pis. Te lavastes los dientes, yo te oía, y los saboreé un momento después. Estaba emocionada. Serviste lo que quedaba de coñac en dos vasos y liaste un cigarrillo.

—¡Hostia! —dijiste, como queriendo significar no me lo puedo creer, nena.

No era tu estilo el ligue de una noche. Ni el mío.

Me abrazaste fuerte, más fuerte, y yo hice lo mismo. Tenemos más o menos las mismas medidas, Sally, una maravilla para estar abrazadas. Desabroché tu vestido —con mis manos desnudas. Oh, cómo adoro aquel momento: la desaparición de nuestra ropa y el contacto de nuestros pechos, nuestros ombligos, tus muslos, presionando los míos que presionan los tuyos. Sentí el calor, y el hueso, y el suave césped del dorado vello, sentí el ardiente contacto de ti... de pronto, conocí a mi gemela desde dentro.

Sí, pensó Jay, gemelas. Ellas, las gemelas: he pasado por una docena hoy, Mogadon-on-the-Ooze es gemela de Neiges d'Antan...y yo soy la remotavilla de Thrilling Springs, allá en lo alto de una colina sembrada de abetos, y tú, oh Sally, tú eres La Bella Inconnue.

Así es que allí estábamos, balanceándonos, mis dedos despeinando el suave y caliente pompón sobre mi muslo, el borde de la cama luchando con mis rodillas para acabar tirándome; tu mano bajando por mi cuerpo, inspeccionando, ¿recuerdas? Tentación. Te columpiaste sobre la cama y nos arrodillamos como dos luchadores de sumo desposeídos de sus cerebros, balanceándose hipnotizados, ¿y luego?

Jay sonrió y se sirvió más vino. El calor del sol estaba despidiendo a la llovizna y pronto su mente se refrescaría con un soplo de brisa. ¿Y luego?

Tus muslos entre los míos entre los tuyos, supe del suave y excitante movimiento de tus hombros; tus brazos a mi alrededor y los míos igual, nos miramos y reímos. Despacio, suave y realmente Fáaaaciiiiiil, Sally. Todo un placer.

Tú sabías, yo sabía que tú sabías y así sucesivamente. Sally, tienes unas preciosas pestañas, y unas manos increíbles. Acariciaste mi cuello, me rodeaste con tus sedosas piernas...

¡Desearía que estuvieras aquí ahora mismo! —dijo Jay en voz alta— ¡Más vino!

El volcán de mi ombligo comenzó su flujo de lava de deseo puro, fluyó desde lo más intrincado de la montaña de Thrilling Springs. ¡Oh, sí! Mi mano subió a un trineo para deslizarse por tus muslos y uno por uno mis dedos avanzaron danzando por la húmeda marisma en la que crecen flores mágicas y exóticas, y tu dulce rostro tembló como un reflejo y tu jadeaste, yo jadeé, mientras tu cuerpo se entregaba a la explosión.

Oh, Sally, mi mano estaba demasiado lejos, y zigzagueando deslicé mi rostro hacia el sedoso sembrado entre tus muslos, mientras estabas allí tendida, territorio virgen para mí, virgen como para las nuevas amantes.

Mi lengua y mis labios acudieron allí en busca de la dulce ternura de los pliegues de tu piel...

¡Demonios!, pensó Jay. Vulva. Suena a aspirador. Palabras, malditas palabras.

Tus muslos son lluvia cálida en mis oídos. Me convierto en un ser acuático, mis huesos se hacen líquido. Mis labios y mi lengua se mueven alrededor de la caliente suavidad de la carne que me absorbe, escarpada extensión hacia la oculta yema del éxtasis que va a despertar.

Clítoris: suena a exquisita revista literaria.

Mis dedos entran en ti tan fácilmente, tu cuerpo se dilata y oigo tus gemidos, ¿O soy yo? Y otro dedo, tú gimes más y te aferras a mi cabello, y otro dedo, tú me ciñes fuerte, estirándote y sinuosa. Sally, eres una maravilla. Quiero mi mano entera dentro de ti, recorriéndote por dentro, absorbida por ti, y bailar flamenco ahí, en ti.

Vagina: para llegar a la locura. Estoy enloqueciendo, pensó Jay, abriendo los ojos y dando un sorbo de vino blanco.

Dentro de ti, los músculos se comban como el acero y se aprietan a mis nudillos mientras los ciegos dedos se internan más adentro hacia la próxima puerta de la tierra dorada.

Lo llaman cerviz. Suena a la lavadora. De ésas que salen en los anuncios posadas en la mano de un archimusculoso genio de los deseos.

Es la más íntima de las bocas, una anémona de mar desprevenida, cazada mientras se estremece lanzando sus tentáculos para atrapar mis dedos. Sally, eres una maravilla. Das hondos suspiros que hacen temblar todo cuerpo, mi cuerpo. Las plantas de tus pies en mi espalda, acariciando los flexibles huesos de mi columna como una suave ola.

Quiero darte placer. Cuestión número dos: quiero volverte loca. La cuestión número uno era: quiero dormir contigo. Quería desnudarte y hacer el amor contigo. ¿Hacer el amor? Una expresión demasiado estirada para describir este deseo.

Mi lengua se une a ti, mi boca se llena de tu vello, mi mano lo aparta suavemente, y mi lengua te busca con piruetas. Coges mi mano, tu otro brazo por encima de tu cabeza. Mi mano está atrapada dentro de ti, igual que la marea se lleva la arena de tus pies cuando se vuelve al mar. Mi mano se ha convertido en tu cuerpo, y mi rostro se funde con tu sexo. Beberte, absorberte, degustarte, estremecerte con tu cuerpo y con tu sangre.

Tu cuerpo se tensa, luego tiembla como un terremoto, gimes como si estuvieras dando a luz .Quiero que llegues, tú quieres llegar, y esto no es fácil para nosotras que apenas nos conocemos. Pero Sally, tú vas a llegar si yo me quedo aquí toda la noche, porque estoy enraizada entre tus muslos, creciendo dentro de tu coño, soy parte de ti y gimo cuando gimes tú, aspirando este flujo de placer como si fuera el aire...

Haces un sonido parecido al que hace una botella al ser descorchada. Desde el final de mi columna sube una caliente sacudida de regocijo y mi boca traga la ardiente y palpitante yema de tu cuerpo. Bien. Voy a engullirte, a atraparte con mis labios y a introducir mi lengua en el pequeño, es-

quivo centro, mi mano dibujando ruedas dentro de ti, y luego tú llegas. Los espasmos me arrancan, tu maravilloso vientre se agita como el corazón de un volcán, y yo trepo hasta encima de tu cuerpo, con los pies.

Tú te haces un ovillo muy cerca de mí, podrías gritar, grita si lo deseas, Sally, tu cabeza reposa en mi hombro, yo te beso con la ternura que me invade. Eres tan adorable. Acércate ahora. Te quiero cerca.

Y luego te ríes con esa magnífica boca. Me miras a los ojos y dices:

—Esto ha sido un buen polvo. Y una estupenda mamada.

Lo ha sido, sí.

Reposas de nuevo tu cabeza en mi hombro y ríes con placer.

—Y ahora vamos a beber algo. A compartir este horrible cigarrillo que he liado. Haré una taza de té y luego, cariño mío —dijiste, mirando perversamente— nos ocuparemos de tu coño.

¡Cielo Santo! pensó Jay, temblando con deleite. Polvo. Mamada. Coño. Me gusta cómo tu boca dice esas palabras.

Enciendo un cigarrillo. Voy a hacer pis.

Tú estás desnuda en la cocina, a oscuras. Te abrazo, deslizo mis manos hacia tus fantásticas tetas, tu magnífico culo, luego bajo hasta tu vello empapado, estás tan húmeda y abierta. Mi mano se mete dentro de ti como un pez en el agua, tú te dejas caer apoyándote en mí, y apenas si puedo tenerme en pie.

Más tarde, en tu cama, dices despacio y feliz:

—Adoro que me follen.

Estamos tendidas de forma que puedo dar besos distraídos a tu asombroso cuerpo, y cada vez que lo hago, dejas de hablar y das un hondo suspiro. Adoro tu cuerpo. Me desplazo hasta tu pecho, cojo con mi boca tu pezón y empiezo a mamar. A mamarte y a follarte.

—¡Más fuerte! —dices, y yo abarco tu pecho; parece una granada; qué fácil resulta entrar dentro de ti.

Amo tu cuerpo moviéndose y girando junto al mío, tus increíbles manos abriendo mi coño para estrellar allí tu boca, tu lengua haciendo que me derrita. Cariño, cariño. Engullo tus dedos y siento escalofríos subiendo por mi espalda. Es difícil llegar con una extraña, temerosa de tardar mucho; pero tú insistes, follándome con destreza. Y llego, pierdo la conciencia durante uno, dos segundos, quién sabe. Estás tan tensa que no te das cuenta, te incorporas y dices:

—¿Qué quieres? Dímelo. —con tanta ternura.

—Ven aquí y abrázame —te digo, tú me abrazas, yo te abrazo también con todas mis fuerzas. Acaricias mi cabello y dices:

—Cuando has dicho «ven aquí y abrázame», ¿estabas tan sólo siendo educada?

Era un buen chiste. ¿Como podía ser convencional contigo? ¡Imposible!

No —dije yo—, no.

Y, pensó Jay, tirando de sus botas, horas y quilómetros lejos de la ciudad, ya que tenía que irme y no quería, sé que tal vez lo haremos una y otra y otra vez más... y que nos tomaremos más tiempo. Me diste un beso de despedida, Sally, envuelta en tu bata de seda, tan dulce, no quiero ir a ninguna parte. Quiero despedirme a tu lado y hacerlo una y otra y otra vez más.

Lo haremos si lo deseamos.

No es asunto de nadie si lo hacemos.

Jay soñó con llenar su boca de coñac y de champaña y de dejarlo caer gota a gota en el calor de la boca de Sally.

No iba a dejar de llover. Abandonó la caravana y se aventuró satisfecha contra el fuerte viento del lugar. Desde una alta colina se volvió con lágrimas en los ojos, mirando el agreste paisaje y amando todo cuanto veía.

LA LLAMA

AMANDA HAYMAN

Cordelia se observó en el espejo intentando determinar si la suave túnica verde que llevaba era lo más adecuado para el evento de aquella noche. Severos ojos marrones mirándose a la luz de una vela no eran la mejor manera de examinarse. Cordelia estaba decidida a definirse sobre su atuendo para la Gran Noche con tiempo. Se balanceó de un lado a otro lentamente, preguntándose si un discreto tocado de flores en su cabello quedaría bien...

Deena se pasó el antebrazo por la cara, con la doble intención de enjugarse el sudor y de retirarse el pelo de la cara. Hacía demasiado calor para planchar, pero Rachel apenas si tendría tiempo para cambiarse cuando llegara del trabajo. Deena había vuelto hacía dos horas, durante las cuales había sido capaz de dar de comer, bañar y (eso esperaba) apaciguar lo suficiente a tres niños como para que la canguro pudiera hacerse con ellos. Y entonces se había dedicado a arreglar la ropa de Rachel. Probablemente para sí misma no se habría tomado esa molestia. Pero ésa era una noche especial. Valía la pena hacer un esfuerzo.

Al pensar en lo que se avecinaba, Deena sintió que el clítoris le daba un tirón. Dios, será mejor portarse bien.

Dios sabe (mentalmente invocaba a Diosa) perfectamente lo difícil que había resultado para Rachel y para ella esperar todo aquel tiempo...

Sally dejó la copa vacía de champaña en el borde de la bañera y se incorporó. Mmmm, necesitaba una ducha. La única desventaja del baño de espuma es que la dejaba cubierta de burbujas. Dejó correr el agua, primero fría, luego caliente, después otra vez fría. Sus pezones respondieron a los cambios de temperaturas; su coño también. Sally cerró el grifo y repasó su cuerpo. Abstraída, llevó las uñas de la mano derecha hacia su pezón izquierdo, y las retiró enseguida, a la vez que la excitación la invadía. No le iba a costar mucho llegar al punto del que no poder regresar, y debía ser fuerte sólo un poco más de tiempo...

Amy estaba mirando la televisión mientras secaba su larga melena gris. Sobre la mesa, ante la silla, había un tazón de sopa y una tostada mordisqueada. No se podía perder *Coronation Street,* ni siquiera por la mismísima Diosa. Una noche cálida era algo estupendo. Su camiseta negra y los pantalones cortos blancos que llevaba quedarían muy bien. Empezaron los anuncios y Amy alcanzó la tostada de manera distraída.

—Mamá, ¡menuda cabeza tienes! —soltó la tele.

Amy paró a medio masticar, mientras la escena cambiaba y aparecían cuatro mujeres, con los brazos cruzados sobre sus pechos desnudos y tejanos caídos a la altura de las caderas. Se quedó con la vista clavada en la suavidad de sus pieles y la sinuosidad de sus curvas, y, para su sorpresa, sintió una inconfundible humedad corriéndose entre las piernas.

—¿Por un anuncio de tejanos heterocéntrico? —pensó— ¡Guau!, voy bien preparada para esta noche...

Jan permanecía de pie, desafiante, en el centro de la habitación, con los brazos cruzados y los ojos echando chispas.

—¿Pero qué coño te pasa? —gritó—. Sabes que no he tenido relaciones sexuales con nadie desde el Equinoccio. No tiene nada que ver contigo.

Melanie frunció el ceño y se volvió a mirar por la ventana. Jan dio unas zancadas hasta ella y la cogió por los hombros, forzándola a dirigirle la mirada. Se miraron con furia durante unos instantes, y luego Jan le soltó los brazos y dando un suspiro, dijo:

—Mel, sabes que te quiero, ¿no es verdad?

—Entonces, ¿por qué vas a entregarte a otras esta noche, y no a mí?

—Sólo un día más, Mel. Mañana haré todo cuanto quieras.

Melanie levantó la vista y sonrió con aparente inocencia.

—Eres sólo tú quien debe esperar, ¿verdad?

Jan sacudió la cabeza, preguntándose qué era lo siguiente. Muy despacio, Melanie se bajó los tejanos hasta por debajo de las caderas, luego se los quitó, luciendo sus musculosas piernas y nalgas, y el triángulo cubierto por un vello marrón claro que Jan conocía muy bien. Jan se mordió los labios y sintió cómo su boca se llenaba de saliva mientras Melanie se tendía en la cama y abría sus piernas, dejando a la vista sus maravillas...

Rachel metió su bata sucia en el bolso y se lo colgó del hombro. Pedaleó con cansancio su bicicleta hasta salir del parking y pensó en los veinte minutos de trayecto hasta casa. Estaba realmente demasiado cansada para ha-

cer nada que no fuera tirarse en el sofá con un generoso porro, y vegetar. Ese cambio del martes por la noche había sido criminal —mala suerte, que la ceremonia tuviera lugar aquella noche. Pero los solsticios no respetan los horarios de los mortales, y a pesar de sí misma, Rachel sintió un escalofrío de anticipación, proveniente, descubrió atónita, de entre sus piernas. Bueno, tal vez todavía quedara algo de energía en ese cuerpo agotado...

Las seis mujeres estaban en círculo, en el ya traído y llevado salón de Amy, transformado ahora por las treinta velas plateadas que lo iluminaban, y el embriagador aroma del incienso. Se miraron con seriedad, con sonrisas forzadas. A pesar de que se habían conocido bien unas a otras durante las treinta semanas en que se habían encontrado, ese encuentro era Aquél. ¿Podrían? ¿Iba a ocurrir algo?

Amy tomó las manos de Sally y de Jan, y les dio un apretón de complicidad. Sin una palabra, las demás se unieron, relajándose gracias a la familiaridad. Amy sonrió a Deena mirando sus ojos negros:

—¿Querrás empezar tú, Deena? —dijo con suavidad.

Sally y Cordelia soltaron a Deena, que se retiró del círculo y se movió a su alrededor de manera gatuna, mientras recitaba sus ofrendas a los espíritus del Este, del Sur, del Oeste y del Norte, llamándolos para que las protegieran.

Cuando hubo regresado, y su presencia cerraba el círculo, todas sintieron un halo de energía cruzando su cuerpo, y creando expectación. Hubo un momento de silencio, y luego Jean alzó su cabeza y miró al círculo, deteniéndose en cada una de aquellas mujeres, hasta que consiguió centrar sobre ella su atención. Respiró profundamente, y una por una sincronizaron sus ritmos. Cordelia notaba cómo una gran sensación de paz y de naturali-

dad la invadía, como si aquellos otros cinco seres formaran parte de ella misma.

Jan volvió sus pensamientos a aquella tarde, recordando cuán cerca había estado de excluirse a sí misma de aquel rito. Dando placer a Melanie, viendo cómo crecía su excitación y cómo llegaba su orgasmo, cómo su flujo fluía fácil de su coño. Había sido duro para Jan contener su propio deseo. Tragó saliva y se lamió los labios, secos por la tensión, mientras algunas de aquellas sensaciones volvían a su pensamiento.

—¿Podemos conocer la trayectoria de cada una de las que estamos aquí esta noche? —pidió, observando una por una a todas ellas y preguntándose si les habría resultado fácil. Se dejó oír un murmullo de asentimiento y Sally tomó la palabra.

—Creo que me siento algo sorprendida de estar aquí esta noche —comenzó con una ligera risilla—. Cuando tomamos aquella determinación durante el Equinoccio de primavera apenas si me creía lo suficientemente fuerte como para aguantar sin sexo, especialmente sin masturbarme—. —Levantó la vista maliciosa, pero al no ver miradas de desprecio, prosiguió—. ¿Sabéis? Lo cierto es que, al menos hasta hace treinta semanas, yo misma era mi amante preferida.

Mientras decía esto, Sally dejó que sus manos repasaran sus enormes pechos, y luego bajaran a acariciar su vientre y sus muslos.

—Algunas veces me parecía que no podía aguantarme las ganas de hundir mis dedos en mi humedad, pero sabía que si empezaba no pararía, y quiero saber qué puede salir de esto.

Acabó secamente, cuando su coño le recordó, y no de una forma abstracta, cuánto tiempo llevaba sin.

Cordelia fue la siguiente en hablar.

—Bueno, nunca he pensado en mí misma como un ser sexual —dijo soñadora, fijando la vista en una de las velas que formaban el perímetro del círculo—, pero de alguna manera, sabiendo que había tomado la decisión de no hacerlo, la verdad es que veía sexo por todas partes. Incluso en mis sueños. Pensaba, «imagínate que llego mientras duermo, ¿eso contaría?», pero no sucedió nunca, me excitaba muchísimo, pero justo entonces me despertaba, cuando estaba a punto de llegar. Y mi corazón latía deprisa, y yo seguía allí tendida boca arriba, tensa, esperando a calmarme para poder seguir durmiendo. Creo que va haber más sexo en mi vida después de esta experiencia.

Sonrió otra vez, sacudió levemente la cabeza, perdida ya en sus recuerdos privados.

—Sí, ha sido terriblemente difícil para mí —dijo Jan, su voz marcada por una cierta amargura—. Mel decidió que porque yo no pudiera llegar, ella no tenía por qué sufrir lo mismo. ¿Y cómo podía negarme? Justo antes de venir aquí esta noche, he tenido la cabeza entre sus piernas. Y cada vez que la lamía, mi coño aullaba. Sólo una caricia y me habría corrido, pero, igual que Sally, siento curiosidad.

Acomodó su cabello rubio detrás de las orejas y Deene pudo ver cómo caían gotas de sudor por su frente, a la luz de las velas.

Rachel y Deena se miraron. Resultaba difícil no hablar como pareja, especialmente en una situación como ésta, y más si una quería decir algo que no hubiera confesado a su pareja, en fin...

—Bueno, mis fantasías han crecido considerablemente —admitió Rachel, y continúo sin pausa—. No hemos tenido relaciones sexuales con demasiada frecuencia, en estos últimos siete años, así es que no creí que fuera a ser tan difícil, pero estaba equivocada. Cada vez que he teni-

do un momento libre, me he encontrado imaginando situaciones excitantes. Mujer que conocía, mujer de la que me hablaban, mujer que no conocía, todas. Desde Martina hasta la hermana de Deena—. Un murmullo inundó el salón, pero Rachel no se detuvo.

—Y siempre lo mismo. Ella me tumbaría sobre un exótico campo de césped, crecido especialmente para excitar a las mujeres, y empezaría a acariciar mis pezones. Mi parte más sensible, por cierto —dijo Rachel, con una media sonrisa dirigida a Deena—. Ella temblaría, estiraría y arañaría, y yo me retorcería y conduciría su mano hasta mi coño, pero ella no me tocaría, ni me dejaría tocarla. Yo estaría realmente fuera de mí y todas esas sensaciones viajarían arriba y abajo desde mis pezones a mi coño, una y otra vez. Y ella se detendría, y yo haría lo mismo, y seguiríamos así hasta que no pudiéramos más.

—Ya estoy a punto —la voz de Amy, punzante por el deseo, llegó hasta Rachel, quien sentía endurecidos sus propios pezones.

—Yo también —añadió Deena. Durante los últimos minutos había estado dándose masajes en la zona baja del vientre, justo encima del grueso, negro vello del pubis.

Sally alcanzó a Amy por su izquierda y a Deena por su derecha y comenzó a acariciarles el cuello. Amy gimió y tendió su mano a Jan quien, habiendo sentido cómo temblaban sus piernas, se había sentado sobre un esponjoso cojín. Recordando las palabras de hacía no más de diez minutos, y el disgusto en el tono, Sally tocó ligeramente a Jan entre las piernas. El intenso calor que de allí surgía no fue una sorpresa para ella, y hundió su mano aún un poco más. Jan dejó escapar un gemido y puso su mano encima de la Sally, intentando ejercer una mayor presión sobre su coño ardiente.

Mientras tanto, Deena exploraba la magnífica abundancia de Sally, abarcando sus pechos con sus manos abiertas y escondiendo entre ellos su cabeza. Sus dedos excitaban la zona alrededor de los pezones. Oía cómo la respiración de Sally se hacía más rápida y se dio cuenta de que no era la única que prestaba su atención a aquel tesoro, pues Amy estaba acariciando la espalda y las nalgas de Sally. Sin dejar de acariciar sus anchos y rosados pezones, que ya se habían vuelto duros como gemas, Deena se colocó detrás de Sally. Esto dio a Amy la oportunidad que estaba esperando, y pudo reposar su cabeza sobre los muslos de Sally y separar con suavidad el disperso vello marrón. Sally aspiró con fuerza cuando Amy paseó con su lengua entre sus labios, que sostenía abiertos para dejar su abultado clítoris al descubierto. La mano de Sally seguía moviéndose entre las piernas de Jan. Para entonces, Jan se había desnudado por completo.

—¡Sí! —gritó, repartiéndose entre besar a Cordelia, cuya lengua parecía conocer cada movimiento que Sally practicaba en su coño, y suplicar a Sally que la follara con más fuerza.

—¡Sí, así, no pares, por favor!

Sintió la mano de Rachel acariciándola, ardiendo como el fuego, como el hielo, viajando por todo su cuerpo.

—Sí, Jan, cariño, así va bien. Vas a llegar, sólo haznos saber cómo te sientes... —dijo Rachel en voz baja.

Durante un instante, Cordelia desvió la mirada del círculo y vio las llamas de las velas unidas, danzando, brincando a su alrededor. Una lengua de fuego parecía deslizarse hacia Jan y arremolinarse en torno a ella.

Cordelia regresó al rito al sentir que Jan, gimiendo de placer, había comenzado a acariciar sus pezones, los dedos de Sally avanzaban por su hambrienta vagina, mien-

tras su pulgar frotaba su clítoris de arriba a abajo, Jan llegó, tensando y agitando sus piernas. Gritó con fuerza al sentir el orgasmo.

Amy también detectó aquella llama, delgada, surgiendo de Jan y envolviendo a Sally, cuya mano estaba ahora junto a la lengua de Amy, jugando con sus propios labios. Sally llegó con energía, sabiendo que lo haría, sabiendo que podía esperar a la lengua que viajaba lentamente desde el principio de su coño hasta la entrada de su vagina. Las contorsiones fueron ostentosas y gritó con cada una de ellas. Nunca antes le había durado tanto, con tanta intensidad, satisfaciendo los latidos de su coño con un ritmo tan perfecto. Y siguió, a pesar de que Amy moviera su rostro y estuviera ya besando el vientre de Sally, que cogió con fuerza la mano de Jan.

—¿Tú también? —susurró.

Amy se tendió sobre su espalda y alargó una mano para acariciar el brillante cuerpo de Deena. Deena sostuvo por un instante la mirada de Amy, después se colocó encima de ella. De manera salvaje, Deena se abrió paso con la mano por la entrepierna de Amy, forzando las costuras de sus pantalones, clavándoselas en la carne. El roce excitó a Amy, quien se agitó para que la presión fuera aún mayor. La recorrieron un montón de sensaciones, hasta sentir que nada había en el mundo excepto su coño y la mano de Deena. Justo cuando supo que iba a llegar, la presión se detuvo y sintió que le quitaba los pantalones. Las caricias comenzaron de nuevo, pero esta vez eran cien veces más certeras, más profundas, más directas. Los dedos exploraron los pliegues en torno a su clítoris y se adentraron en su vagina.

—¡Oh, ohhhh! —sollozó—, ¡ahora, ahora!

Los dedos presionaron ligeramente su clítoris, con suavidad, y se retiraron. Amy casi gritó decepcionada, pero

entonces la exploración se reinició. Acariciando su vello, estirándolo levemente; abriendo sus labios para mostrarla, a la espera de las caricias. En ese momento, Amy supo que formaba parte de la llama. Levantó la vista hacia Deena, encogiéndose contra ella. También ella estaba jadeando. Amy arrastró a Deena hacia abajo, hasta alcanzar con su lengua el adorable coño. Deena se montó a horcajadas sobre el rostro de Amy, abriéndose a la impaciente búsqueda. Profundas caricias sin descanso. El coño de Deena se deshacía en jugos, y ella gemía con el placer de sentir su clítoris lamido con tanta avidez.

Los cuerpos de las mujeres, decidió Cordelia, son todos maravillosos y diferentes. Estaba dibujando imprecisas huellas sobre el cuerpo sudoroso de Rachel. Entre los servicios de Jan y Cordelia, pareció como que Rachel fuera a llegar en cualquier momento. Cordelia misma estaba realmente excitada, y esa vez, gracias a la Diosa, no era un sueño. No, con el calor creciendo de aquella manera, su sexo fundiéndose hasta convertirse en plata derretida. Espera un momento, es a Rachel a quien acarician, no a mí, pero yo también voy a llegar.

—¡Oh! ¡Qué bueno! ¡Síííí!

Y Cordelia supo que era la llama misma la que la había acariciado, concediéndole ese placer, mientras el círculo quedaba completado una vez más.

Juntas, tendidas en el suelo y sobre los cojines, sus cuerpos agotados por un empacho de sensualidad. Pero no se durmieron, y cada una de ellas sabía que lo había hecho, y que la magia del sexo había estado con ellas aquella noche, y que ésa era la magia más sagrada de todas.

El círculo está siempre abierto, nunca cerrado.

La Diosa sea con vosotras dondequiera que estéis.

Feliz encuentro y feliz velada y de nuevo feliz encuentro.

VIVIR COMO LESBIANA DIVAGANDO

CHERYL CLARKE

Cleo quiere romper con Doris. Se confía a mí:
«La verdad sea dicha, compartir la cama con alguien
supone cosas distintas a follar. Crea una necesidad
en donde no la había. Dormir con alguien
lo lleva consigo. Si dejo a Doris, tendré
que buscar a otra para dormir. Es una
lata. Romper es así».
Doris escribe una carta a Cleo desde el otro lado de la calle:
«Cuando no puedo beberme tu coño,
me meto azúcar, cigarrillos, marihuana,
cefeína y alfalfa me brota en la boca».
Y aquí estoy, aquí tras haber sido abandonada.
Mi cuerpo quiere el suyo tan locamente
casi me siento aliviada
de que dijera no. Y luego adiós.
El último viaje por la cuerda floja
ese día que el viento cambió.
Absorbente y demandante,
nunca dije «amor» a menos que tú lo dijeras antes
y tú nunca dijiste «hacer el amor» a menos
que lo dijera primero yo.
Aun así viajé en camiones, tractores, caravanas,
catres, sacos, cabinas, amplias y variadas cargas

para dormir contigo. Transportes enormes y medianos.
Nadadores de los mares de asflato. He guiado
sus velas, esquivado sus colas de pez, sus espadas
cortantes, y sus salidas de agua, chocado sus caravanas,
respirado sus humos, para irme a la cama contigo.
Nuestro encuentro estaba previsto para este siglo.
Yo la conozco desde antes. En el sueño hay
un desierto de una arena diferente, un sitio desolado
como el sureste de DC. La gente camina cargando su casa
a la espalda. Desde Carolina del Norte a
Oklahoma, quiero conocer el Rastro de las Lágrimas sólo
para regresar a buscar por las montañas a los
que de mi gente rechazaron marcharse de allí.
Te tengo confundida con esta huidiza
hermana con quien compartía mi cama, que me dejó
con mi leal hermano y nuestra incorregible madre,
con un dolor tan implacable que no pudo
consolarnos. Mi hermano se marchó al ejército
poco después. Más tarde a Corea, desertó
y desapareció, su pasión por obnubilarse
con el whisky, pelearse y aborrecer a los hombres blancos
Soy luz que viaja.* Mis ropas cabrían en
una caja de cerillas.** Empleo una cámara con pasión.
Lejos de las ciudades que nos conocieron en esta vida.
Cultivaba cactus, de espinoso corazón bajo
su caparazón verde. Hice mascotas de los armadillos.
No me llevé
antídotos para las picaduras de serpiente. Y aluciné
hasta que me encontraste e hiciste tu jergón junto al mío
en los cercados parajes que nuestras bisabuelas
conocieron. A cuarenta grados bajo el sol, me encuentro
sola y me reprocho
las veces en que me mostré demasiado desafiante para llegar.
Allí, fuera, sigo a un hombre

pintado como mi madre,
meneando su vestido amarillo sobre su viso negro
con el ritmo acompasado y caderas al azar como mi
madre, olvidando, le llamo «mamá», con descaro,
y él acepta con dulzura mi tristeza, me toma del brazo,
hace que me siente con él, acomoda sus pantalones
y se sienta con las piernas abiertas y lleva hasta
mis labios quietos su palma con aroma a hierbabuena
para que la bese.
Las calabazas son puntos dispersos en la verde colina.
Allí en el acantilado sobre el océano una única
palmera se mueve al viento, sus ramas extendidas
y las sequoyas, altas como montañas. Y ella
me envía una docena de rosas amarillas a Berkeley.
La nota dice:
«Y podemos seguir siendo amigas.»
Cada día me pongo una en el ojal o tras
la oreja. Llevo la última cogida a mi verde
solapa. Casi se marchita durante el retraso en
Baltimore. La revivo en Newark. Por fin se deshoja
sola en un pequeño vaso de agua
de boca ancha. Le envío dos de mis bragas
usadas y garabateo un poema
en un trozo de papel marrón:

«Y así es como es.
La verdad sea dicha.
No puedo estar sin alguien con quien dormir.
Es el cuerpo.
El de una mujer; debe ser el de una mujer.
Y el tuyo era soberbio, sobre todo
por los brazos, las piernas, los senos
superando el placer de los sueños.»

* *Soy luz que viaja,* de Billie Holiday.
* *Los Blues de Billie,* de Billie Holiday.

AROMAS DE LA NOCHE

RUTH BOWEN

Ajo: frito con almendras y calabacines
perdura en las escaleras
mientras me dirijo temblando al lavabo

Dentífrico: menta química y fluorizada
se sale del tubo abierto
mientras me vuelvo para enjuagar
mis manos

Fresas: compradas para la tímida celebración
de tu visita
llenan mi habitación

Agua de rosas: destilada en cremas indicadas
para disimular la edad
se mezcla con tu último cigarrillo
mientras me inclino a besar
tus ahora dormidos labios

Mujer: arreglando la almohada
Lesbiana
noto un inesperado eco
de tu cálida humedad
permanecido en mis dedos que antes
te han tocado

AGUA EN EL VINO

JEWELLE GÓMEZ

Alberta pintó sus labios con el rojo carmín bajo el reflejo de los fluorescentes del cuarto de baño y alisó las tablillas de su falda plisada de lino color tostado. Dio un suspiro, respiró bien hondo, juntando fuerzas para el acto final, una pequeña recepción para conferenciantes de fuera de la ciudad, dada por un grupo de mujeres de letras. La conferencia había ido bien. Alberta estaba satisfecha de su exposición sobre el tema de la sexualidad en la literatura de las mujeres, si bien al principio se había sentido algo cortada por ser la única escritora negra allí, y la única lesbiana declarada en el programa de conferencias.

Las participantes se mostraban interesadas, e incluso ilusionadas por las nuevas perspectivas. Mañana cogería el avión hacia otra conferencia para la que se había comprometido, y luego deprisa a Boston, en donde se tomaría dos días de descanso antes de comenzar con la programación de sus clases de otoño durante las semanas de verano que quedaban.

Intentó relajarse mientras caminaba por el pasillo hacia la sala de la recepción, y luego allí se entregó a las preguntas y cuestiones más bien de tipo personal que la gente planteaba a las escritoras visitantes. Cuando se volvió

hacia la mesa para llenar de nuevo su vaso con vino blanco, llegó a la botella al mismo tiempo que una mujer joven, cuyo rostro reconoció de la sesión de debate durante su exposición. Era una mujer baja, rubia, atlética. Esa noche estaba algo distinta, con sus pantalones de piel y su blusa de seda, pero Alberta no podía olvidar su brillante sonrisa y la penetrante mirada, mientras la mujer reía por su colisión. Se presentó a sí misma como Emma y se sentaron en uno de los sofás próximos a la pared, lejos del remolino de escritoras y estudiantes. Alberta recordó con agrado la forma en que Emma había intervenido en el debate abierto tras finalizar su charla, que no consistió sólo en obtener información sino que intentó aportar sus propias ideas al tema.

—Me gustó mucho tu claridad al responder a la pregunta sobre sadomasoquismo y movimiento lésbico —dijo Emma.

Alberta rió. Siempre la desconcertaba un tanto oír a los estudiantes descolgarse con aquellos conceptos en un marco como aquél, incluso cuando ella misma lo hubiera utilizado en la sala de conferencias. Suponía que era cosa de la edad. Aún con ideas progresistas, a los cuarenta, Alberta se sentía a veces algo intimidada.

—Bueno —comenzó—, a diferencia de algunas feministas, yo no creo que existan temas que no deban tratarse. La actitud victoriana es un lujo que no podemos permitirnos. De hecho, si algo resulta arduo de discutir, con más razón debe hacerse.

Alberta observó el colgante de plata que pendía sobre el pecoso escote de Emma, y dijo:

—Viviendo fuera de aquí, estoy segura de que puedes entenderlo.

—Sí, desde luego, en un sentido abstracto, pero puesta

así en la palestra... eras la única escritora negra y además la única que hacía una exposición sobre sexualidad, yo no sé que habría hecho en tu lugar, en especial si se me pidiera que representase a toda una escuela de pensamiento... hablar, supongo.

Ambas rieron, y Alberta miró más detenidamente a aquella mujer, de unos veinticinco años y con una maravillosa y traviesa sonrisa.

—Mira, parece que siempre va a haber alguien a quien se le pida que represente algo. Vale más que estemos preparadas.

Alberta no tenía claro por qué a veces quince años parecían tanto tiempo y otras veces tan poco. En ese momento, se sentía más cerca de aquella mujer que de cualquier otra persona en la sala, incluyendo a su ex amante, la profesora de inglés que la había invitado a Missouri a participar en las charlas y que había estado evitándola astutamente desde entonces.

Al tiempo que Alberta había completado aquellos pensamientos, Emma había vuelto a los temas de la mesa redonda, haciendo preguntas sobre Hurston y Lorde, no con el tímido tono de una escritora incipiente, sino manejando sus propuestas con entusiasmo y habilidad, como si su conocimiento sobre aquellas escritoras fuera total.

—Pero si, como antes has dicho, el impulso hacia la expresión dramática del sexo, tal como tú la has llamado, está presente en todas nosotras, ¿por qué no aparece con más frecuencia en las jóvenes escritoras negras; por qué resulta tan llamativamente superior en los escritos de mujeres blancas?

—Socialización, sublimación, razones muy distintas. Que no lo veamos explícitamente en los escritos o en la conversación de alguien, no quiere decir que no exista. Alguna gente es más reservada que otra, incluso para sí misma.

Alberta atrapó la mirada de Liza justo en ese momento y pensó cuán cierto era lo que acababa de decir. Profesora Liza, tan reservada que ni siquiera conocía sus propios sentimientos. Su traslado a Missouri no se había hablado. Alberta fue informada una noche de que Liza iba a ocupar la vacante y de que ella quedaría atrás. Eso había sucedido un año antes y Liza no sabía aún cuán disgustada estaba Alberta con ella. Aquella invitación parecía querer significar que no había razón alguna para el enfado. Pero Alberta había prescindido de interpretaciones y se había limitado a aceptar el cheque y a añadir aquello a su currículum. Si Liza quería superar aquella desavenencia sustituyendo una honesta amistad por una fría relación profesional, adelante. Alberta sintió un escalofrío. No hacía caso de sus amistades, que le decían: «eso es para ti una mujer blanca». Ella pensaba «eso es para mí la profesora Liza Harris». Y devolvió la atención a su joven acompañante, Emma, cuyo entusiasmo resultaba tan contagioso. El tono de la conversación subía en torno a ellas y tuvieron que acercarse un poco más para poder oírse. Alberta se pilló intentando no mirar el suave escote de Emma, sugerente bajo la seda roja, mientras subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—Oye, me gustaría seguir charlando, pero este gentío me está volviendo loca —dijo Emma—. ¿Te gustaría que saliéramos a tomar un café, o lo que sea, para lavar el sabor de este vino?

Alberta consultó su reloj. Aún era temprano, pero su trabajo allí había acabado. Su avión no salía hasta la una del mediodía siguiente. Asintió con la cabeza y se encaminaron hacia la puerta. Liza las alcanzó justo cuando Alberta se volvía atrás pensando en que debería haber saludado.

—Berta, hazme saber cuando hayas acabado. Te llevaré hasta el hotel —dijo Liza con una estirada curiosidad.

—No hace falta, corazón —contestó Alberta con una atractiva sonrisa, disfrutando de aquella situación—, tengo aquí mismo un transporte. Ha estado muy bien. Debes sentirte orgullosa. Te llamaré cuando esté de vuelta en Boston.

Le dio un rápido beso en la plateada sien y salió deprisa. Emma había recorrido casi medio pasillo. En cinco minutos se encontraron sentadas en el destartalado Chevrolet de Emma. Veinte minutos después, sin que Alberta se sorprendiera, se detenían ante una pequeña casa de madera situada en una calle sombría.

—Mejor lo bebemos aquí. No creo que haya nada abierto en la ciudad a estas horas. Excepto, tal vez, los bares de ambiente sadomasocas —Emma dijo esto con un gesto de complicidad y ambas rieron con fuerza en la oscura quietud mientras entraban en la casa.

—Pensaba que mi compañera de piso estaría en casa, pero parece ser que ha salido.

Sentadas en el sofá, degustaron un vino blanco de aguja, aliviándose con su frescura del calor de la noche. Hablaron acerca de la tesis de Emma sobre literatura americana, acompañadas por el zumbido de un viejo ventilador y una cinta de Joan Armatrading que Emma había puesto casi inconscientemente al sentarse en el sofá. Las paredes estaban cubiertas de libros y pilas de papeles se acumulaban en un escritorio al otro lado del salón, delatando que se trataba de la vivienda de una estudiante.

—Seguro que necesitas de cierto entrenamiento teatral para hacer este tipo de cosas, recorriendo los campus y respondiendo a todo tipo de preguntas personales. Sueltas una palabra y haces que parezca que hablar de la

excitación de los pezones sea lo más natural del mundo.

—Créeme, no es casualidad. Solía ponerme tan nerviosa que mi voz se quebraba. Veo todos esos rostros allí, intentando olvidar su desacuerdo hasta que pueden encontrar una discreta vía académica para descalificarme, bien porque soy lesbiana, bien porque les parece que defiendo algo que ellas perciben como un acto de violencia contra las mujeres. Pero luego veo esos otros rostros. Como el tuyo. Esos rostros que no tienen miedo del conocimiento.

—¿Y lo haces? Quiero decir, ¿lo defiendes?

—No necesito defender. La gente encuentra la forma de expresar su propio deseo, sea cual sea la moral mayoritaria o la condena social. Las lesbianas deberían ser las primeras en saberlo. Y si yo quería luchar contra la desaprobación de la mayoría, tenía que empezar por inventarme una forma de no ser oscura.

Rieron las dos, y Alberta se quitó los zapatos, y antes de que pudiera darse cuenta, Emma estaba en la alfombra haciéndole masajes en los pies. Ni se le ocurrió protestar. Era muy agradable. Reclinó su cabeza en el respaldo del sofá y dejó a su cabeza vagar. Liza apareció por un momento a ocupar su mente, pero entonces vio la sonrisa de Emma y sonrió ella también.

—¿Cosquillas?

—No, estaba pensando.

—¿En qué? —preguntó Emma.

—Uh... en lo que diría Liza, la profesora Harris, si pudiera vernos ahora. Ella es una de esas entusiastas de la severidad. Creo que esto podría parecerle un acto de explotación.

—O un acto de seducción —respondió Emma.

—¿Quién seduce a quién? —dijo Alberta, intentando

mantener firme su voz, sintiendo la fuerte mano de Emma subirle por la pantorrilla.

Emma se arrodilló en el borde del sofá, elevándose sobre el rostro de Alberta:

—Yo te seduciré primero, y luego me seducirás tú a mí, para mantener la igualdad —se inclinó y detuvo cualquier posible respuesta apretando con sus labios los labios de Alberta y recorriendo con su mano su corto cabello rizado.

Alberta se sintió desconcertada, y durante algunos instantes insegura sobre la respuesta que quería dar. Estaba acostumbrada a los ataques de las alumnas. E incluso se había encontrado en situaciones realmente comprometidas que habían necesitado de su firmeza. Pero no se había sentido nunca así. Deseaba aquel beso. Lo había sabido desde el momento en que había notado el contacto de la mano de Emma. Pero se sentía violenta por varias razones. El horror de Liza, que sabía estaría acechando desde algún distante rincón; su propio sentido del decoro, que tan a menudo la había ayudado en situaciones emocionales difíciles, pero que ahora le apretaba con toda la fuerza de una de esas estrechas fajas que hacía tanto tiempo había dejado de usar.

Emma mantuvo su boca unida a la de Alberta hasta sentir una respuesta. Entonces se retiró y dijo:

—He querido hacer esto desde la mesa redonda. He imaginado todas las posibles maneras de quedarme a solas contigo. Incluso pensé en seguirte hasta el lavabo, pero finalmente opté por algo un poco más elegante.

Otra vez dejaron escapar las risas, que llenaron la sala, y Alberta se dio cuenta de que era un sonido que quería oír una y otra vez. Retiró el cabello de la frente de Emma con una caricia, y arrastró su boca hasta la de ella. Aspiró con fuerza, excitada. El aroma de la transpiración de

Emma y de su ropa de cuero le llenó la cabeza. Emma montó a horcajadas sobre su falda, recostándola sobre el respaldo del sofá con un suave movimiento que ni siquiera interrumpió su beso. Alberta se movió bajo el peso de Emma, en busca de su calor.

—Levanta —dijo Emma separándose ligeramente de Alberta. Cuando Alberta pudo levantarse un poco sobre el crujiente sofá, Emma pasó la mano por debajo de ella y le subió la falda muslos arriba. La deslizó suavemente por el nylon de las medias hasta su cintura. Alberta se descubrió preocupándose por las arrugas. Había pensado ponerse aquel mismo traje para su próxima conferencia.

—En todas partes hay servicio de habitaciones —dijo Emma, como si pudiera leer su pensamiento. Otra vez las rodearon sus risas mostrando el vínculo que su incipiente conocimiento había alcanzado en tan poco tiempo.

Las risas de Alberta se convirtieron en jadeos, cuando Emma metió su mano por debajo de sus medias, y luego dentro de ella.

Emma respiró con fuerza para besarla largamente. Su lengua tocaba sus dientes, y luego buscaba la lengua de Alberta mientras su mano empujaba hacia el interior en pos de la humedad. Alberta se apretaba contra Emma, deseosa del contacto de su lengua y de su boca. Se retiró apenas un momento para tomar aire, pero Emma persiguió su boca y se aferró a su cabeza con una mano. Con la otra penetró aún más adentro del coño de Alberta.

—¡Oh, Dios, Alberta! —dijo, como si no pudiera creer en la felicidad que sentía al acariciar a aquella mujer. Su mano se suavizó un instante. Besó la mejilla de Alberta, su cabello y sus orejas, y apoyó por fin la frente a su lado, en el respaldo del sofá, a la vez que, con todas sus energías, hundía su mano en el cuerpo de Alberta. Empujaba

fuerte, toda la fuerza de su cuerpo en el cuerpo de Alberta. Sus dedos estaban más húmedos cuanto más adentro se internaba. Sentía sólo su deseo, como si una corriente barriera cualquier otro sentimiento. Deseaba a Alberta más de lo que pudiera haber deseado a nadie en toda su vida.

—Vamos, cariño —susurró al oído de Alberta, hundiéndose dentro de ella, casi desvaneciéndose al notarla tensarse para sentirla más. La voz de Alberta estaba ronca de deseo, y se escapaba de la voluntad de contener sus gritos.

—Sí, sí —dijo una y otra vez mientras llegaba.

Se sentaron abandonadas y en silencio durante algunos minutos, hasta que ambas recuperaron el aliento. Emma trepó por el cuerpo de Alberta, y permaneció en sus rodillas mirándola a los ojos. Se sintió invadida por la dulce oscuridad de la piel y los ojos de Alberta. Sus propios ojos claros eran penetrantes agujas de deseo. La cinta acabó. La profunda voz de Joan Armatrading ya no escondía sus desiguales respiraciones.

—Vamos —dijo Emma enderezándose ante el sofá—, nos vamos a tu hotel. Podrás dejar tu traje para que lo planchen. Y mañana yo te llevaré al aeropuerto.

—Piensas muy rápido, ¿no?

—Tenía que tener algún plan para usar en el caso de que aceptaras. Y aceptastes, ¿no? —dijo Emma, mientras ayudaba a Alberta a ponerse de pie. Sin sus tacones, no era mucho más alta que Emma. Ésta la rodeó con sus brazos y la besó de manera que Alberta supo que aquella velada no había hecho más que empezar. Menos de una hora después, estaban enroscadas una a otra en el Holiday Inn.

Al día siguiente, en el avión, Alberta miraba el trozo de papel que Emma le había dado con su dirección y su teléfono, como para cerciorarse de que no había sido un sueño. Emma estaba allí cuando, por la mañana, Liza le

había telefoneado para desayunar con ella. Casi habían tenido una de sus conflictivas peleas, cuando Alberta intentaba rechazar amablemente la invitación, y Emma se duchaba en silencio. En el aeropuerto recordaron que ante el mundo no se conocían demasiado, e intentaron no resultar sospechosas, a pesar de que sentían que cualquiera que las mirara podría adivinar lo ocurrido aquella noche. Alberta no estaba segura de si se sentía incómoda con la formalidad de ofrecer a Emma su tarjeta, al despedirse, o si simplemente se sentía incómoda por darle lo que fuera. Un adiós sin compromisos habría sido mucho mejor, pensó, pero tampoco estaba segura, así es que dirigió sus pensamientos hacia su próximo compromiso. Iba a tener un día entero en el campus para centrarse y repasar sus notas antes de su conferencia sobre las mujeres en la Harlem Renaissance. Intentó enviar a Emma a un lugar oculto de sus pensamientos, pero al cerrar los ojos pudo sentir su mano dentro de ella. Esa sensación permaneció en su mente durante todo el viaje, y también cuando estuvo de vuelta en casa, en Boston, y durante el otoño.

* * *

Cómodamente instaladas en el pequeño local de Bob, en el Chef's Restaurant, Alberta deslizó las bolsas de sus compras de Navidad debajo de la mesa, entre sus piernas. Marsh hizo otro tanto frente a ella; algunas gotitas de sudor brillaban en su frente de color caramelo. Su estirado cuello estaba recogido en un moño, y relucía bajo las luces de aquel viejo y familiar lugar.

—Te lo digo en serio, chica, estás hecha un asquito.

Alberta siempre se había maravillado de la capacidad de Marsh para cambiar, de su tono de conversación en la

compañía de seguros, a su vernáculo acento del sur cuando hablaban acerca de sus vidas.

—No sé qué hacer con ella, aquí, quiero decir.

—¿No hay por ahí un refrán que dice «soy de Missouri, enséñame»? Me parece que la chica ya te ha dicho lo que tenías que hacer con ella. ¡Aquí o donde sea! —dijo Marsha con la misma malicia enérgica que siempre había gustado tanto a Alberta desde que cursaban su bachillerato. Ya no recordaba por qué habían dejado de ser amantes, pero de eso hacía ya mucho tiempo, y tenerla como amiga era una de las cosas más importantes de su vida.

—Marsha, ¡es que tiene veinticinco años!

—No te está pidiendo que la adoptes.

—Ella es, bueno, no es negra.

—Me repito a mí misma.

Permanecieron en silencio mientras la camarera apuntaba sus pedidos.

—De lo que deduzco que tampoco mide más de uno sesenta y pico. Tal vez será mejor que no cenes con ella.

Sonrieron ambas y Alberta intentó ordenar sus objeciones.

—No te entiendo, Marsha. ¿Por qué estás tan interesada en esto? Liza nunca te gustó.

—Oye, cualquiera que se atreve a ser lesbiana y a llevar pantalones de piel negros en una universidad de Missouri, cualquiera que te envíe postales de Alison Bechdel, cualquiera que te seduzca en el mismo estado en que Liza Harris está espiando, ¡me gusta!

Siempre que Alberta se preguntaba por qué había permanecido en Boston, su respuesta era la misma: Marsha. A pesar de que se había sentido sola muchas veces después de la muerte de su madre, quedándole sólo una prima le-

jana a la que había conocido hacía poco, siempre había pensado en Marsha como su familia.

—Te ha llevado un año olvidar a Liza. No vuelvas a las excusas de siempre. O te gusta la chica, o no te gusta. Y desde el momento en que conservas sus postales en tu despacho, a mí me parece que te gusta.

—Bueno, tal vez podamos tomar algunas copas. Puede que no tenga mucho tiempo. Dijo que venía a visitar a unos amigos en Cambridge, así es que es posible que no tenga demasiado tiempo.

—Oye, podríamos hacer algo juntas. Tal vez cenar, o algo así.

—No lo sé, Marsha. Tengo que esperar y ver.

—De acuerdo, muy bien, aclárate, ¿eh? —Alberta permanecía en silencio.

—¿Berta?

—De acuerdo, no puede ser malo. Ella es verdaderamente estupenda y...

—No empecemos con esos detalles, no me gusta hablar de sexo mientras como pollo y croquetas.

* * *

Alberta repitió de memoria su conversación con Marsha, mientras esperaba frente a la estación de Massachussetts Avenue, cerca de la Commonwealth Avenue. Se preguntaba qué pinta haría con sus pantalones de lana, y el jersey a juego. Se había cortado el pelo y se miraba en el espejo retrovisor cuando sintió la presencia de Emma tras el coche. El corazón le brincaba en el pecho, pero se inclinó con lentitud para abrir la puerta. Cuando Emma se sentó en el asiento del copiloto, el automóvil quedó iluminado por su sonrisa. Alberta miró sus ojos claros, y la

forma en que se apartaba el cabello de la cara, y no pudo recordar por qué había sentido tanto temor. Emma tomó el rostro de Alberta entre sus manos y depositó un tierno beso en sus labios que le produjo un escalofrío.

—Estoy tan contenta de verte al fin. No puedo decirte cuánto. Sólo puedo mostrártelo —dijo Emma.

Alberta rió nerviosamente. De pronto se sintió intimidada.

—Supongo que la comida puede esperar.

—No, la comida no puede esperar en absoluto. ¿Dónde vives? —preguntó Emma, bajando su voz mientras se inclinaba hacia Alberta para darle un pequeño beso en el cuello.

Alberta hizo un cambio de sentido en la Massachussetts Avenue, y se dirigió suavemente hacia el South End. Se sentía orgullosa de mostrar a Emma su casa, en la que había vivido desde su graduación. Había podido comprarla antes de que la oleada de profesionales liberales, en su mayoría blancos, descubriera el deteriorado South End y decidiera hacerlo suyo. Ella era una de las pocas en el vecindario que recordaban su historia. Recordaba el encopetado bar en el que su madre era camarera, y del que Billie Holiday hizo una de sus guaridas durante su mejor época. Y la Charlie's Sandwich Shop, que ahora atendía los pedidos de los banqueros, y que solía ser refugio de las damas de la noche que trabajaban en la Columbus Avenue. Allí podían entrar tranquilas a tomar su desayuno, a salvo de macarras, policías o chulos.

No le contó nada de todo esto, al enseñarle su casa. Mientras servía un poco de zumo, Emma preguntó:

—¿Es aquí donde vivíais tú y Liza Harris?

—¡Mierda! —dijo Alberta antes de poder contenerse. Luego, recobrando la compostura, dijo sin alterarse—: Ella

no vivió nunca aquí. Tenía su casa en Back Bay. Supongo que las habladurías de las universidades son las mismas, estén en Massachusetts o en Missouri.

—En realidad no se trata de una habladuría. Yo sabía que la profesora Harris provenía de una universidad de Boston. Y luego su actitud para con nosotras cuando nos marchábamos, y después la llamada telefónica por la mañana... me hicieron pensar en ello. Y cuando una noche se deslizó fuera de la sala de profesores y me preguntó si quería tomar algo con ella, supe que quería averiguar qué había ocurrido entre nosotras, y que no era un interés estrictamente profesional. Diríase que es un poco zorra, ¿no?

—Diríase que ésa es una buena descripción.

Emma se sintió tan aliviada al oír aquellas palabras como Alberta al decirlas. Durante su vuelo a Boston había estado repasando con meticulosidad lo poco que sabía de lo que Alberta había hecho durante el otoño. Se preguntaba si estarían aún enrrolladas, si era por eso que Alberta no la había llamado nunca. Cuando se inscribió en el hotel se sintió algo imprudente, habiéndose inventado toda esa historia de unos inexistentes amigos en Cambridge, sólo por tener una excusa para provocar un encuentro casual. Si Alberta no hubiera respondido, estaba determinada a viajar igualmente sin saber cuál sería su siguiente movimiento. Pero ahora estaba claro. Se encontraría con Alberta, y su encuentro no sería tan casual. Eso era lo que ella deseaba, y a menos que Alberta le dijera claramente «¡fuera de mi vida!», ella no tenía intención de dejar vacío el espacio que había entre ellas. Emma abrazó a Alberta, sin atreverse aún a contarle todos sus sentimientos, pero con el deseo de demostrárselos.

Dieron un trago a los zumos y Emma dijo:

—Quiero hacerte el amor. Te quiero ahora.

Subieron silenciosas al dormitorio, bañado por la brillante luz de la tarde. Se observaron mientras se desembarazaban de sus ropas. Alberta dejó la suya doblada con cuidado sobre el brazo de una silla forrada con una colorida tela africana. Emma se quitó sus tejanos y tiró su camisa azul claro sobre la silla, justo encima de la ropa de Alberta. Cuando Alberta se inclinó sobre la cama para retirar la colcha, Emma fue tras ella y la tiró sobre la cama. Acarició la ancha espalda de Alberta, disfrutando de la suavidad de su piel y del contraste de la blancura de la suya sobre el tono oscuro de la de ella. La otra vez que había estado con una mujer negra, la combinación de colores no la había impresionado tanto. Ahora apenas si podía respirar, fascinada por esas tonalidades, y sintiendo la flexibilidad del cuerpo de Alberta, que empezaba a responder a la presión del suyo.

Besó la nuca de Alberta y se deslizó por su espalda besándola toda con movimientos circulares. Notó cómo se aceleraba la respiración de Alberta, y se tendió sobre ella. Llevó una mano hacia abajo, para separarle las piernas, y entonces comenzó a acariciar con cuidado el interior de sus muslos.

—Siento como si tuviera que ir más despacio. Quiero ir más despacio. Pero tendrá que ser más tarde. Te necesito ya. Sabes que no puedo esperar. —Así, desde atrás, introdujo un dedo en el coño de Alberta. Al principio se movió lentamente, luego introdujo un dedo más, mientras Alberta tomaba aire con la boca bien abierta. Cogió la muñeca de Alberta y la presionó contra la almohada, dándose así impulso para penetrarla más adentro, con más fuerza. Haciendo realidad el sueño que había tenido desde que se habían visto. Sus dedos se movían ágiles, dispues-

tos a conseguir su propósito, a sentirlos inundados por el flujo del deseo de Alberta.

—Ya cariño, ya. ¡Ya! —gritó Emma y Alberta llegó más deprisa que nunca en su vida.

Emma dejó que su cuerpo se relajara sobre la espalda de Alberta, pero ésta no había quedado rendida por esa explosión de energía. Se trasladó hasta los pechos de Emma y atrapó con su boca su rosado pezón. Acariciándolo con la lengua, sorbiéndo tan hacia dentro como podía, luego mordisqueándolo con sus dientes, hasta oír a Emma dar un fuerte suspiro y un escalofrío recorrerla de arriba a abajo. Luego bajó hasta el claro vello entre sus piernas. Lamió los alrededores del coño de Emma, gozando de su aroma y de cada uno de sus gemidos cada vez que se acercaba a los labios. Miró el rostro de Emma. Sus ojos se abrían y se cerraban como si no pudieran creer el placer que sentía. Se abrieron más que cualquier otra cosa que Alberta hubiera visto. Alberta entonces hundió su lengua en el interior de Emma y vio cómo se le encendía el rostro mientras gemía. En ese momento, Alberta se dio cuenta de que durante toda su relación con Liza, o con cualquiera, nunca había deseado tanto hacer el amor como ser amada. Hasta entonces. Ahora sólo anhelaba oír el gemido de Emma al llegar. Pasó su lengua por el endurecido clítoris de Emma. Luego se lo metió en la boca, igual que había hecho con su pezón, chupándolo, y apretándolo entre sus dientes, con cuidado, y luego más fuerte, hasta que el cuerpo de Emma se tensó por el inminente orgasmo. Rápidamente, Alberta deslizó su dedo dentro del húmedo sexo de Emma, bajo su lengua, moviéndose rítmicamente, sin parar, hasta que Emma gritó de placer. Después, su cuerpo se sacudió con el fin del orgasmo y Alberta subió a tenderse sobre el cuerpo de Emma.

Se dejaron vencer por un ligero sueño mientras caía el sol, primero despacio, y después más deprisa, allá en el cielo, dejando una roja estela en la penumbra de la habitación.

Se despertaron muchas veces durante la noche, y se exploraron una a otra, hasta que por fin se durmieron profundamente, cuando la parte más oscura de la noche silenció la habitación y la ciudad.

Por la mañana, Emma se sentía aún insegura sobre su situación como para confesar su montaje. Mientras Alberta preparaba el té y unos tazones de cereales, preguntó si podría llevarla hasta la estación para poder decir «adiós a sus amigos» antes de marcharse al aeropuerto.

Mientras disfrutaban del ligero desayuno, Emma estaba llena de cosas por decir, pero se sentía ahogada por las pocas horas que tenían por delante, y por la ansiedad de averiguar qué era lo que Alberta quería compartir con ella. Su intermitente charla sobre libros y literatura había seguido llena de entusiasmo, y tan apasionada como sus relaciones sexuales, pero más allá de eso había un sombrío abismo que Emma no sabía cómo salvar. Se sentía confundida por la amabilidad de Alberta, y cuando se preparaban para marcharse, sintió que la angustia la invadía, y supo que debía hablar antes de que esa visita acabara.

—Ésta ha sido una de las experiencias más importantes de mi vida —dijo Emma, asustada por el siniestro augurio que parecía flotar en el aire tras pronunciar aquellas palabras. Aun así prosiguió—: Debo decir, sin embargo, que noto cierta falta de respeto por tu parte. No estoy segura de que ése sea el término adecuado, pero es el que me sale. Noto que quieres estar conmigo, pero hay esa parte en ti que no me toma en serio, o algo así. Piensas que soy inteligente, que sé llevar una buena conversación y que soy buena en la cama, pero luego se levanta una especie de

muro, como si pensaras que no merezco la molestia de conocerme. Tal vez para ti signifique algo más, pero no puedo saberlo desde mi punto de vista, y eso me disgusta mucho.

—No tiene nada que ver con la falta de respeto. No te das cuenta de lo que he hecho de mí misma, de mi vida. No puedes pretender que me lance a algo que ni siquiera tiene sentido para mí. No te conozco.

—¿Y quieres? Ésa es mi pregunta. Creo que de no haber venido a verte este fin de semana, jamás me habrías llamado o escrito. ¿Quieres conocerme?

—No lo sé, Emma. Ahora mismo, no lo sé.

De vuelta a Missouri, Emma se entregó al gélido invierno con deleite. Dio largas caminatas, fue a esquiar y trabajó en su tesis, feliz de que hiciera aquel riguroso tiempo. Ocupó casi todo su tiempo en escribir. Llevó a cabo algunas investigaciones en California y Massachusetts, a pesar de que la Universidad la había invitado a quedarse y dar clases al menos durante un semestre.

Era sólo cuando estaba a solas en su habitación, bien entrada la noche, que sus decisiones acerca de su futuro no le procuraban satisfacción. Tendida en la cama, haciendo las listas de trabajos para el día siguiente, calculaba cuándo podría enviar otra carta a Alberta. Estaba entusiasmada por recibir una afectuosa postal de Alberta, pero no se sentía satisfecha con su prudente mensaje y su clara ambivalencia. Intentó comprender su cauta actitud, pero estaba irritada por su incapacidad para darse cuenta de la relación hacia la que su deseo las estaba arrastrando.

Se volvió bruscamente sobre sí misma, intentando evitar el recuerdo de Alberta, que llenaba su cabeza. Escribió con la mente una larga carta, contando a Alberta la inmensidad de sus sentimientos. Mientras se dejaba ven-

cer por el sueño, sabía que no escribiría carta alguna hasta que Alberta no mostrara que también ella quería abrirse, al menos un poquito. En invierno se dormía mejor porque se soñaba menos.

* * *

—Mmmm, Missouri parece estar durmiendo. Y esta parece la misma postal que tenías la última vez que estuve aquí —dijo Marsha, volviéndola maliciosa para leer lo que había escrito.

—¡Deja de ser tan fisgona!

Marsha acabó de leer, y luego dijo, dirigiéndose al sofá:

—Esta chica seguro que tiene futuro con las palabras, sí señor —bebió del vaso de vino que Alberta había dejado sobre la mesa, y estuvo en silencio un momento. Miró a Alberta acomodarse en su silla y dijo—: No había habido aquí tan mal ambiente desde que *como se llame* dejó la ciudad. Será mejor que desembuches antes de que se haga más tarde.

—No me gusta que hagas eso, Marsha. Se llama Liza...

—De acuerdo, de acuerdo. No intentes cambiar mi manera de pensar. ¿Qué está pasando por tu cabeza? ¿O debería mejor, preguntar por lo que está pasando allá en Missouri?

—Estoy pensando en ir a hacerle una visita.

—¿Pensando?

—Bueno, tengo la reserva para el vuelo. Puede que la use, o que no. Aún no lo sé.

—Corrígeme si me equivoco, pero, ¿no mantuvimos una conversación similar durante este invierno? Chica, ya estamos en primavera, no puedo perder el tiempo repitien-

do lo que ya dije, cuando todavía tengo por arreglar mi armario para esta temporada.

Alberta estaba callada. A veces, la brusquedad de Marsha y su penetrante intuición la irritaban. Se sentía descubierta y en cierta forma infantil, sufriendo por algo que Marsha exponía y resolvía con tanta sencillez. Alberta se movió inquieta en su asiento, ignorando la severa mirada de Marsha. Se acarició el corto y rizado cabello y fijó la vista en las luces del aparato estéreo, como si se tratara de instrumentos para adivinar el futuro.

—De acuerdo, déjame que adivine lo que te sucede. Hiciste esas reservas, pero tienes miedo de ir porque podría rechazarte, o aún peor, entusiasmarse con tu presencia, lo que significaría tener que dar una respuesta sincera, como por ejemplo admitir que la adoras y que quieres seguir adelante. ¿Qué tal lo he hecho?

Alberta no dijo nada.

—Bien. Así es que tienes que ir a verla antes de volverte loca por culpa del deseo y de la soledad, pero... piensas que sea lo que sea lo que allí ocurra, de vuelta aquí la gente estará esperando en el aeropuerto tu llegada para lanzar insultos contra ti y tu moral, e incluso piedras contra tu cuerpo por perseguir a una jovencita blanca. Y además está *como se llame*, tu ex, quien probablemente estará espiando desde algún escondrijo para ser testigo de lo que pase entre Emma y tú y luego contarlo a los cuatro vientos. Entonces el banco te pondría problemas con la hipoteca de la casa, los pocos parientes que te quedan, con los que apenas te tratas, te desheredarían y por fin, y no menos terrible, el último de los justos castigos: yo, tu más vieja amiga, te encontraría ridícula y te retiraría mi amistad.

Marsha calló, esperando oír la risa de Alberta. Sin embargo, seguía en silencio. Y cuando se acercó un poco, pudo

ver el temblor de unas lágrimas bajo sus párpados cerrados.

—Oh, cariño, lo siento, no pretendía hacerte llorar. Pero lo cierto es que la última es la más terrible de las posibilidades, excepto que las recite al revés. Si no coges ese avión y te marchas a ver a esa mujer, te pegaré hasta dejarte sin sentido. Sé que todas esas otras cosas son temibles, pero no puedes tener miedo de intentarlo otra vez, sin importar cuántas dificultades haya. Vamos. ¿acaso no nos sentamos ante las oficinas del rector en 1969 hasta que nos condujeron a prisión? ¿No corrimos tras aquellos muchachos en Dorchester con pistolas de plástico porque pasaban por delante de mi casa gritando «tortillera»? Cuando le dijiste a tu madre que estabas enamorada de *como se...*, quiero decir, Liza, ¿no la invitó a comer dos días después de jurar que nunca dejaría que pusiera los pies en su casa?

Marsha se acercó un poco más a Alberta y la abrazó para consolar sus sollozos.

—Vamos, sobrevivimos a la televisión de los cincuenta, no vas a permitir que el miedo a estar enamorada te paralice, ¿no?

Por fin Marsha pudo oír una ahogada risilla entre las lágrimas.

—Incluso te llevaré al aeropuerto, tal como hice cuando tenías que ir a dar tu primera conferencia fuera de la ciudad. ¿Recuerdas cómo nos emborrachamos en el aeropuerto, a las diez de la mañana? Vamos.

—El vuelo sale dentro de un par de semanas, al mediodía.

—Bueno, en caso de resaca me pediré un día libre en el trabajo.

* * *

Emma, sentada en el bar del aeropuerto, daba pequeños sorbos a su bebida. Llegó con una hora de antelación, completamente en contra de sus intenciones. Una parte de sí misma tan estaba emocionada por el hecho de poder volver a ver a Alberta, que no conseguía que sus manos dejaran de temblar, ni contener la humedad que se filtraba desde sus braguitas hasta sus pantalones. Se había cambiado tres veces la blusa, y mirándose en el oscuro espejo del bar se sintió demasiado arreglada para lo que se suponía era una visita fortuita. La otra parte de sí misma se sentía disgustada con eso: la fortuita visita. La llamada de Alberta había sido una maravillosa sorpresa, pero Emma no estaba muy segura de querer ser el entretenimiento de una parada en el camino de Alberta hacia una conferencia en otra universidad. Sus propios estudios iban bien; se había entregado por completo a su tesis doctoral, calculando que le ocuparía todo el invierno y la primavera. Y de alguna forma, una vez libre de aquella obligación, podría planear lo que iba a hacer a continuación: cómo enfrentarse a su carrera, cómo enfrentarse a Alberta. Pero estaba decidida a no perder el verano ideando maneras de aproximarse a ella. Todo el tiempo procurando no ser el ligero entretenimiento de la vida de Alberta, que parecía, desde esa distancia y sin comunicación alguna, estar aún colgada de su pasada relación con Liza Harris y asegurándose su carrera en Boston.

Emma dejó la botella con un golpe seco.

—¡Olvídalo! ¿Quién narices soy yo? ¿Una cateta de provincias? Puede que el Midwest no sea Nueva York, ¡pero también yo tengo cosas que hacer, hostia!

Consultó su reloj y se dio cuenta de que llegaría tarde al aterrizaje si seguía allí sentada hablando consigo misma.

Le resultó fácil descubrir a Alberta en el vestíbulo. No

sólo porque era uno de los pocos rostros negros en la hilera de gentes de negocios, sino también por su singular forma de estar. Se movía de lado a lado, cargando una bolsa de fin de semana y su cartera como si no tuvieran peso alguno, manteniendo los hombros y la cabeza erguidos. En ese momento, Emma olvidó todas sus resoluciones y corrió a los brazos de Alberta. No le importaba en absoluto que los pasajeros de alrederor se girasen a observarlas boquiabiertos. Los hombres se sentían siempre incómodos cerca de mujeres que se movían con decisión, y asustados por las mujeres que se demostraban mutuo amor. Se lanzó a los brazos de Alberta como si en el aeropuerto no hubiera nadie más que ellas. El camino a casa fue rápido y cómodo. Preguntas y respuestas acerca de su tesis mantuvieron la conversación hasta que estuvieron sentadas a la mesa de la cocina, y Emma sirvió a Alberta un vaso de zumo que ésta le había pedido para tomarse un par de aspirinas.

—Es sólo un ligero dolor de cabeza. Se me pasará en un momento.

Emma se sentó, y observó con ansiedad el rostro de Alberta. Buscando señales que le dieran alguna pista, pero decidió esperar un poco antes de iniciar una conversación trascendental.

—Mi mejor amiga, Marsha, y yo, tenemos un pequeño ritual que supone bastante alcohol. Lo hacemos siempre que tengo que enfrentarme a algo nuevo o difícil.

—¿Como qué?

—Como la primera vez que me iba a dar una conferencia a Berkeley y me sentía aterrorizada. Como venir aquí a verte y decirte lo que siento.

Emma se levantó bruscamente de la mesa y fue hasta la nevera para volver a llenar el vaso. No se sentía prepara-

da para esa conversación, a pesar de haberla planeado durante meses.

Alberta vio la espalda de Emma, y sintió un escalofrío de ternura y de deseo. Notó la ansiedad de Emma y vio reflejada la suya propia, que la había mantenido en tensión desde el pasado verano. Pero aún más poderosa que su miedo era la certeza de que amaba a aquella mujer, una sensación de la que se había sentido segura al ver a Emma en el aeropuerto corriendo hacia ella. Su marcada, atlética carrera, la forma en que se agitaba su cabello y sus claros ojos brillando de felicidad, borraban todo atisbo de duda y prometían un futuro por el que merecía la pena luchar.

—Tengo que hacer una confesión que creo bastará para explicarlo todo —dijo Alberta. Miró a Emma a la cara mientras regresaba a la mesa. La muchacha no podía esconder su impaciencia, así es que Alberta prosiguió enseguida—: No voy de camino a Stanford para dar una conferencia. Dije una mentira porque tenía miedo de invitarme a verte sin más. Pensé que así sería más fácil, que parecería más fortuito si se trataba tan sólo de una parada en el camino a otro lugar. Y así ni una ni otra tendría que actuar como si hubiera un tremendo pacto. Tan sólo deseaba verte...

Alberta dejó de hablar al darse cuenta de que Emma estaba luchando por contener la risa. No tardó en explotar e inundar la cocina. Emma se dobló por la mitad dejando sonar una estridente carcajada que hizo que Alberta temiera haberse equivocado totalmente respecto a los sentimientos de Emma.

—Espera... es que... —dijo Emma tragando saliva e intentado recuperar la compostura—. Tengo que decirte algo respecto a este invierno. Cuando fui a verte a Boston. No tengo ninguna amistad en Cambridge. Fui sólo a verte a ti, así es que reservé una habitación en un hotel y fingí

ir a algún lugar para que no pensaras que te estaba imponiendo mi presencia.

Cuando acabaron las risas, Emma tomó a Alberta por el brazo y la condujo hasta la habitación. Alberta había imaginado durante todo el invierno qué aspecto tendría, pero nunca se había imaginado allí a sí misma. Y ahora que estaba allí, lo encontraba natural, inevitable. Emma quitó a Alberta su jersey y lo dejó con cuidado sobre una silla. Desabrochó con habilidad el sujetador de encaje blanco, que tan fuertemente contrastaba con el color de su piel. Llevó su boca impaciente hasta los pezones de Alberta, moviéndose con hambre de uno a otro. La empujó hasta la cama sin quitarle ninguna otra prenda. Sentía que las poseía una fiebre de deseo, como una marea creciente, de súbito, dejándolas sin aliento. Abrió la boca para contener el pecho de Alberta y buscó ansiosa sus caderas, que se agitaban para sentir cada una el calor de la otra. Alberta gimió con placer al sentir el duro contacto de los vaqueros de Emma frotando sus muslos desnudos. Abrió las piernas para notar el contacto del muslo de Emma contra su coño. La humedad escapó de su cuerpo, mojando el pantalón de Emma, mientras se esforzaba por abrirse más y más. La mano de Emma se introdujo en su interior, sin encontrar resistencia, tal y como había sucedido la primera noche en el estudio del piso de abajo.

Emma se estiró hasta el rostro de Alberta, para besar su boca, su cabello, y susurrar en su oído:

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Días, años, de tanto como quieras, cariño.

Emma se apretó dentro de Alberta, y sintió que su propia respiración se aceleraba al notar cómo se excitaba Alberta. Empujó más adentro, dejando que sus dedos tomaran a aquella mujer a la que tanto necesitaba. Se sintió llegar,

simplemente por la presión que el deseo había impuesto entre ambas. Todavía siguió empujando, rozando el clítoris de Alberta, yendo y viniendo, más profundamente aún, moviendo su mano rítmicamente adelante y atrás hasta que Alberta no pudo aguantar más. Su voz suave y suplicante se convirtió en un agudo gemido de placer, repitiendo la palabra «sí», una y otra vez, hasta que ya no pudo hablar.

Se hicieron el amor durante toda la tarde y la noche. Cayeron finalmente en un profundo sueño, abrazadas, oyéndose los sueños. Cuando Alberta abrió los ojos, encontró a Emma apoyada sobre su codo y observándola. Sonrió con una lánguida felicidad.

—Son casi las diez, ¿debería ofrecerte algo de comer?

—Eso suena bien. ¿Puedo usar el teléfono?

—Claro —dijo Emma, confundida. Subió el teléfono del suelo a la cama. Iba a levantarse para irse, pero Alberta la cogió por la pierna para evitar que se marchara. Con la otra mano, pulsó rápidamente las teclas.

—Hola, Marsha, soy yo. Sí, sí, estoy aquí. Oye, quiero establecer una cita para una cena. Cocino yo. Un momento.

Se volvió hacia Emma:

—¿Cuándo puedes volver a Boston?

Regresó al teléfono:

—¿Qué tal el sábado dieciocho de junio a las siete de la tarde? —Alberta rió en el teléfono. Aquello provocó en Emma un impostergable deseo de besarle la boca.

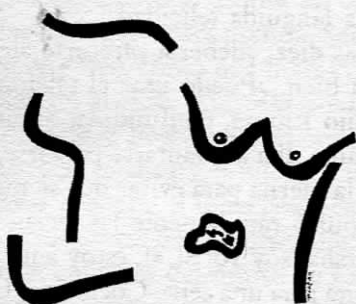
—Puedes traer vino. Preferimos blanco, pero no de esos baratos que sueles comprar tú y que hay que rebajar con agua para que no se suban. Vale, preciosa, hasta entonces.

—¿Sería una mala anfitriona si propusiera que nos saltáramos la comida, tomáramos algún tentempié, y te ofre-

ciera prepararte el mejor desayuno que nunca hayas probado?

—Estaba a punto de sugerirlo yo misma. No pienso abandonar esta habitación en doce horas —dijo Alberta, y Emma la rodeó con sus brazos.

—Doce horas como mínimo —rieron a dúo.



PREFERENCIA SEXUAL

CHERYL CLARKE

Soy una lesbiana singular.
Por favor, no me lamas aún.
No es lo que más me gusta.
(Hay un sitio para mí en el movimiento.)
Tu lengua no tiene que demostrar su destreza
allí
a mí
ahora
ni tampoco la primera noche.

Tu boca por todo mi cuerpo
después allí.

NOTAS SOBRE SIDA Y SEXO SEGURO

En la época del SIDA, el sexo seguro es un tema de enorme importancia para las lesbianas sexualmente activas, se consideren dentro del grupo de riesgo, o no. Porque, de hecho, el tema tiene gran relevancia para todas las lesbianas, puesto que va mucho más allá que las simples técnicas del sexo seguro.

A pesar de los varios argumentos existentes respecto a los causantes del SIDA, los cuales pueden no aclararse durante años, la creencia dominante es la que considera que el principal culpable es un virus llamado HIV (virus de inmunodeficiencia humana). Si alguien es afectado por este virus de lenta acción, puede permanecer latente durante diez años. Durante ese tiempo, el virus puede transmitirse a otras personas mediante el contacto de fluidos corporales que contengan HIV (comúnmente, de sangre o semen). No obstante, un reducido número de lesbianas parecen haberse contagiado en contacto con otra mujer.

En este momento de la historia, y por una serie de razones históricas, la mayor parte de las actividades que se consideran como sexo entre mujeres, aparece con un relativamente bajo riesgo de contagio aun en el caso de que una de las mujeres sea positiva. Nos referimos específica-

mente a las prácticas en que hay intercambio de secreciones vaginales mediante el sexo oral, los tocamientos, o los juguetes sexuales. Hasta ahora, y enfatizamos este *hasta ahora*, no parece haber un alto riesgo de contagio entre mujeres por lo que respecta al HIV. Intercambios similares de sangre menstrual infectada parecen ser de mayor riesgo.

¿Por qué, entonces, deben las lesbianas embarcarse en una discusión sobre sexo seguro? Creemos que es importante considerar el contexto en el que pensamos acercar el SIDA y la definición de lesbianismo. Si decimos que las lesbianas son un grupo de bajo riesgo, ¿dónde dejamos al pequeño pero creciente número de lesbianas que son positivas, y el hecho de que la mayoría de ellas se han infectado al compartir jeringuillas, al tener relaciones sexuales sin precauciones con hombres positivos, o al usar semen infectado en una inseminación artificial? Si declaramos a las lesbianas como un grupo libre del riesgo de dicha enfermedad, ¿qué estamos diciendo acerca de estas mujeres y acerca del lesbianismo?

No creemos que la sexualidad lésbica esté especialmente protegida por las «diosas»: podríamos ser vulnerables a algún tipo de virus aún no descubierto ni intuido de acción muy lenta, o incluso a una mutación del HIV. Somos vulnerables ante otras enfermedades de transmisión sexual, que quizás no son mortales pero sí causantes de serios daños a nuestra salud. Hablar de sexo seguro es una forma colectiva de hablar sobre cómo lo hacemos. Es también una manera de combatir la idea de que si una mujer practica el sexo seguro es porque está «sucia» o porque sospecha que las demás lo están. Para nosotras, y de manera particular para quienes están verdade-

ramente oprimidas y marginadas, estar sanas es una forma de resistencia.

Nuestra sugerencia no es que toda lesbiana sana en el mundo deba empezar a practicar de inmediato el sexo seguro. Lo que sugerimos es que es importante, social y prácticamente, abordar e informarse acerca del SIDA y del sexo seguro. La valoración del riesgo puede hacerse tan sólo de una manera cuando hablamos de nuestras relaciones sexuales pasadas de una manera sincera.

Un panfleto americano para mujeres lo expresa así: «Hay dos elementos importantes para el sexo seguro entre mujeres. El primero es saber si la pareja está o no afectada por el HIV. El segundo, decidir si se va a practicar y con qué medios, el sexo seguro. Si no estás segura respecto a tu infección, practica el sexo seguro. Las mujeres lesbianas y bisexuales necesitan aprender a hablar de sus vidas sexuales, pasadas y presentes, y pactar el sexo seguro.»

Las autoras continúan con la definición de sexo seguro: «Sexo seguro con mujeres supone: protegerse de la sangre infectada (también la sangre menstrual) y de los fluidos vaginales infectados. A menos de que estés segura de que tu pareja no es positiva, no deberías practicar el cunnilingus durante los días de su menstruación, ni inmediatamente antes o después. El sexo oral puede ser menos arriesgado en otras ocasiones, pero no es totalmente seguro si tu pareja tiene el virus del SIDA.»[1]

Básicamente, hay que rechazar la posibilidad de que sangre infectada penetre en nuestro cuerpo o, si la nuestra está infectada, que penetre en el de otra persona, mediante cortes, heridas en los labios, en las manos, en la vagina o en el área genital, en el ano o mediante los ojos.

No practicar el sexo oral con una positiva durante la menstruación.

Usar guantes de latex para proteger las manos, en especial cuando la pareja está menstruando, o si se practica sexo oral, considerar la posibilidad de utilizar fundas de latex para cubrir los genitales.

Las prácticas sexuales que incluyen golpes o ataduras, no implican mayor riesgo a menos que se derrame sangre.

Si se usa algún tipo de juguete sexual (vibradores, consoladores), no debe pasarse de una a otra sin lavarlos cuidadosamente con agua bien caliente y jabón, o con una solución de lejía (una parte de lejía por nueve de agua es suficiente; luego debe quedar perfectamente enjuagado). Mejor aún es emplear preservativos en los juguetes y desecharlos después de un uso. Si se emplea algún lubrificador, mejor uno que contenga Nonoxynol-9. Hay algunas evidencias de que mata el HIV, si bien puede causar alguna irritación. Es mejor probarlo en la muñeca antes de aplicarlo. Evidentemente, no debe pasarse nunca de la vagina de la pareja al ano, y viceversa, o a su boca, sin cambiar antes el preservativo o lavar el juguete.

«Los fluidos vaginales y los excrementos en la boca o en algún corte puede causar un pequeño porcentaje de transmisiones. Orina y saliva son, teóricamente, posibilidades, pero no ha habido casos claramente atribuidos a los mismos.»[2]

Una lesbiana activa en educación sobre SIDA define el sexo seguro como una serie de procesos continuos:

—La obtención de información actualizada y científica.

—Conversaciones con la pareja acerca de sexo: qué deseamos y qué no, con qué fantaseamos y a qué le tenemos temor.

—Creación de una atmósfera colectiva en la que la se-

xualidad lésbica pueda ser discutida sin imperativos sociales ni prejuicios.[3]

Este no es un libro sobre SIDA y sexo seguro. Hay libros, panfletos y organizaciones que pueden ofrecerte una mayor y más profunda información.

1. MAKING IT. A Woman's guide to Sex in the Age of AIDS. Cindy Patton y Janis Kelly, Firebrand Sparks Pamphlet. Firebrand Books 1987.

2. *ibid.*

3. Cindy Patton en un informe sin publicar de 1988. Nuestro agradecimiento a su autora.

EL COLECTIVO SHEBA

Michelle McKenzie lleva trabajando en Sheba dos años. Es miembro activo del Black Lesbian and Gay Centre Projecto. Después de graduarse, ejerció como aduanera, traductora, dependienta y asistenta. Actualmente es una aspirante a artista y escritora. Gran defensora del poder de las palabras, tiene grandes posibilidades de vencer todas las dificultades.

Araba Yacoba Mercer siempre ha querido trabajar con libros y gracias a su buena suerte encontró un lugar propio en Sheba, hace casi tres años. Escribe de manera ocasional en algunas revistas, es colaboradora de *Quim*, la primera revista lésbica en UK, y trabaja por la causa de las lesbianas negras y asuntos de homosexualidad. Vive al sur de Londres con su amante, D.M.T.

Sue O'Sullivan lleva tres años y medio trabajando para Sheba, adonde llegó tras algunos años trabajando en la *Spare Rib Magazine.* Trabaja como editora y como periodista, y es miembro del colectivo *Feminist Review.* Actualmente está trabajando con el grupo *Positively Women* en un libro para Sheba elaborado por mujeres positivas, y, simultáneamente, en un libro sobre mujeres y problemas de salud anal titulado *The Bottom Line*, para Camden Press. Hace

quinielas con regularidad, mostrando que incluso una sensata mujer mayor tiene sueños imposibles.

Rae Ann Robertson llegó a Londres desde el oeste de Canadá en 1982, y ha estado trabajando en Sheba durante aproximadamente cuatro años. Sus principales amores en la vida son el mundo de las finanzas, los ordenadores y su dulce amor, Cris, pero no necesariamente en este orden.

BIOGRAFÍAS DE LAS ESCRITORAS

Tina Bays

Tina Bays es una mujer lesbiana rondando los cincuenta años que vivía nerviosa por la inminente menopausia. Ya no es así. Es también feminista, y cree aún en la Revolución, con R mayúscula.

Diane Biondo

Diane Biondo es autora de cuatro obras de teatro: *Slipstreaming, Hitting Home, Penance* y *Four Walls.* Ha escrito al alimón un capítulo para *Feminism and Censorship: The Current Debate* (Prism Press, 1988). Su cuento corto «Algo por lo que llorar» aparece en la antología de cuentos sobre crímenes *Reader, I Murdered Him* (The Women's Press, 1988). Desde su llegada a Londres, procedente de Brooklyn, Nueva York, en 1981, se ha ganado la vida en el mundo del libro.

Ruth Bowen

Ruth Bowen tiene treinta y cinco años y vive sola en el noroeste de Londres. En 1983 se unió a un grupo de escritoras lesbianas y, cuando éste dejó de reunirse, fundó

otro, en 1987. Ha acabado una novela y continúa escribiendo poesía.

Cheryl Clarke

Cheryl Clarke es una poeta negra, y autora de dos libros de poesía: *Narratives: Poems in the Tradition of Black Women* (1982) y *Living As A Lesbian* (Firebrand Books 1986). Ha terminado un nuevo volumen de poesías, *Humid Pitch*, que se publicará a finales de 1989. Forma parte de la editorial colectiva *Conditions* desde 1981.

Fiona Cooper

Vivo y trabajo en Londres, soñando con los jardines colgantes de Babilonia, ¿o era con los jardines flotantes de México? ¿O cócteles frente a una puesta de sol y un rompeolas? Mi trabajo ha sido descrito como «inextirpablemente convulsivo y pulverizador». Tengo algunos cuentos en *Cosmopolitan*, (UK), *Woman's Day* (Australia), y *Passion Fruit* (Pandora Press). He trabajado como inextirpable bruja provocadora en publicaciones gays. Mi primera novela, *Rotary Spokes*, una cómica odisea lésbica, fue publicada por Brilliance Books en 1988 y la segunda, *Heartbreak on the High Sierra*, se publicará en 1989, por Virago.

Mandy Dee (3-8-52—31-10-88)

Soy blanca, nacida de clase trabajadora, feminista lesbiana con tendencias anarquistas. Estoy postrada con esclerosis múltiple, pero debéis saber, y no olvidar, que nací espástica y que se me crió como una niña mutilada, y sobre los veinte años empecé a ser una adulta mutilada desde mi nacimiento; que además padecía de una enfermedad

degenerativa. No hay demasiadas mujeres con esta experiencia en Inglaterra. Cuando escribo algo, es una lucha entre la destreza y el agotamiento de conseguirlo antes de caer demasiado cansada físicamente para escribir o pensar. Vivo en el sur de Londres y han corrido ríos de sangre para conseguir estar en la casa en que estoy. La situación de los disminuidos respecto a la vivienda es desesperada. Sueño constantemente con esa especie de escuela-vitrina para incapacitados a la que iba. Las experiencias que todos teníamos como gente o niños disminuidos es lo que aún me mantiene con vida.

Fifi

Nacida en el seno de África, en la actualidad reside en las afueras de Londres. Sueña con el día en que todo el mundo será libre para vivir y amar, de día o de noche, sin miedo al paso del tiempo en los relojes. Escribe en la quietud de la noche, a solas.

Berta R. Freistadt

Berta R. Freistadt es de Londres. Ha visto publicados muchos de sus cuentos y poemas en diversas revistas y antologías feministas. Escribe también teatro. Está un poco aturdida por ocupar un espacio en este volumen, pues su vida le deja muy poco tiempo para el erotismo. Pero está tomando lecciones del gato.

Jewelle Gómez

Jewelle Gómez es autora de *Flamingoes and Bears*, de una colección de poemas, y de una novela en preparación de tema lésbico-vampírico. Ha trabajado para *Belle Letter, The Tork Times* y *New Directions for Women.*

Caroline Halliday

Caroline Halliday es blanca, lesbiana, nacida en 1947 en Londres. Trabaja como orientadora para cursos de dirección de empresas y da clases sobre creación literaria lésbica. Su poesía ha aparecido en diversas antologías, e incluyen *Naming the Waves* (1988), *The New British Poetry* (1988), y en su propia colección, *Some Truth, Some Change* (1983). Combina la escritura con su quehacer de madre de su hija durante media semana. Escribe tanto novela como poesía, y el presente trabajo proviene de una novela experimental titulada *Where the River Goes,* que ¡está buscando editor!

Bernadette Halpin

Bernadette Halpin: leo; treinta y cuatro; ha vivido durante siete años en el barrio del lesbianismo (aka Hackney), pasando sus veranos con el equipo de béisbol de las Raider Hackney, sobre todo admirando a aquellas mujeres desde las gradas, viendo su tremenda coordinación; piensa que el sentido del humor es la mejor forma de excitarse.

Amanda Hayman

Amanda Hayman tiene treinta y siete años. Es blanca, de clase media, lesbiana separatista. Ha vivido en Japón durante ocho años. Enseña inglés en Tokio, a la vez que reserva su gran carga de energía para la comunidad de lesbianas de allí, y para su escritura. Su primera obra de ficción, *Wishful Thinking,* aparece en una antología de historias lésbicas de cama (*Tough Dove Books*); ha publicado también en *The Coming Out Stories,* segunda edición (Crossing Press). Durante los últimos cinco años, Amanda ha

visto publicados diversos artículos suyos sobre lesbianismo/feminismo en USA y UK. Adora los gatos, a Linda, a las sagitario y ser lesbiana.

Maria Jastrzebska

Maria Jastrzebska nació en Varsovia, Polonia, y llegó a Inglaterra siendo una niña. Sus poemas han aparecido recientemente en *Naming the Waves* (Virago), *Forum Palek-The Polish Women's Forum*, y *The New British Poetry 1968-88* (Paladin). Una poeta generalmente seria, bien abrigada con sus bufandas y abrigos de lana, es conocida por sus escandalosos coqueteos.

Terri L. Jewell

Terri Lynn Jewell: nací el 4 de octubre de 1954, en Louisville, Kentucky, USA. Me revelé como lesbiana en 1976, y como escritora en 1981. Mi poesía, reseñas y ensayos han aparecido en doscientas distintas publicaciones literarias y revistas, la mayoría de carácter lésbico. No hay nada más erótico que una buena lesbiana que muestra que todo en la vida le pertenece.

Esther Y. Kahn

Esther Y. Kahn nació en mayo de 1956. Fue el adorado bebé de una mujer judía, rebelde, que más adelante se suicidó. Esther fue adoptada de un orfanato judío por una familia trabajadora, de clase media, húngaro-rusa; una pareja que pronto se divorció. Esther se crió en Londres con su madre y su hermano Max. Actualmente es directora de cine, poeta y disc jockey. Está metida en el *Esther Kanhn's*

Jewish Dance Palace, y en otras aventuras culturales judías. Su desayuno es café y tabaco, y su color preferido, el oro. En su tiempo libre, gusta de repetir las recetas húngaro-judías de su abuela. También le gusta bailar, beber e ir al cine. No tiene ni hijos ni gatos.

L.A. Levy

Nacida en Londres, en 1963, en el seno de una familia de persas y judíos europeos. L.A. Levy escribe, pinta, trabaja para distintas instituciones y lucha contra la ocupación israelí. Éste es su primer trabajo publicado. Reconoce que algunos lectores no estarán familiarizados con el lenguaje que emplea, y pide a estas personas que indaguen, que averigüen por sí mismas.

Pearlie McNeill

Tengo que deciros que ésta es la primera vez para mí. He estado escribiendo con un claro propósito desde el año 1975, pero ¿es escribir un auténtico placer? Un hábito delicioso. Como la masturbación y el lesbianismo, la literatura erótica es algo a lo que no nos han animado. Pero recojo el guante con la misma acalorada sensación que experimenté, a los cinco años, cuando mi madre me pilló haciendo lo que ella llamaba «los meneítos». Este año cumplo cincuenta, y aún voy fuerte. Espero que vosotras también.

Mindy Meleyal

Nací en Hull, en 1951, y soy maestra. Empecé a escribir hace cuatro años, y durante los dos últimos y medio me he sentido alentada por el *Northern Dyke Writers Group*,

del que soy miembro. Vivo sola, no tengo hijos y he sobrevivido a un cáncer (ya son más de cinco años). Soy blanca, y leo. Éste es mi primer trabajo publicado.

Cuntessa de Mons Veneris

La Cuntessa desciende de la gente Ashanti, y llegó a Gran Bretaña a través de los Indios del Oeste. Siente que sólo habrá tenido éxito al escribir textos eróticos si ha conseguido que las lesbianas se exciten al leerlos.

Nina Rapi

Nina Rapi nació en Argos Orestiko, Grecia. Escribe poemas, cuentos y obras de teatro, algunos ya han sido publicados, o representados. Otros todavía no. Vive en South London.

Barbara Smith

Barbara Smith aprendió a escribir a los cinco años, tuvo su primera experiencia sexual a los siete, y a los ocho sabía tocar el violín. Habiendo adquirido pues los necesarios requisitos y una vez obtenida la coordinación de ambas manos, se dedicó a escribir cuentos eróticos, algunos de los cuales han aparecido en *Square Peg* y *Gay Scotland.*

Cherry Smyth

Cherry Smyth nació en el norte de Irlanda y llegó a Londres en 1982. Ha escrito artículos y reseñas sobre lesbianismo en *Square Peg, Spare Rib* y *Yhe Pink Paper.* Frecuentemente hace lecturas de su poesía con *Irish Womens Writing Network.* Teme a la asimilación cultural y elige

la escritura como forma de preservar su identidad irlandesa y de afirmar su lesbianismo.

Liann Snow

Durante mi juventud: obsesiva; terriblemente optimista; indignamente homosexual; decididamente comunicativa de mi propia experiencia (mediante poemas, canciones y narrativa). Ahora: licenciada; temerosamente lesbiana. Escribo y dibujo, pero intento ser jardinera. También pinto a la Gran Diosa (decididamente comunicativa respecto a esta experiencia).

Caroline Trusty

Nací en Londres, en 1965. Soy feminista y lesbiana. Muy interesada en la ecología y en la anarquía como forma de vida. Quiero viajar por el mundo con mi bicicleta, Sheila. Actualmente me encuentro en Australia. Ésta es la primera vez que me publican algo, pero espero escribir mucho más, así que deseo que no sea la última.

Storme Webber

Storme Webber nació en 1959 en Seattle, Washington. Es poeta, cantante, artista visual, y actualmente actúa con *Stations Theatre Collective*, en Nueva York. Ha actuado/exhibido en San Francisco y en Nueva York: su obra *Ntozake Shange's 3 Views of mt. fuji; life on the water; galeria de la raza* C.U.A.N.D.O. Es autora de
diáspora/poesía
y dibujos.
por la liberación mediante la creación
insistencia en la resistencia

hacemos homenaje a nuestros ancestros
creamos orgullosos a nuestros niños
LLEGA LA LIBERTAD





ÍNDICE

AUTENTICOS PLACERES

Existe un significativo y creciente número de obras literarias que tratan acerca de distintas experiencias lésbicas. Hay libros que versan sobre la vida cotidiana, la vida social, la psicología de la lesbiana, y ensayos sobre la familia, la raza, la clase o la sexualidad de las lesbianas. Pero son escasas las novelas o los cuentos que giren principalmente en torno al sexo de las lesbianas como objeto en sí mismo, como la verdadera energía que conduce nuestras vidas y nuestras pasiones.

Hemos decidido publicar un libro de erotismo lésbico simplemente porque nos apetecía leerlo, y porque sabíamos que, al otro lado del texto, hay un gran número de lesbianas que también desean hacerlo. Mejores o peores, enamoradas o no, mayores o jóvenes, queremos leer acerca de lesbianas haciendo el amor, deseando a otras mujeres, deseándose a sí mismas, ofreciéndose vértigos unas a otras con lujuria, dándose placer más allá de lo verosímil, yendo al cielo y regresando después.

Este volumen representa no sólo la historia de nuestras experiencias e historias, sino también la de nuestros deseos y nuestras prácticas sexuales, narradas desde una perspectiva feminista que a su vez está estructurada por una visión radical de la política sexual, la raza, la clase y la cultura. Una perspectiva que celebra la especificidad de la sexualidad lésbica, pero que no ve dicha sexualidad como algo aparte en el mundo.

Colectivo Sheba



EDICIONES DE BLANCO SATEN